

LA SOCIEDAD AJUSTADA

Colectivo Juguetes Perdidos

Leandro Barttolotta

Ignacio Gago

Gonzalo Sarrais Alier



La sociedad ajustada / Leandro Barttolotta ; Gonzalo Sarraais Alier ; Ignacio Gago.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2019.
128 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-3687-61-7

I. Sociología. 2. Política. I. Título.

CDD 306.2

Primera edición: 1000 ejemplares, diciembre de 2019

Diseño de cubierta: Martín "Rata" Vega y Tomás de la Rosa Recalde

© De los textos, Colectivo Juguetes Perdidos
© 2019, de la edición, Tinta Limón Ediciones

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723



Atribución-No Comercial-Sin Obras Derivadas
2.5 Argentina

LA SOCIEDAD AJUSTADA

Colectivo Juguetes Perdidos

Leandro Barttolotta

Ignacio Gago

Gonzalo Sarraís Alier



Índice

Prólogo. Cuando la noche es más oscura	7
Pinturas de guerra	
En el ojo del huracán	17
Las aldeas de los pitufos	23
Almuerzos desnudos	31
Las salitas quemaditas	39
Bingo fuel	43
Los sonidos de la tempestad	49
Historias de Villa Limbo	65
La Sede Producer	75
Desde el CUD	87
La sociedad ajustada	
Máquina de gorra	97
Hipótesis políticas	105
<i>Militancias en la implosión</i>	105
<i>Inflación y terror anímico</i>	107
<i>Nuevos y viejos odios</i>	109
<i>Mayorías cansadas</i>	112
<i>Crisis e implosión</i>	114
<i>La insoportable quemazón de lo social</i>	115
<i>Aguante todo</i>	116
Epílogo. Peronismo silvestre	119

Prólogo. Cuando la noche es más oscura

I

Esta tierra es una herida. Los años de macrismo la hicieron supurar como en otros momentos trágicos de nuestra historia. Pero el *alma plebeya* dio una vez más una demostración de fuerzas y en las últimas elecciones expulsó –se sacó fisiológicamente de encima, o eso preferimos pensar– a los gatos blancos. Pensamos por eso también a este libro como un testimonio colectivo; un libro para recordar las violencias sociales y ‘estatales’ de esta época y nuestras apuestas *en* ella. La *Gorra Coronada* fue arruina-formas de vida y arruina-vidas biológicas: una demolición que seguramente dejará secuelas y tatuajes psíquicos y corporales difíciles de visibilizar a priori.

Asesinatos por la letalidad de la máquina estatal en versión-gorra coronada; linchamientos e intensidades de muerte (más expuestos mediática y públicamente; la liturgia gorrera estableció símbolos y doctrinas: Chocobar, el carnicero, el médico...); femicidios y violencias contra el cuerpo de las pibas; suicidios, malos viajes, locuras feas, cuerpos que reventaron por infartos y tumores, *también* bajas del macrismo y de la *implosión*, de esa tramitación silenciosa y piel-adentro de todos los garrones de una época de mierda que arruina el cuerpo y quema la cabeza.

El *shock implosional* de estos pocos pero brutales años deja vidas heridas que tampoco son fácilmente inscribibles como víctimas o damnificados. *Bajas* que son casi siempre en soledad (física, pero sobre todo política: nunca fueron pensadas como muertes políticas porque antes no se las pensó como *vidas políticas*). Este es un libro dedicado a todos

y todas las que partieron de acá en estos años y a destiempo. A quienes murieron en silencio e implosionando y se sintieron tirados y solos en el último suspiro.

*

¿A quién le hablamos? A los *maldecidos* y las *maldecidas*, como dice la canción de rap de los pibes. A los hermanitos y las hermanitas menores que se copan y resuenan con nuestros berretines. A las pibas que desafiaron el mandato de quedarse-en-casa y en la vida privada y salieron a agitarla a la calle. A las intensidades más piolas. A las patrullas perdidas de la vieja escuela que siguen molestando. A los viejos y las viejas que saben que el verdadero fondo anti-cíclico es antes que nada subjetivo. A los y las laburantes que no se comieron el chamuyo 'del buen mulo' ni tampoco la del emprendedor o la del laburante-ortiba. A quienes rechazan ser mantenidos de la renta familiar e intentan vivir de otra manera (aunque el terreno de juego esté muy inclinado y no haya redes). A las militancias suculentas y 24/7 que no dejan las preguntas que laten y respiran 'afuera de su programa'. Al *peronismo silvestre* que no vive en estructuras ni en jerarquías (y que mostró que en la historia *made in Argentina* 'hay alternativas'). A quienes le siguen poniendo el cuerpo a los verdaderos dramas populares.

Al gredientismo y el silvestrismo que nos parió y no nos abandonó. A los muertos queridos que rajaron para arriba en estos años.

8 A todos los Nosotros y Nosotras que apuestan por seguir *desengorrandando* nuestra sociedad pensando la precariedad totalitaria y armando nuevas redes, conjuros y buenos rejuntos que nos permitan seguir sosteniendo con vitalidad esos berretines plebeyos que en todos estos años corrieron el riesgo de ser borrados del mapa.

A ustedes, nuestros lectores y nuestras lectoras: esas inquietas y gredientas fuerzan que, a pesar de todo nos leen y nos mueven; sí, aunque no lo sepan fueron el combustible anímico para seguir insistiendo y escribiendo cuando la noche se puso más oscura.

2

Escribimos. Una vez más, y quizás como nunca antes en nuestra vida colectiva, nos preguntamos por las alianzas concretas a partir de las cuáles intervenimos, militamos, escribimos y por el posible ‘público lector’ que está detrás de estas hojas. Las alianzas insólitas de otro momento parecen cada vez más difusas y difíciles de sostener (están los pibes y las pibas, están –siguen estando– los talleres, las escuelas y ‘las sedes’ y los barrios y nosotros en ellos, pero es todo tan otra cosa que...). En esa imposibilidad de vislumbrar alianzas desde las cuales escribir hay una potencia y una fragilidad: sin alianzas que te sujeten estás obligado a buscar, a caminar, a moverte más; a seguir apostando por la *desorientación voluntaria*. Sin alianzas que te sujeten esa obligación se vuelve cada vez más jodida de sostener.

Escribimos para quienes se *quedaron*: en los nuevos barrios ajustados, en las instituciones silvestres e implosionadas, en las militancias pillas, en los modos de vida que no se quisieron soltar (a pesar de ese ajuste económico que ajusta –cuando no *mutila*– expectativas vitales). Para los y las que no pudieron ni siquiera amagar con un exilio de forma de vida (porque no hay lugar donde rajar, porque no hay patiecito y red de clase que cobija y refugia para ‘sanar’ en la vida privada y volver a ‘lo público’ cuando vengan tiempos mejores...). Para los y las que no pudieron rajarse porque lo *social implosionado* se espesó y lo impidió (y obligó a quedarse en el feo molde). Pero también, y quizás, especialmente, para quienes desafiando la derechización afectiva (esa primera derrota) y los consensos cagones de la época, se mandaron igual y en muchos casos quedaron en orsai y perdieron. Para quienes no pudieron rajarse sin llorar y sin jugarse el pellejo. Para quienes quedaron *atrapados* y no lograron saltar el alambrado. Para las vidas heridas por el macrismo.

*

Escribir siempre y publicar a veces: cuando pinte y si da. O cuando el contexto sea otro... Muchos de los textos que publicamos aquí aguardaron en carpetas de nuestras computadoras desde hace al menos tres años. Siempre lo tuvimos claro: no vamos a publicar textos de y sobre los pibes y las pibas sin tejer las alianzas en las que esas producciones

hagan ruido y conmuevan. No daba regalar (formas de) vidas y arrojarlas a la luz (mala) pública por el mero hecho de publicar y que circule. Hacer visibles ciertas secuencias picantes, mostrar la cocina de los laburos barriales, escribir sobre *nosotros mismos* implica estar muy atentos a las sensibilidades sociales que lo van a recibir. En un taller que hicimos hace unos años en una cárcel un compa nos alertó involuntariamente: “Hicimos un re informe para que ‘la sociedad’ vea que acá estudiamos y hacemos cosas productivas y nos terminaron diciendo, ‘ah, ¿encima los mantenemos para que estudien?’”. Publicarlos *ahora* implica apostar por otro contexto, nada de soluciones mágicas, pero al menos la expectativa de que muchas de estas producciones choquen con una lectura, una escucha y un resguardo (redes más fuertes, alianzas más sólidas) para este laburo. Sabemos que no lo estamos arrojando sin más a las fauces de *La Gorra Coronada*.

*

Tomamos riesgos al momento de escribir. Un riesgo que va de la escritura para allá: la *soledad política*, la sensación de parálisis, el no saber para qué se publica en épocas de fuerte derechización afectiva. Un riesgo ‘público’: ¿sirve exponer lo que estamos exponiendo? ¿Con quiénes nos aliamos para decir lo que decimos? ¿Lo bancamos con nuestras propias vidas (siempre ese índice de verificación sensible y vital innegociable)? ¿Y si regalamos nuestra producción al extractivismo ‘intelectual’, a la obviedad coyunturalista, al esteticismo?

10 El otro riesgo va de la escritura para acá: el riesgo y el ‘costo’ de estar sosteniendo con el cuerpo dispositivos ‘existenciales’ que están *antes* que la escritura (un antes sensible más que secuencial). El riesgo de la no-logística; ni el tiempo, ni la guita que libere la posibilidad sensible de escribir: el ajuste también hizo volar por el aire (o volcó sobre la vida propia) una temporalidad envenenada y enquilombada que atenta material y afectivamente contra el acto de escribir. Un riesgo de que la máquina perceptiva (inevitablemente presencial) se quede sin nafta anímica y ya no se puedan sostener nuestros berretines queridos. Un riesgo que es de la *intimidación sufriente*: acá se lee un solo texto, pero somos seis manos escribiendo y tres vidas distintas padeciendo en diferentes umbrales y niveles el macrismo y sus efectos demoledores.

*

Esto no es un *Diario del macrismo*, o lo es pero sin mirar tanto al Palacio ampliado –y coronado de esas fuerzas gorrudas y Anti–, y registrando más bien la *pesada herencia* que va a dejar (endeudamiento externo, engorramiento interno. Herencia que hace más denso y dramático aún todo aquello que no se pensó durante la década ganada). También tiene algo de *¿Quién lleva la gorra? Parte 2*; seguimos pensando los nuevos barrios, la precariedad, lo silvestre suelto (y no ‘subjetivado’). En suma, es un libro para pensar –y recordar– las violencias sociales promovidas, habilitadas y recargadas por la Gorra Coronada y su legado (*máquina de gorra*), pero también para mostrar nuestras apuestas en medio de lo *social implosionado* (esa ‘nueva’ violencia y conflictividad social, los odios, la *vida mula* resentida). Siempre en diálogo concreto y directo con las mutaciones de la coyuntura económica y política y con las sensibilidades más profundas de la época. Una discusión que, como hicimos en todos estos años, se refuerza y toma temperatura con imágenes (los sonidos de la tempestad) de nuestras andanzas por los barrios (esa cartográfica que nunca dejamos de hacer).

*

Hay un *inconsciente militante* que es para nosotros un afuera del cual nos llegan zumbidos alocados y vitales. Inconsciente porque está detrás –y ‘desestabiliza’– figuras e identidades muy armadas. Inconsciente porque actúa sin mucha prudencia y sin escrutar las acciones en la consciencia y la moral. Inconsciente huérfano y silvestre. Pero además de esa maquinita parlante, hay que decir que (de nuevo: en diferentes niveles dado que somos seis manos escribiendo, pero tres cuerpos viviendo...) sufrimos estos años en la propia vida; en la piel, en el bolsillo, en la cabeza quemada, en el cuerpo cansado, en la salud que empeoró.

Un poco por ese inconsciente (que también tiene la indelegable tarea de molestar vía murmullos a los gestos y poses del buen y serio militante, y sobre todo de acercar a la militancia *blanqueada* a los dramas populares: desde la hiperinflación y la desocupación sin más, hasta las violencias en los barrios o los padecimientos de cuerpos expuestos a la precariedad más brutal), y otro por la procedencia popular y por el

derrame permanente del gедientismo, es que rechazamos los cercos identitarios e ideol6gicos: estamos en contacto con los afectos m1s intensos de la sociedad ajustada y endeudada.

Ir y venir. Volver atr1s. Saltar a ciegas. Escribir. Caminar. Buscar alianzas. Pensar enunciados pol1ticos para el karaoke. Aguantarse lo que se pueda (y un poco m1s). Cartografiar y seguir sosteniendo una *genealog1a de la precariedad* que ya pas6 la d1cada de vida colectiva. ¿Qu1 pas6 con las insistencias (politizaciones) en la precariedad?

Nadie dijo que las insistencias sean cosa alegre. En estos a1os lidiaron con la sociedad ajustada y su feroz *ley del orsai*, que expone de manera obscena a las fuerzas que rechazan –y tambi1n padecen– el desamparo y que posa los reflectores sobre los cuerpos que las portan como si de canguros a sus cr1as se tratase. Esas insistencias fatales en sociedades que tienen el reflejo de replegarse –en sus viditas privadas– no se derrotan sin mutilarlas: las hondas heridas de todos estos a1os lo demuestran.

Pinturas de guerra

Abra el presunto barrio y esponga todas sus superficies: las calles con cada uno de sus pliegues, esquinas, recovecos, plazas y grandes planos rugosos, y, junto a ellos, los interiores estallados, las casas, la escuela, la salita, la sede, los rejuntes; pero no solamente eso: abra y extienda, explicité las avenidas, las paradas de colectivo, los circuitos de los pibes y pibas, los trayectos de laburantes, las redes que se arman; corte longitudinalmente y aplane el arroyo que atraviesa el barrio, los puntos ciegos, los puentes, el agua que corre lenta o ni corre; revise el diagrama de las canchitas de fútbol. A partir de ese momento el barrio será una superficie completamente estriada; llena de movimiento y de vectores de fuerzas. Como si con sus tijeras de modista abriera las piernas de un pantalón, ándele, ponga en descubierto el presunto interior de los hogares, los cuartos, las cocinas, los recovecos donde se guardan cosas, las veredas donde se pasa el tiempo en verano. Abra los estados de ánimo y conviértalos en el armazón de un casco en construcción; provisto de bisturíes y de las pinzas más agudas, desmantele y deposite los humores y los cuerpos; luego extienda toda la red difusa de malestares e implosiones, desmóntelas y colóquelas de punta a punta con todas las capas del tejido barrial y sus conectores con el resto de la ciudad. Haga el mismo trabajo que hace la precariedad sobre los cuerpos, esa meticulosidad...

En el ojo del huracán

Jorge y Mirta cobran la jubilación mínima y para mantenerse atienden además una pequeña verdulería ubicada en lo que en otra época fue el garaje de una vivienda familiar. Hasta acá sus nombres y sus historias mínimas podrían ser carne para algún coach político *duranbarbiano*, pero la atmósfera densa y lúgubre del barrio no está para esos boludeos.

Son más de las seis y media de la tarde de un viernes caluroso y las calles están casi desiertas, “acá llegan las siete de la tarde y no queda nadie...”. Mientras su mujer atiende a una vecina, Jorge –mostrando intacto un viejo reflejo de clase– liga de modo imprevisto la inseguridad con el ajuste: “Yo no quiero hablar de política, pero con lo que está pasando en el go... en el país se encrudeció todo. Vos sabés que cuando sos un padre de familia y no tenés trabajo... ¿qué vas a hacer? La gente no tiene plata, acá lo ves, te entran a la verdulería y te compran una zanahoria, una papa”. Casi superponiéndose Mirta relata excitada una hazaña de kung-fu que protagonizó una pareja de ancianos de *acálavuelta*: “Se pelearon con los chorros y él le pegó un tiro a uno, creo”, y justifica a coro con Jorge que por-todo-lo-que-está-pasando fueron a la plaza del barrio esa noche “a hacer presencia, a reclamar que hagan algo”.

17

Hace poco más de diez días, en la Plaza 17 de Agosto se concentraron masivamente vecinos furiosos que reclamaban por el crimen de Agustín –el chico de tres años asesinado cuando iba con su padre a una pizzería del barrio–. Un desprendimiento numeroso de esa masa abierta continuó un rumor difuso y terminó quemando la vivienda de un sospechoso sobre la *12 de octubre*, a unas pocas cuadras.

*

Villa Centenario está pegado a Camino Negro. Rodeado en una especie de triángulo por Villa Fiorito, Banfield y Budge. Haciendo zoom en el *google maps* se pueden discernir unas manchitas difusas de color rojo que sobresalen en la grisura del paisaje suburbano: son las tejas de los chalets que conforman el Barrio Ferroviario “Unión y Fraternidad”. Territorio de genética peronista que en los últimos años modificó su fisonomía cuando la creación de la autopista sobre Camino Negro lo conectó de manera fluida con la Ciudad de Buenos Aires. Durante la década ganada los *chalecitos* perdieron su homogeneidad de origen: las viviendas se modernizaron y se enrejaron, llegaron al barrio nuevos y pudientes vecinos que vieron con agrado la cercanía a la autopista y sobre todo se volvieron una zona *fácil para el robo*.

*

En el vidrio del kiosquito hay unas estrellas de cartulina coloreadas con fibra que ofertan 6 alfajores fulbito o 3 turronecitos por diez pesos. Por la ventanita asoma la cabeza una mujer, con la que nos ponemos a hablar unos minutos: “La gente está muy asustada, viste... Después de lo que pasó ves a la policía local, a un patrullero de negro que no sé bien qué es, otro de la bonaerense. Y se ven menos motitos... También iluminaron todo, están cortando los árboles y eso...”. Marcela también estuvo en la plaza: “Estuve, para ver qué pasaba. Fuimos a hacer un poco de fuerza para ver si hacen algo. No sé cómo fue que en un momento se fueron a quemar la casa de un tipo que al final parece que no era el asesino. No sé ni en qué momento se habrán ido. Yo me quedé ahí y después me vine para acá porque tenía a la nena con fiebre, y de repente me dice mi hermana que ponga la tele que están prendiendo fuego todo...”.

18

En los relatos de los vecinos quedan unos segundos en blanco entre el reclamo vecinal y el acto de casi-linchamiento; pareciera que “individualmente” nadie puede explicar con certezas ese desenlace.

Nos despedimos y comienza a bajar las persianas del kiosko. Faltan unos minutos para las siete.

*

Caminar las calles del barrio es como adentrarse en los decorados desnudos de Dogville. Un silencio ambiente solo inquietado por ladridos de perros, alguna risa lejana, la frenada de un colectivo de la línea 541 o por el *click* de las sirenas policiales; cualquiera de esos ruidos puede alterar los susceptibles ánimos barriales.

En una de las cuadras que rodea a la plaza hay una larga pared blanca con la clásica terminación *anti-rob*o de pedazos de vidrios y botellas rotas adheridas con cemento. Una pintada que dice *Una enfermedad que se disfruta*, un dibujo de un taladrito y un mini *Garrafa Sánchez* de espaldas y alado custodian la zona. A unos metros tiene el kiosko-librería Roxana –abogada y profesora de secundario–. “Hubo mucha gente que participó de los reclamos porque hace varios meses que están pasando muchos robos y la gente está cansada. Trabajamos tras las rejas y antes de las siete cerramos todos los locales. La gente ese día estaba muy convulsionada... empezó a circular el rumor de que ese chico tenía relación con el hecho, pero nadie sabe si fue así o no. Hubo discusiones, de hecho yo fui una de las personas que no se quiso acercar al momento en que querían agredir o actuar por la fuerza física... Ahora se ven menos motos, la policía está colaborando pero la gente está muy violenta, es muy difícil que entiendan el valor de las instituciones”, reflexiona Roxana metiendo a la palabra *instituciones* en un campo minado demasiado promiscuo para la República de Carrió. Al igual que en otros testimonios de la zona se reitera la mención al *cansancio* –no solo al miedo– que provoca la inseguridad. Y acá el Leviatán de Hobbes se toma la cabeza, confundido. La inseguridad también cansa porque empuja a los habitantes del barrio a realizar mil extenuantes gestiones diarias –que se suman a las gestiones propias de una sociedad precaria y a la “autogestión vecinal” necesaria para evitar que borren del catastro a estos barrios olvidados, a fuerza de pataleos y reclamos al municipio o a las empresas de servicios–. El combo intranquilidad anímica + inseguridad cansa porque implica mensajearse con la familia cuando llegás o cuando salís de la casa, cuando salen los chicos de la escuela (“a los chicos les roban los celulares en la puerta de la escuela”) o cuando salen de noche, a estar atento cuando se ingresa y se saca el auto del garaje o cuando se lo arranca en la vereda, porque te obliga a participar de la alama comunitaria y chusmear el foro “Seguridad para el Barrio Sitra, Ferroviario, 420 y Apolo” –un grupo organizado y cerrado

de 1346 miembros en Facebook– para ver si alguien postea un alerta para tener en cuenta (“ojo vecinos, anda la moto roja otra vez...”. Siempre hay una moto roja).

Foucault para principiantes

Los vecinos del barrio coinciden en que la plaza está más vacía que de costumbre. Lo cierto es que estamos sentados en uno de los bancos que la bordean y la sensación es la de estar metidos en una especie de Truman Show policial. De los cuatro puntos cardinales nos bañan y nos atraviesan luces de los patrulleros de Gendarmería, Policía local, Policía Bonaerense, una “fuerza especial” imposible de descifrar y el infaltable rondín de la seguridad privada. Los vehículos recorren ininterrumpidamente circuitos programados y parecen no tener tripulantes humanos a bordo; es casi un milagro que no colisionen entre sí. También brillan cegando las luminarias recién reparadas que, por los árboles que esta semana podó la Municipalidad, alumbran directamente la plaza casi desierta. Pero toda esa bola de luz artificial contrasta con la oscuridad de las calles del barrio que la rodean. En una de las esquinas se recorta imponente un chalet enorme con varios carteles de Se Vende en sus ventanas, en la misma cuadra una Ecosport entra rápido a una casa.

*

20

La conmoción por el crimen y la reacción posterior mantuvieron al barrio saturado de movileros que lo sostuvieron por más de 48 horas en los *en vivo* y *urgente* de los canales y portales de noticias. Cuando las camionetas de los noticieros chirriaron sus gomas y rajaron de acá, quedó en el aire una pesadumbre casi física, aplastante, una tristeza difusa y el recuerdo cercano de esos días en que el barrio convulsionado puertas afuera tuvo su agobiante replica en los plasmas del comedor y del cuarto.

Ahora la plaza está casi deshabitada. Un viejo camina lentamente apoyándose en un bastón y llevando en la mano la bolsita de una farmacia. Unos de *yoguineta* y campera lisa –nada de estética *runners* de nikes brillantes o calzas deportivas– pasan transpirados y trotando lentamente. Un pibe con un polar azul liso, despeinado de siesta y cara de sueño, y otro con sonrisita de faso improvisan una mesita de living en

uno de los bancos y toman una Stella Artois con unos maníes japoneses. A pesar de las operaciones de *doble pinza* que sufren (los paran los policías locales porque los vecinos *flashean* –y no disciernen los signos de la peligrosidad– y también han sufrido robos) coinciden con el hartazgo ambiente: “La gente está cansada, y nosotros también”. En el banco de enfrente un pibe con look turro –una versión quinceañera del local Brian Sarmiento– y una piba con los labios pintados y el pelo mojado toman un Baggio Multifruta y escuchan música muy bajita en el celular. “Yo soy del otro lado... y acá no paramos de mirar para los cuatro costados”. De vuelta menciona el temor a los rochos pero también al verdugueo de los pitufos, cada vez más gruñones. Le preguntamos por lo silenciosa y vacía que estaba la plaza: “Sí, antes –todos los “antes” tienen apenas una semana o diez días de antigüedad– se veían pibes tirando cortes con la moto... ahora ya no. Lo que pasa es que están parando las motitos”. A unos metros de los noviecitos hay una tarjeta de carga de Movistar de 50 pesos raspada y un envoltorio blanco de forros. Sin un punto ciego y oscuro que escape a las luminarias, a los patrulleros, a las camaritas de seguridad y al panoptismo calvo y de a pie, es casi imposible garchar en los parques y en las plazas.

Nos estamos volviendo y a lo lejos vemos una bandita de pibitos y pibitas que van de menor a mayor caminando por el medio de la calle, sus risas retumban en el silencio del barrio. Uno de ellos juega con una rama seca y señala el farol de una luminaria...

*

Situaciones tan picantes irritan –y evitan– a las categorías sociológicas y políticas que se quieren acomodar sobre ellas. Difícil también largar rápido enunciados que inmediatamente el clima barrial seca y deja inutilizables. Pensar a los nuevos barrios es demorarse en sus dinámicas más complejas y oscuras. Es obligarse a pensar las situaciones de este tipo sin recortarlas del continuo de la vida barrial (hogares que son ollas a presión, economías domésticas que revientan, enfriamiento), tampoco de las pasiones y afectos que desatan, las huellas que dejan en el pulso anímico del barrio, ya baqueteado. Evitar mancarse en el morbo mediático, en el *gorrudismo* vecinal, en el oportunismo policial y de la gestión municipal... pero tampoco en los enunciados progres tranquilizadores y buenistas, o en imágenes demasiado cerradas de esas formas de ser de lo

vecinal o lo barrial. Pensar los barrios populares hoy sin dejar de atravesar ese realismo sórdido que cae con un fuerte peso físico sobre cada una de las vidas (todo se tensa e implosiona sobre los cuerpos, todo se pone picante...). Barrios extenuados, híper-movilizados y ajustados (y cuando ajustás un barrio, lo derramás sobre toda la ciudad; es como apretar por el medio un pomo lleno, un error que lo puede tornar incontrolable...). Barrios que son inicio y punto final del recorrido de un boomerang cargado, que irradia tensión, para bien y para mal de una gobernabilidad que se juega día a día.

Las aldeas de los pitufos*

Es el anochecer de un viernes agitado en un kiosquito del *bajo* Quilmes. Un patrullero de la policía local aminora su marcha y desde adentro se escucha la voz del Maxi por el megáfono, “Vagos... vayan a laburar... Ahora vuelvo”. Aún dentro del auto se saca el uniforme y se queda tomando unas cervezas con varios pibes y laburantes cansados que improvisan un *after-obra* a cielo abierto. Llegando a diciembre del 2015, el inquieto turro Fabi –un sub-20 del barrio de Don Orión que tuvo su primer laburo en “la local”– festeja el final de jornada haciendo un posteo de Facebook a todo ritmo y tribuna hablando de su trabajo de *poli part time*: “Me saco la pilcha de laburante, me pongo la tumba y me voy pa’ la cancha”.

La Policía Local es un *engendro* que porta la inconfundible marca de origen del kirchnerismo. Aparece como una salida laboral juvenil con la posibilidad de alejarse un tiempo de la enloquecedora calesita del segmento más come-pibes del mercado laboral precarizado; un empleo municipal “en blanco” –aunque por momentos cercano a la contraprestación requerida en el Argentina Trabaja– en el que te pueden forrear menos que en el delivery, el local de ropa o deslomarte menos que en la obra; se trata de una oferta laboral que engrosa la economía de servicios *made in* conurbano: peluquería, enfermería, policía local (cuidar rostros, pelos, enfermos y comercios).

“Elegí ser policía local por la salida laboral –dice David, que vive en José C. Paz pero ‘laburó’ en el municipio de Malvinas Argentinas (antes de que lo rajaran por llegar tarde y ‘hacer cualquiera’)–. Me gustaba que me servía el dinero y no tenía a nadie que me mande, trabajando en la

* Una versión de este texto ha sido publicada en la revista *Crisis*, nro. 31, 2017.

calle, que para mí la calle no se cambia por nada... es como un laburo libre, no es estar encerrado en la fábrica y que te vigilen. Estás en la calle, hacés prevención y es más relajado”.

Una fuerza de seguridad que atrae y *enrola* los deseos de los pibes y les permite *rellenar* con sus berretines –y su currículum oculto– la formación a medias o “fallida” que reciben. Para ser poli-pibe o piba tenés que tener el secundario completo, DNI, presentar certificado de antecedentes penales, pasar los nueve meses de instrucción paga (antes eran solo seis) y ya estás listo para patear la calle.

Jhonny tiene 24 años, labura en Avellaneda y entró durante la primera camada: “Ahora igual está distinto, es como más profesional... se baja otra línea”. Más profesional –hoy hay mayor acento en el “reentrenamiento de los agentes”– es más “policial”, con cada vez menos grises y *zonas subjetivas liberadas*. La formación exprés, el disciplinamiento bajas calorías, la falta de internado (el cama adentro), el tenue pero existente hincapié en las retóricas de derechos humanos, permitió que esos espacios vacíos se rellenen con las sensibilidades sociales extra-policiales pero también con la estofa de la propia biografía barrial o institucional de cada quién. Maxi –un treintañero de la vieja escuela callejera– compara la formación de la local con su paso por el Servicio Penitenciario: “Ahí te dicen que tu compañero de promoción es tu hermano al que nunca vas a traicionar, y eso no se aprende en la policía local, esa línea no la bajaban. Por eso lo que pasa en los casos de denuncia –en referencia a los videos que circularon sobre un policía tomando cocaína dentro del patrullero– se ve que no hay camaradería en la fuerza”. La falta de “mística policial” es también estratégica: se la suplanta deviniendo poli-pibe, pitufo gruñón (como veremos más adelante) o con la memoria corporal y sensible de los verdugueos vividos. “La policía local, que no tuvo internado, no tuvo esa formación... En el Servicio los compañeros, los jefes te podían denigrar y te decían, ‘con esto se van a acordar siempre de nosotros, es por su bien’. Eso en la local no existe, hoy la formación de la local aumentó en todo lo que es la parte física, pero no en la parte espiritual, digamos...”. La local nace sin un corazón gorrudo pero de a poco la sociedad la ayudará donándole el suyo.

En marzo de este año electoral, y en medio de las peleas con los independientes por el presupuesto, Vidal anunció que por el desfase entre la cantidad de postulantes –aún hay inscriptos para el 2018– y la capacidad operativa y de organización de la fuerza, se frenaban los nuevos ingresos y egresos (se estima que hay entre 16 y 18 mil efectivos en toda la provincia; para comparar, la bonaerense tiene más de 90 mil agentes, aunque se calcula que más de un tercio de ellos está con licencias y fuera de servicio). También anunció que en los municipios más populosos la Local será absorbida por la Bonaerense (algo que, de hecho, a nivel operativo ya viene sucediendo; la ausencia de dependencias propias hace que los agentes de la policía local terminen dependiendo de la suerte del comisario bonaerense de turno, de la onda que peguen en cada comisaría con la que trabajen). Esta cuestión (falta de calabozos, burocracia a cargo de las comisarías de la Bonaerense) sumado a su función de prevención y de policía de “proximidad” seguramente han influido en la falta de producción de una identidad común de la policía local.

*

Si en vez de llanura la geografía física del conurbano bonaerense tuviera colinas y cerros, *el siete colores* sería un poroto al lado de las variaciones cromáticas del paisaje securitario: prefectos, gendarmes, bonaerenses, locales, agentes municipales de tránsito, en algunas zonas la federal, grúas como puestos de control, retenes y patrullajes a gamba, rondines de seguridad privada (legales y truchos)... Y post-ajuste, todos los colores brillan aún más: tienen presupuesto, luz verde para el micro-revanchismo y sintonizan –sin muchas interferencias– con los ánimos barriales mayoritarios.

25

Al igual que los operativos Centinela y Cinturón Sur que post-In-dominicano saturaron de prefectos y gendarmes los barrios del sur de la Ciudad de Buenos Aires y del conurbano, la Policía Local fue un reflejo del músculo securitista estatal hacia el engorramiento barrial y la picantez social que empezaba a mostrar el ajustecito económico del kircherismo tardío; el decreto del 30 de junio de 2014 que la crea integra a su vez el decreto de “emergencia en materia de seguridad pública en todo el territorio de la Provincia”. También mostró el recurrente desfase –propio de varias políticas territoriales K– entre “el escritorio” de

funcionarios, asesores y técnicos –más o menos militantes y lúcidos–, y la sensibilidad social –y *local*– sobre la que efectivamente derramaban esas buenas intenciones.

Fierro, pantalla y parla

“Pero cómo querés que no roben si están boludeando con el del local de ropa de lo que hicieron el fin de semana y aquel otro está mirando la pantallita...”. La señora de pelo corto y anteojos de marco grueso grita sobre una avenida comercial de Avellaneda, y mientras el “binomio” de policías –una flaca y un flaco– recibían el reto en silencio, un grupito de comerciantes los defiende. Un arrebato callejero hace saltar la ficha del *vecino cuidado*, no es la señora indignada que pasea por la cuadra ni los propietarios de la zona: vecinos son acá los comerciantes de la avenida.

La Policía Local opera como una fuerza de custodia de las fronteras comerciales, de las avenidas abarrotadas de locales en el centro de las localidades más populosas del conurbano. Esa *proximidad* da lugar a una sociabilidad espontánea de la que se sacan beneficios mutuos; “hola, buenas tardes, buen día, siempre con respeto porque son los que te dan ‘covacha’, te brindan un vaso de agua, te dejan sentarte diez minutos. Siempre los tenés de amigos, y a ellos les sirve que estés parado ahí en la puerta del comercio”, dice David. Estar en los locales responde entonces a esa frontera comercial a cuidar, pero también al impulso vital de cualquier pibe o piba que se mueve en ambiente natural –sumado en algunos casos al hecho de trabajar en el mismo municipio en el que viven y acumularon millas barriales–: quedarse cerca de un local o en la plaza, charlar con “la gente” o con algún conocido... la Local se vuelve un lugar de ranchada para los poli-pibes. Además porque, como en todo laburo, hay que llegar al final del día y para eso casi todo vale, mirás la pantalla del celular –incluso con el riesgo de distraerte y padecer el robo del arma o “perderte” una secuencia delictiva–, *scroleás* las redes sociales y mirás el perfil de alguna piba o de un pibe y tirás un like, o gestionás la noche del sábado o el partido de fútbol del miércoles: “El uso del celular es libre mientras no te vean los civiles... eso lo vas manejando, te vas a una cuevita, la ‘covacha’ le decimos, y mirás lo que quieras, llamás, *guasapeás* y

eso...”. Una rutina laboral liviana y tediosa, pero más visible y expuesta que la de otras fuerzas de seguridad o empleos estatales (“los únicos que *camina*mos somos nosotros”).

Hay que “hacer conducta” y hay que evitar que los civiles te vean; vecinos quejosos y mirones actúan como un panóptico social incontrolable: se mezcla la fatiga de ser laburante y la de ser vigilante.

Pitufos gruñones

No pasó ni un mes desde que los uniformaditos y uniformaditas de color celeste comenzaron a patrullar el conurbano y en una plaza del centro de Caseros un pibe de menos de 20 años hace retroceder a los gritos a “un pitufo”; a unos metros, el grupo de amigos y amigas festeja la escena y se ríen a carcajadas. En sus comienzos –y coincidiendo con la bienvenida social– en los medios de comunicación también los policías locales fueron víctimas de bullying. La mayoría de las noticias –y ni hablar de los comentarios de lectores– que los tenían como protagonistas los muestran ridiculizados o infantiles: “Les robaron las armas reglamentarias”, “Accidentes en las prácticas de tiro durante su formación”, “Están de adorno”, “Son ñoquis municipales”. A diferencia del desembarco de la gendarmería o la prefectura en el conurbano, aquí su inexperiencia, su “pureza” y su novedad en territorios picantes no parecía asegurar su confianza social, sino la burla y el desprestigio público; eficiencia mata corrupción.

Pero las sociedades cambian y en marzo de 2016 varios diarios levantan una noticia que muestra a los celestes sacando los dientes y saliendo del roperito: un pibe que estaba haciendo un mural en la parte trasera de un monumento en la plaza de la estación de Quilmes es golpeado y detenido por la Policía Local. En la pintura en cuestión se ve una imagen de un pitufo caído con los ojos en blanco y la lengua afuera; en un video que circula en Youtube el testigo que graba la detención dice que los policías locales le pegaron y lo detuvieron por ese dibujo. A esa escena de revanchismo le seguirán varias más en las que la Policía Local detiene a estudiantes que celebran el “último primer día” de clases o el inicio de

las últimas vacaciones de invierno en plazas de diferentes localidades; también circularán incluso noticias que los ligan a secuestros, abusos de autoridad y sospechas de participación en delitos complejos.

El tránsito de “ñoquis municipales” a pitufos gruñones no es de un día para el otro, pero sí muestra que las situaciones de violencia que protagonizaban respondían menos al aburrimiento y al tedio de la rutina laboral y más a las sensibilidades *gorrudas* de las que se nutre y a la violencia ambiente cada vez más espesa. Pero tampoco se entiende el revanchismo de los pitufos y las situaciones actuales de abuso de la fuerza y *verdugueo* sin entender antes la burla –y el “acoso”– social que padecieron (acoso de una sociedad que aceleraba el *engorramiento*). Hace unos años conversando sobre la presencia de la gendarmería en su barrio, un pibito nos decía “a nosotros nos hacen lo que les hicieron a ellos mientras se hacían gendarmes”. Los agentes de la policía local –con su educación fallida y rápida– no padecieron ese verdugueo habitual, pero sí lo absorbieron en el espacio público; el que salió ileso del bullying social –y no renunció o lo despidieron– ahora está oscuramente empoderado por las mismas fuerzas sociales y vecinales que, más que controlarlo para que no se exceda en sus funciones, lo miraban con rechazo porque querían *ir por más* poder policial (uso del arma y de la fuerza física, detenciones, “que saquen a los pibes y a las pibas de la esquina”) y menos estética y obscenos gestos de vida-pibe tirados al viento de una despreocupada tardecita de calor. A la Local se la tragaron del todo las –no tan– nuevas sensibilidades sociales anti y *gorrudas*.

Esa policía sietemesina –el corto tiempo del curso de ingreso también dejaba disponible y vacío el casillero de la mística, a rellenar con sensibilidades pibes o con sensibilidades *gorrudas*: de poli-pibe a pitufo gruñón– creció y *cambió*. El macrismo se dirime entre borrarla del mapa (y colocarla en la serie de la pesada herencia... después de todo su inconsciente arma rápido el encadenamiento: avenidas comerciales con consumo caliente, pibes boludeando en plazas o calles, empleos municipales, etc.), continuar con su *dejar hacer* reactivo (desmantelamiento del aparato estatal de derechos humanos y del control gubernamental, poca atención social a las “denuncias”, seguir empoderando a la sociedad *gorruda*), “politizarla” y usarla para pispear y apurar a militantes y pibes y pibas que toman colegios, o permitir que la adopte la *imprevisible* familia de la bonaerense. Como nos contaba un serio poli local empoderado

que no quiso ni mentir su nombre: “La otra vez nos decían que si no tiene documentos o se hace el rebelde o se pone hostil, lo llevemos a la comisaría y ahí arreglamos todo. En algunas comisarías está todo bien para ‘laburar’, te aceptan a cualquiera, no a cualquiera digamos, pero sí a cualquiera que digas, ‘este pibe se hace el rebelde o el hijo de puta’... Hay otras comisarías que vos vas, le llevás a alguien y te dicen ‘¿qué me estás trayendo?’ no quieren quilombo. Eso depende de los jefes de la comisaría. Nosotros trabajamos con una que está todo re bien... Hasta te lo cagan a palos ellos también, ja”.

Almuerzos desnudos

Tu estómago gruñe como enjaulado. “Seguro está hablando de cuando tenés hambre”, pensaría Vanesa cuando en su cuarto adolescente o en algún barcito de Rafael Calzada escuchaba la canción del Indio. Aún los noventa no habían estallado, los redondos no se habían separado y ella iba a morfar al comedor de la Iglesia. “En ese momento mi vieja no laburaba. Fuimos al comedor del colegio hasta que terminó el secundario y nos echaron”, recuerda entre risas. La última vez que se pudo todo tenía un hijo recién nacido, cartoneaba en Capital Federal y por más que ‘había crisis’ no la sentía como ahora. “Esto lo viví más como un golpe; sobre todo en estos últimos años en que todo retumba más. Además, pensás en tu hijo y no sabés que va a pasar, si voy a poder sostener la escuela, la plata para que viaje, si va a conseguir trabajo, si estaremos sanos para poder acompañarlo: todo eso hace que te sientas solo y con mucha responsabilidad”.

Si es cierto que el verdadero fondo anti-cíclico es ante todo memoria subjetiva –recuerdos del aguante– la ‘gente más grande’ y curtida suele atravesar estos momentos de temor y temblor con mayor tranquilidad: *esto ya lo pasé* es una contraseña para esa costumbre tan argentina de que se vaya todo a la mierda. Pero entre los veteranos y las veteranas de ‘las otras’ crisis y los y las centenials queda el desabrido relleno etario del sándwich: “Los que tenemos entre treinta y pico y cuarenta y algo somos los más complicados; mi vieja, las doñas más grandes están como ‘no me mires a mí que ya cumplí”.

En un contexto de ajuste brutal y mayorías cansadas, los que la hicieron –o ya la militarón– quedaron en un segundo plano y el corte generacional de quienes bancan comedores, merenderos y diferentes ranchadas barriales es claro: flacos y flacas que vivieron ‘la del

dosmiluno' siendo adolescentes y que ahora tienen hijos de esa edad. El de Vane es uno de los tantos espacios que en apenas tres manzanas del barrio 2 de abril se apilan y crecen al ritmo de la crisis; hay al menos siete comedores y merenderos: dos de ellos están hace años (el de la escuela y el de una sede del programa juvenil Envi3n), dos comedores de noche (uno 'hist3rico del barrio' que volvi3 a abrir sus puertas y otro de un vecino que consigui3 mercadería del municipio para dar de cenar en su casa de jueves a domingo). Los otros pintaron en los 3ltimos dos años.

La merienda en la mesa y los parlantes en la vereda

Entre aquella crisis y 3sta la Vane salt3 de madre joven a madre de-hijo-adolescente y de esos años del medio le quedan tambi3n cicatrices y s3rdidos engomes de clase. Si bien las preocupaciones cambian, las insistencias siguen siendo las mismas de siempre: moverse y 'saltar' empujada por los dramas del barrio (en un nivel sensible siempre insondable: el barrio manda) y ponerle el cuerpo y el 3nimo a las pulsiones de las militancias silvestres. "Al comedor lo fuimos pensando con una amiga con la que laburábamos en una cooperativa del Argentina Trabaja. Ella despu3s se arm3 ac3 a unas cuadras uno y 3ste lo termin3 armando sola y con la ayuda de mi marido que trabaja en una panadería y trae las facturas de ayer".

*

32 Los 3ltimos meses de los 3ltimos dos años intensificaron la crisis y fueron ajustando las expectativas: de comedor a merendero: "si vos le decís al vecino que vas a estar; ten3s que estar. No le pod3s decir que no conseguiste recursos, que no vas a abrir. La mayoría no venía a comer ac3, te dejaban los tupper con una notita: 'somos seis', 'somos siete'. Pero hacían falta recursos y tiempo, por eso ahora estamos con la merienda para unos treinta y cinco chicos... a veces llegan cincuenta. Para sostenerlo us3 parte de un pr3stamo de ANSES: en vez de material para arreglar mi casa o pagar deudas compr3 mercadería".

Vane saca un parlante casi a la vereda, mueve una tele hasta el patio y la ranchadita se arma. Pibitos y pibitas –y a veces sus madres– se mandan un rally merendero y también la pasan piola: aterrizan en su casa y pernoctan un rato luego de pasar por ‘el poli’ donde también se sirve leche con galletitas, quizás ese mediodía pintó el comedor de la escuela o de alguna sede de Envión, si no hubo almuerzo al menos se puede papear una merienda recargada y fue. Pero los fines de semana el poli-deportivo está cerrado y quizás, piensan Vane y su marido, convendría abrir sábados y domingo en reemplazo de algún día semanal.

*

Saltar por el barrio es dar lugar a una pulsión potente y silvestre que no se banca mucho la jerga ni la sujeción militante o eclesial. No se soporta por un rechazo más fisiológico y de forma de vida que ‘ideológico o político’: esas pulsiones nacieron en vidas muy expuestas a biografías barriales y a sociabilidades de ‘vieja escuela’ con una naturaleza que entremezcla historias personales marcadas por las crisis, barrialismo indócil y vecinalismos sueltos y no-engorradados. Pero no se soporta, sobre todo, porque no entra en calendarios ajustados, endeudados y agobiados la pertenencia a una organización más que se sume a las laborales, familiares y conyugales. Se salta por el barrio: se autopropulsan las vidas que son susceptibles al malestar que se siente en las calles en las que naciste, te criaste y vas a morir. Un saltar que no es mera solidaridad social espontánea ni tampoco una filantropía onegeísta. Una pulsión que no está organizada ni marcada por estrategias militantes (que a veces no pintan ni de lejos) ni organigramas municipales. Se salta por el barrio y punto. Esa acción es tan potente en su origen como jodida en su sostenimiento cotidiano: potente y lúcida porque tiene en ese salto toda la información sensible sobre los rejuntos en la precariedad totalitaria que el lenguaje militante y el estatal no suelen percibir. Frágil porque estas apuestas tan hechas de cuerpo-suelto pueden volar por el aire cuando algunas de las obligaciones de la vida cotidiana saca los dientes y la cosa se pone más fea: quienes sostienen estos comedores y merenderos silvestres que brotaron en estos años de macrismo brutal están demasiado cerca de sentarse en esas mesas que sirven.

Instituciones implosionadas y vidas cansadas

La tonalidad afectiva de los barrios ajustados es el cansancio. Vidas cansadas, aplacadas, al mismo tiempo que híper movilizadas por todos los vectores sociales que se intensificaron hasta el enloquecimiento con la crisis: hay que gestionar una vida con cada vez menos margen de tiempo y de guita; un cotidiano con cada vez más belicosidad en la que hay que sostener material y anímicamente la vida: las deudas que crecen y no se pueden pagar, las familias ampliadas y malregresadas o hacinadas en las piezas que se copan y alojan, los laburos que escasean o devoran cada vez más tiempo vital, la desocupación que es más ocupación de la cabeza quemada e impotente por la falta de guita y el barrio ajustado que también es el barrio rejuntado de siempre pero en versión espeso y más violento. Vidas hipermovilizadas y cansadas; vidas en barrios quietos si de berretines ‘políticos’ y ‘comunitarios’ se trata. “El barrio antes tenía un poco más de movimiento. Nos juntábamos, hacíamos una reunión, nos organizábamos más me parece. Hoy falta eso, está como más quedado. Qué se yo, desde poner cartelitos a armar una juntada. Antes había reuniones por lo que se te ocurra; desde robos hasta poner el agua. Y eso es porque no se sale. No sale uno. Se queda quietito esperando que salga el otro. No creo que no sea por un ‘no te ayudo’, sino porque no surge. Las mismas personas que hacían eso ya no se organizan más”.

Un aplacamiento y un aplastamiento que no tiene mucho sentido explicar en esa jerga sociológica que mira muy de ‘arriba’: ‘individualismo’, ‘privatización de la vida’, ‘cultura de derecha’, ‘neoliberalismo con su meritocracia’, blablablá. Quizás solo falta combustible para saltar y bancar. Porque la nafta está toda vertida en la maquinita de carne y hueso que todos los malditos días sostiene el umbral de la vida en la precariedad. Sin espacio subjetivo y sin tiempo social para organizarse y militar el barrio, para participar de sus armados y sus redes colectivas, la crisis, para quienes tienen una percepción lúcida y una biografía inquieta, deviene aún más jodida: hay que enfrentarla de modo solitario. A unos pocos metros de la casa de Vane hay una salita en dónde sus laborantes cuentan sobre el crecimiento de las depresiones, los problemas de salud mental y las adicciones en todos estos oscuros años.

La crisis que estamos viviendo –insiste Vane– es distinta a la de comienzos de siglo sobre todo por su velocidad: “La de ahora fue muy rápida, muy abrupta...de repente: ¡boom!”. Una crisis súbita, un gran apagón de luz cuya posterior baja de tensión recayó sobre los cuerpos cansados y materialmente distraídos en gestionar sus vidas. “En estos años salí a pedir préstamos para pagar otros préstamos: a tu vieja, a tu hermano. Encima el par tuyo está como vos. No conozco a ninguna persona que haya sacado un préstamo de estos de ‘la ANSES’ –de veinte o treinta lucas– y que lo haya usado para materiales, para comprar máquinas... para algo productivo. Hay gente que debe muchísima luz y si no pagás te sacan el medidor. Te encontrás a la deriva y decís, ¿qué mierda hago? La gente está mal, se está haciendo mal. Te daña esto”.

Emergencia alimentaria y anímica

Comedores, merenderos, escuelas están en estos días en el centro de la escena política y mediática a raíz de la sanción de la ley de Emergencia Alimentaria. Movilizaciones y debates televisivos que instalan la ‘cuestión del hambre’ como prioritaria. En los barrios se observa como todos sus nodos y hormigueros centrales devienen comedor. Si hace unos años nos habíamos acostumbrado a que sean complementos o ‘excusas’ para hacer otros laburos allí, ahora son espacios de supervivencia que atajan como pueden las vidas heridas por la devaluación. Más de un 54 por ciento de inflación anual que si se la desglosa en rubros es más fuerte en alimentos y que si abre pestañas en tipos de alimentos y en zonas geográficas se lee que golpea muchísimo más al segundo y tercer cordón del conurbano bonaerense. Comedores, merenderos, establecimientos educativos, sedes de programas sociales en los que primero hay que poder morfar y después partir (y si da ranchar un rato).

Todas las instituciones sociales y barriales que durante la ‘década ganada’ habían mutado en algo más (por escapar a las funciones asignadas por los diagramas institucionales y ser un poco desierto para hacer otras cosas; por el plus militante que les inyectamos para meter otras preguntas políticas e investigar y caminar el barrio), en estos casi cuatro años de macrismo perdieron ese extra. Será también un desafío ‘de estado y

militancia' para el próximo gobierno poder volver a rescatar ese *algo más* tan necesario y virtuoso para experimentar y hacer rizomas políticos y vitales en los nuevos barrios.

*

La falta de recursos y la inflación creciente pone en peligro el sostenimiento de muchos comedores barriales al mismo tiempo que aumenta el afluente de vecinos y vecinas que los requieren para ir a comer. Si no alcanza la mercadería o se corta el gas o 'la sede' o la escuela no abren ese día, hay pibes y pibas que no se alimentan. No solo se cambió la cena por el mate cocido: se trata del riesgo de días en los que no se come un carajo. Con ese cálculo lidian escuelas, iglesias, espacios municipales y comedores y merenderos silvestres.

Hay una emergencia alimentaria que también es logística y anímica; logística porque se requiere mercadería (y porque aumentan los precios y eso implica más tiempo para recorridas y gestión de las compras y más fiados o deudas), energía (gas, leña... "si tenemo' que prender un fuego en la vereda lo hacemos"), nos dijo un cuarentón que sostiene un comedor nocturno bien bien precario) y anímica porque hace falta energía y fuerza psico-física para sostener la presencia en estos espacios: cada vez se suman más capas de gestión a las que ya demanda la propia vida de quienes impulsan y coordinan estos espacios. Hay cuerpos, faltan recursos y los que hay caen sobre brazos caídos (nos decía una vecina de un barrio aledaño al de Vanesa: "Yo misma tengo todo para abrir un comedor y no puedo: no encuentro el tiempo... no sé"). Comedores de nación y provincia que bajan cada vez menos mercaderías conviven con la ausencia de condiciones subjetivas para bancar la desgastante militancia en la implosión. En donde hay recursos faltan cuerpos que se 'pongan la diez' y los sostengan: hay insistencias que se siguen organizando y parándose en la crisis negando el cansancio o aceptándolo como parte de la materialidad en la que se desenvuelven las vidas, pero incluso el gesto más voluntario y negador del entorno requiere de unas condiciones concretas de existencia en las cuales descansar un rato y guardarse del feo afuera. Esto sucede porque en los comedores también se condensan en pocos metros las violentas implosiones sociales que se dan en cualquier institución: vueltos barriales, peleas espontáneas, roces que provocan que todo se pudra en un acá muy chico: por una

‘bandeja entera’ de comida que desaparece; porque ayer se sumaron diez pibes que desajustaron el cálculo diario; porque la convivencia forzada entre una banda de pibes y pibas hace irrespirable el lugar; por la fatiga de administrar toda esa cantidad de violencia que los cuerpos traen de la calle –y del barrio cada vez más ajustado y picante– y de los interiores de los hogares cada vez más sórdidos. Desde estos espacios barriales hay también una privilegiada percepción de la implosión: todos los cuerpos están cargados y cada comedor es una timba...

Las salitas quemaditas

Arrancamos para la salita del barrio. Los bajones, malestares y síntomas silenciosos que se empezaban a experimentar con la crisis (en términos de emergencia alimentaria, de cansancio y estrés), el mapa de la precariedad pasado por los cuerpos... cuestiones que nos llevaron a extender la cartografía barrial a las salitas, verdaderos *hospitales de campaña* del ajuste de guerra de estos años. Todos estaban ahí, las mismas caras que nos cruzábamos en la calle, en la sede, en el comedor, en el secundario de adultos, en la escuela. Como si el barrio continuamente se estaría plegando sobre sí a través de un par de instituciones. Los nuevos barrios ajustados son *barrios totales* porque se sale menos de él, porque sus fronteras se achican, porque no se tiene laburo en otro lado y eso obliga a quedarse en las casas, porque no hay consumo y excusas para salir por ahí, porque no hay carga en la SUBE... y también porque en un puñado de instituciones se juega el cotidiano de las vidas populares.

“Lo que vimos que aumentó en los últimos años son los problemas de salud mental: depresión, autoflagelación, adicciones...”. El diagnóstico que surge de todos estos años es idéntico en una salita en el tercer cordón del conurbano, que en una CESAC que está en una villa del sur de la Capital Federal. “Aumento del consumo de fármacos, alcohol, problemas psiquiátricos”.

Patologías que supuestamente son de clase media (angustia, *burnout*, depresión, ataques de pánico), también se viven en los barrios, pero sin las redes terapéuticas que sostengan. “Tengo varias psicólogas, pero para los turnos tengo una lista de espera enorme, quizás tenga turno de acá a 3, 4 meses... A esto sumale que los tratamientos no pueden exceder los 3 meses”. Una terapia express para los barrios. Instituciones colapsadas, que se suman al hecho de que muchas otras instancias, terapéuticas y

hospedajes (las ranchadas, la nocturnidad, la esquina, amistades...) también implosionaron, o se desarmaron, o no llegan a cubrir (al igual que esos pocos turnos) las urgencias de las quemazones. Las patologías quedan a la intemperie, los “hospitales” y las hospitalidades (de todo tipo) no alcanzan, no dan a basto.

No sólo la falta de redes se ve en la dificultad de conseguir un turno con una psicóloga; el desmantelamiento del servicio de medicamentos en una sociedad híper-medicalizada –no sólo en analgésicos, sino también en depresores, estimulantes y otras drogas para sostener la cotidianeidad precaria–, la poca cobertura por parte de las obras sociales, el ajuste económico que obliga a priorizar un medicamento por sobre otro, o a alternar su uso o a descartarlos directamente para comprar alimentos, es brutal. Un medicamento que no se consigue es una “red” más que se quita, una mediación menos entre las vidas heridas y el abismo sin fondo.

Hay un reverso o un momento anterior al *bajón*, donde el ajuste y la precariedad no se traducen en un vacío o aplacamiento, sino todo lo contrario: el cuerpo se estresa, se altera, se satura (y recién después se pincha). Y esto no es exclusivo de los trabajadores quemados. Estar desocupado hoy, por ejemplo, no es estar con tiempo libre, es “no poder comer, pero tener que seguir con un montón de gestiones, tener que seguir luchando por los subsidios, totalmente válidos, y tener que luchar por la asignación, por la pensión por invalidez, y tener que luchar cuando venís acá a buscar la leche. No es que estás en tu casa sin hacer nada, es una lucha constante frente a las instituciones y demás para poder sobrevivir. Eso sí que es notorio. Las pensiones por invalidez bajaron un montón, casos que no tenían que bajar, entonces la gente tiene que demostrar que estaba bien dada esa pensión, lo que te lleva meses y mucho desgaste. Un discapacitado que se queda sin cobertura médica es un descalabro dentro de una familia que no tiene recursos. Y eso tiene consecuencias. La gente se enferma porque vive estresada, comienza con problemas digestivos, enfermedades crónicas. El estrés continuo produce un deterioro... Y aumentó mucho la atención y la demanda por estos casos”.

Desde la salita del barrio, desde los recorridos diarios para acercar dispositivos de salud a quienes nunca se van a acercar, M. percibe el vínculo fuerte entre el estrés y la precariedad totalitaria: “Hay gente que pregunta acá en el barrio ‘¿la gente de qué está estresada?’. Y yo les digo...

viví acá en el barrio un día de 40 grados en el verano, estando ahí metido porque justo toca que vuelan las balas... viví acá dos semanitas, vas a ver cómo te aumenta el estrés, como aumenta la agresión hacia los demás. Acá todo es muy difícil, la falta de acceso a todo”.

Pensar en las *bajas* del macrismo, en las muertes y en las heridas que provocó, es pensar no solo en las muertes públicas, sino en este tipo de bajas silenciosas, privadas, lentas...

La implosión rompe los cuerpos por dentro, sus órganos, las paredes que te protegen del exterior. El ajuste significó menos comida y malnutrición (mate cocido y pan, comidas salteadas, mucho hidrato de carbono, pocas proteínas, etc.); menos guita para arreglar una pieza y disputar el hacinamiento; menos guita para insumos para las salitas y hospitales y prestaciones de las obras sociales; menos guita para viajar al hospital a atenderse; menos atención y menos vacunas, y más patologías que no se tratan. Todo queda circulando por el barrio, acumulándose en los jardines de infantes, las aulas, los comedores, las casas. “Las situaciones de falta de viáticos son de todos los días. Todo el tiempo escuchamos a los vecinos que exigen atenderse acá porque no tienen para viajar, aunque la situación requiera derivar a un hospital”. Todo queda entre las paredes del barrio.

Hay enfermedades que estaban más o menos controladas y que volvieron a aparecer: tuberculosis, sífilis, sarampión... “Cuando ajustás los programas, los efectos los ves directamente y se traducen en enfermedades: hacinamiento, falta de defensas. En una cama duermen cinco personas. Nenes que mueren asfixiados por la mamá o el papá por dormir en la misma cama... y se duerme en la misma cama no por decisión o por alguna otra cuestión, es porque no hay otra. En invierno hay drama con las estufas a querosén”.

41

El director de una de las salitas a las que fuimos insiste en “ver el trasfondo”. Lo repite como un mantra a la hora de atender los reclamos de los profesionales, que se lamentan de que alguien llega tarde a un turno, o que no continúa un tratamiento, o no sigue ciertas “pautas de salud”. “Tenés que ver qué pasó con la familia, con la mamá, no sirve culpar a nadie... Pero si ves el trasfondo no llegás más, no llegás a ver todos los niveles... es el contexto, hay que ver el por qué, y el otro por qué, y así. Yo hablo con los médicos, porque a veces se encabronan porque la

gente llega dos horas tarde al turno. Pero yo les digo que tienen que ver por qué es eso, si durmió o no durmió, con quién dejó a los nenes... hay que ver los trasfondos de la situación”. Los trasfondos. Viaje al interior de las familias, recorrido por la superficie de contacto entre las casas y el resto del barrio. Ningún choque o detonación puede explicarse porque ya viene con diez capas de detonación plegadas sobre sí; cada hecho viene con la fuerza de otras colisiones inmediatamente anteriores. Y a su vez genera otras diez más... Hay ondas expansivas de las implosiones. Y también ondas para adentro, que detonarán después, quién sabe dónde, o que quedarán rebotando en el mismo cuerpo. La implosión y los efectos, hacia adentro y hacia afuera...

Una salita o centro de salud barrial es una interfaz social clave, pliega el adentro –personal, familiar, los rejuntes– con los afueras barriales y con lo social. Y pliega también diferentes temporalidades.

Los efectos que dejan el comer mal o no comer, el estrés, la angustia, el terror anímico que llega a las nubes, dejan cicatrices externas e internas en los cuerpos. La crisis deja rastros que se verán más adelante; el barrio y también los cuerpos como un campo minado que puede detonar tiempo después.

Las salitas y centros de salud son lugares claves para entender los efectos de un ajuste, de una gobernabilidad; terminales nerviosas desde las cuales hacer un seguimiento de los efectos de las crisis, contabilizar los heridos y las bajas. Registrar, trabajar y politizar la *pesada herencia*. Los efectos visibles y palpables, y también las bajas silenciosas de las implosiones. Atender a aquellos y aquellas que ni siquiera llegan a las salitas, que trabajan todo el día y están en el barrio a la noche, o que por estar con miles de quilombos no llegan nunca al turno, o aquellos que no encuentran el impulso para acercarse a la consulta. Por eso “hay que salir al barrio”, nos dicen; saltar por los que no llegan. “Nosotros trabajamos mucho en la prevención, hacer salidas al barrio, actualizar vacunas, dar charlas, talleres, campañas de anticoncepción, sobre enfermedades crónicas. Hay que salir a buscar a aquellos que no vendrían. Salir hacia la comunidad y acompañar. Prevenir no es para nosotros ‘llegar antes’, es llegar al que no va a venir. Hay mucha gente, y lo vinculo con esto que dicen de la implosión, que se mete para adentro y no va a acceder al sistema de salud... entonces hay que salir a buscarlos”.

Bingo fuel

“Me estoy apagando en este infierno sin salida”. Tira en una rima ‘El Porte’ y repone después; “esto es lo que le está pasando a los pibes acá”. Caminar el barrio con el tanque anímico en rojo titilante, que pinte el bajón y el zumbido insoportable quede resonando entre los cuerpos es una constante entre los pibes y pibas. “Presión y depresión, soledad nocturna, solito en la esquina con la ranchada, siempre solo, si mañana todo acaba, ahora apuesto todo”, y así pasan las frases que no están hechas solo de palabras: portan registros concretos de los estados de ánimo y de las lúcidas auto-percepciones que coinciden a pleno con los datos *duros* que muestran el aumento de casos de depresión, adicción y autoflagelación que desbordan a las salitas en estos años de ajuste y recesión (también de la economía libidinal). Y la inquietante pregunta que nunca dejamos de hacer regresa recargada y con tono de emergencia: ¿por qué no existen lugares en donde los pibes y las pibas puedan *bajar* y replegarse cuando ‘las cosas no salen’ o se salen de control, cuando se suceden en serie las derrotas, cuando el vuelto de una gran intensidad o apuesta libidinal retorna feroz al cuerpo que se mandó y perdió?¹

43

1 “En los barrios es casi imposible acceder a las maquinarias del poder terapéutico que cotidianamente operan para mantenernos a flote y aferrados. Hay exposición permanente de los pibes al infinito, al afuera abierto de la locura y el muleo. Y en la exposición en carne viva, sin las protecciones que otorga la moderación medicalizadora, todo irrumpe sin filtro; los desbordes de la vida personal, la violencia del barrio, los quilombos familiares, el verdugueo gendarme, la indiferencia de la ciudad. Todo afecta sin mediaciones, y a veces se vuelve urgente la necesidad de tranquilidad para poder retrotraerse y defender esa llamita anímica que aún no se apaga. (...) No te podés ir a Youtube y estar en la pieza con los auriculares altos porque la casa es un infierno, pero tampoco en la calle donde te verduguea la policía o te tenés que bancar las miradas de los vecinos” (*¿Quién lleva la gorra?*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2014).

En esta larga década de trabajo con pibes y pibas de barrios populares, con docentes, talleristas, militantes, trabajadores sociales, etc., lidiamos con una lectura en clave *suicida* de los movimientos, rajes, devenires, formas de vida: se trate de la relación con el consumo, con la violencia ambiente, con los vínculos o con *sus* deseos, siempre esa perspectiva de ‘final de juego’ aparece como una fuerza implacable que incluso nos arrastró en varias ocasiones a nosotros mismos, aún trabajando en alianza insólita y cercanía sensible con sus movimientos; ese peligro nos ha ‘condicionado’. “Los límites de los pibes silvestres no son los de quienes buscan contenerlos. Con sus rajes dilatan los bordes y empujan las líneas del afuera. Por eso no se trata de pensar que los pibes ignoran o traspasan los límites, sino de investigar junto a ellos las fronteras y sus corrientes, o ver qué otras imágenes hay (cuidados, ponerse pillos, bajones, resguardos). ¿Y si sus límites son la cárcel, la muerte y la locura, y no las paredes de un envase moral, familiar, institucional, laboral o militante?” (¿Quién lleva la gorra?).

La pregunta por el límite insiste y se vuelve más urgente aún en una cotidianeidad lacerante y dramática. En estos años hemos asistido también a la mutación (vía ajuste económico y vital) de los desplazamientos, las experimentaciones, el roce con los límites, las experiencias políticas concretas. Las intensidades que les permitían *rajar* a los pibes y a las pibas y conectarse de otra manera con la ciudad y con la época, se vuelven en el contexto actual cada vez más oscuras: vidas-pibes que llegan ‘de última’ a las salitas, aumentos de suicidios, sobredosis y patologías mentales severas. En medio de lo *social implosionado* y del orsai que realiza la sociedad ajustada (la sociedad ‘tira el achique’ y hay vidas que quedan entonces más expuestas, más regaladas a las fuerzas de seguridad pero también a las fuerzas ‘antis’ del propio barrio) los límites se vuelven más difusos y las politizaciones potentes más dificultosas... Y la reivindicación a distancia y sin cuerpo-presente de esos movimientos y politizaciones, la estetización de formas de vida que padecen las intensidades oscuras en coyunturas de bajón anímico y soledad política, se vuelve peligrosa.

*

En la sociedad ajustada hay menos posibilidades de moverte: sin guita para moverse, sin ganas tampoco de *arrancar* para la sede o la escuela o el comedor o el polideportivo porque esos espacios institucionales están

también implosionados y cada vez más picantes –espacios que devienen cada vez más ‘islas’ en donde se labura con menos redes y recursos y más quilombos y violencias difusas–. Sin posibilidades de rajarse si sos piba y quedás engomada en los roles domésticos que se recargan con la crisis; hay cada vez menos changas y más nerviosismo. Hay que cuidar cada vez más horas a los hermanitos y las hermanitas porque los adultos pasan más horas dando vueltas tratando de ‘ganarse la vida’ y porque cuando mamá, papá o los tíos regresan al hogar lo hacen con poca guita y mucha bronca y angustia. Y si sos piba también esquivás la calle que está cada vez más picante e inquietante, y si sos pibito sanito y sin berretines a cielo abierto también la vas a querer esquivar, y si laborás en el semáforo vendiendo algo ‘te cruzas con todo: con todo, *TODO* eh’.

Ajuste, implosión y depresión que te dejan cada vez más solo y regalado para lo inevitable: para reproducir de manera continua un GIF perverso que te va gastando el cuerpo y apagando el espíritu.

Rescate emotivo y político (del barrio vengo a la Isla voy)

Shooook me alllllniiiiightloooong, yeah, you. Si se puede empezar por algún lado, hagámoslo por el estribillo de la canción de AC/DC sonando al palo en un mediodía fresco y soleado y haciendo vibrar el cemento desgastado por la humedad del Delta de los antiguos edificios de la Prefectura en donde funciona la casa de rehabilitación y comunidad terapéutica “Isla Silvia”.² Llegamos allí invitados por el taller de escritura *Poesía Guerrera*. Algunos vagos de la vieja escuela se agitan con la música, otros aguantan el frío alrededor de la olla que provee la fundamental agua para el mate, otros juegan al metegol cerrando una escena *made in* esquina o kiosco suburbano de principios de siglo. Salimos del sur del conurbano y metimos larga distancia dividida en tramos de diferentes medios de transporte: bondi, tren, subte, tren, y, por último, lancha hasta la isla. Muchos de los pibes que conviven en la comunidad terapéutica son de Villa Fiorito; tuvieron que cruzarse toda la ciudad para encontrar algo de aire libre de vicios y malas juntas, y mucho de rescate piola y buena rachada.

45

² “Isla Silvia” es una de las sedes de la fundación *Vientos de libertad*.

“No todos estamos en el mismo ritmo y eso se nota: están los que los mandan acá sus familias o parejas; los que vienen solos pero medio titubeando; y los que lo ‘utilizamos’ para irnos de todos los quilombos que tenemos, ja”. Utilizar estratégicamente el espacio como repliegue anímico y zafar un tiempito de los garrones con los que hay que lidiar en la cotidianeidad. Las recurrentes menciones a ‘la conciencia’ que pinarán durante toda la jornada parecen ser menos referencias a una especie de verdad fenomenológica compartida –o a una regulación moral de las conductas– que a los mambos y los dramas biográficos por los que cada uno pasó y quiere de algún modo conjurar. En cada micro-charla aparecen estas *conciencias* que reflejan: recorridos vitales hechos gestos y no anécdotas, cicatrices, tatuajes y garrones que piden sanar vía parla grupal o conquistando un silencio activo y potente.

“Salís de tu casa y te ofrecen un cerveza tus viejos amigos y decís que no; me voy a poner las pilas. Y así pasan dos semanas, y seguís sin conseguir laburo, sin nada; y bueno, la próxima vez aceptás la cerveza, aunque sabés a dónde te lleva”. Uno de los compas aplica una descripción precisa y nos deja la cabeza llena de preguntas: ¿qué hacer cuando aparece lo *inevitable*, lo malo conocido, el loop mil veces habitado e imposible de interrumpir una vez que te tomó? Si eso inevitable funciona a nivel subjetivo es porque tiene una aplastante presencial social y vital: está ahí, enfrente tuyo, te muestra que es eso o la nada: están las familias, algún parejismo piola que se pueda conseguir y las *malas-juntas*.

46

En cualquier historia rápida de las drogas que se realiza, se puede ver que si vinculás el devenir del consumo con una historia de las intensidades, al toque te das cuenta de que los que terminan más dañados son los que no tuvieron las posibilidades de que los tome una fuerza piola o los convoque una maquinita de guerra que agencie con la gran intensidad que sus vidas fatalmente portan: o te arranca y te desvían intensidades que en un pequeño e imperceptible movimiento pueden devenir mortuorias, o quedás regalado para las *malas-juntas*: esa especie de roca negra e inmensa que se te cruza en medio de una intensidad de la que sos pasajero y que te recuerda todo el tiempo que la tranquilidad no existe.

Dos soledades

Se pueden distinguir dos soledades: la *soledad garrón*, esa en la que te encontrás sin desearlo, la de una época en la cual no podés *hacer mundo* con nada a tu alrededor, no tenés dónde moverte, ni dónde bajar. Y una *soledad piola*, que también se requiere, donde producir ahí una *nueva interioridad*; porque lo que daña es la soledad en el rejunte (el amontonamiento de cuerpos es también acumulación de quilombos de a muchos, memorias de roces, vueltos, etc.), y no la soledad en un plan vital potente y que se piensa de a muchos y muchas.

La soledad piola es la que se conquista y esa ganancia nunca es solitaria; hay un movimiento de otro u otros que habilitan y liberan un espacio en una casa, un movimiento del barrio para liberar una esquina, un gesto de no molestar a un compañero cuando lo ves *bajando tranca* en el centro de rehabilitación. Hay una interioridad que cansa, que deprime, que come; es la interioridad de la *vida mula*, la de la gestión constante de tu subjetividad. Y hay una interioridad necesaria, la que se arma como lugar donde replegar y alojar la cotidianeidad densa.

La pregunta retorna para perturbar: ¿pero a dónde *volvés*? ¿Cuáles son los repliegues necesarios en una disputa cotidiana contra la precariedad? Se juegan allí las diferencias de clase entre quienes tienen y quienes no esas retaguardias: repliegues que tienen su dimensión concreta, logística, de recursos económicos, de tiempos y de espacios, pero también su dimensión anímica –los estados anímicos con los que cuenta cada quién para encarar las quemazones constantes por la exposición brutal a la precariedad–.

Si los vectores sociales –laburos, hogares, calle, consumo, amistades– que sostenían una vida se ajustan, se borran, *implosionan*, esas retaguardias y repliegues se vuelven cada vez más importantes.

Los sonidos de la tempestad

Apuntes a la salida del taller

La piba que rapeaba en silencio

Pelear cabida es re cansador. Agustina lo intuye: si no hay atención, al pedo la intención: me voy, me rajo con el cuerpo o con la mente. Fue.

“¿Por qué no hay pibas en la sede, por qué no están dando vueltas por ahí?”, preguntamos en uno de los encuentros. “Lo que pasa es que las pibas *ya no están* en el barrio”, responden dos pibitos. Estaban grabando una canción y como sucede siempre en las improvisaciones *car-teleaban* la aspiracional vida de *gánster*: que tener la AK para pelarla en el barrio, que *lukearse* con brillantes cadenas de oro, que gastar los billetes que se caen de los bolsillos. Apenas cayó Agustina a La Cumbre aplicó a los pibes –que suelen copar la sede– y los puso pillos: “¿Qué se hacen ustedes eh?”. La piba los atendía y los pibes se quedaban en silencio. Agustina pintó no más de dos veces por el taller, pero dejó una zarpada marca. *Escribía, pero no rapeaba*: decía que escribía las letras rapeando pero que nunca se había animado a hacerlo delante de otras personas. Sus letras eran en carne viva: recordaba a una novia que había muerto hace ya un tiempo, bardeaba contra la homofobia y contra la escuela por no tolerar su relación, del día que murió su novia, de la reacción de su familia cuando se lo contó (ellos nunca supieron de su inolvidable relación) y de cómo los vueltos de esa confesión la perseguían hasta hoy. La presencia de Agustina hacía pasar otras brisas y otras fuerzas en el taller. En Don Orione, en Azul, en 2 de Abril, en La Cumbre: siempre pibes-que-hacían-hip-hop, que tiraban muchas veces letras piolas, pero que podían expandir su parla filosa de manera gratuita porque no había del otro lado una piba que los aplique cuando les pintaba ‘dárselas de chetos’. La segunda vez que vino al taller, se animó tímidamente a ensayar y terminó grabando una gran canción.

Pero el ambiente de la sede era hostil: jugaba de visitante y los pibes le tiraban algún berretín siempre que podían y aunque ella los sacaba cagando, la fatiga de estar con la guardia alta y devolviendo descansadas te vacía el tanque de energía y te deja un hilito de voz cansada que no alcanza para grabar. Los talleres siguientes no la volvimos a ver; un par de semanas la sede estuvo cerrada por quilombos en el barrio –que eran también, claro, *más quilombos* en la sede– y en el lugar no tenía una alianza concreta con otras compañeras (pibas del barrio, desbordadas laburantes del equipo técnico, pibas de por ahí, de alguna Orga, de algún maldito lugar que no te haga sentir de más...). Nos queda su imagen con pelo corto, ropa ancha y las largas canciones escritas en hojas cuadriculadas que nos regaló (nunca supimos si guardó alguna copia, si le interesaba atesorarlas...).

Las pibas tienen que cargar con un montón de roles fundidos que les cuelga en el cuerpo la economía barrial: ser madres de sus hermanitos y hermanitas, ser pibas, ser alumnas, ser hijas y madres de sus hijos y de sus padres o tíos y hacer las tareas domésticas y de cuidado y *lookearse* y ponerse lindas porque es un modo de ingresar a la economía libidinal de la ciudad, porque también es respeto necesario frente a las otras pibas (como el pibe que la cartelea de mafioso porque si no pasa por *pollo* y deviene víctima fácil para las fuerzas oscuras del barrio) y ahora también laburar más horas: se ven muchos pibes en la sede o ranchando por el barrio y muchas pibas en la parada de bondi yendo a laburar de algo. Las mismas preguntas nos siguen tomando y siguen latiendo con fuerza: ¿Cómo se acompaña, cómo se arma ‘alianza’ con los rajes de las pibas que quieren desplazarse de toda esa cadena de asfixiantes y fundidos roles? ¿Qué alianzas hacen entre las mismas pibas ahí, en el barrio, en la noche fea, en la parada de bondi durante las mañanas en las que la calle es tomada por los que aún no se acostaron? ¿Cómo cada una de ellas se acompaña a sí misma y se empodera en medio de las frágiles redes por las que se sostiene haciendo equilibrio su existencia? ¿Cómo evitar que esos rajes se regalen y queden en orsai frente a una sociedad mula y *gorruda*? ¿Cómo pescar ahí mismo, sin desambientar esas vidas arrastrándolas para afuera del barrio, rechazos y aguantes frente a las agobiantes y violentas imágenes sobre lo femenino: cagarse en la maternidad, querer salir de gira y garcharse a quien se le cante, mandar a la mierda a la madre verduga y al padre borracho y violento? Agustina ya

no pinta por la sede, pero debe intentar seguir sosteniendo su raje, ese que choca con la sensibilidad de las pibas que únicamente intensifican su propia vida y la de sus otros –hermanitos, primitos– desde lo materno. Sobre el cuerpo de las Agustinas, sobre el cuerpo de todas las pibas que *ya no están en el barrio*, pero sí en los interiores estallados, en los transportes públicos, en el kioskito o el mercadito, en los laburos híper precarios y en la ciudad cae feroz el macrismo que ajusta y hace aún más densas y violentas las implosiones.

El frío marginal

“Tengo frío todo el día”, suelta Rocío. Camperita de tela de avión con capucha y cuello polar negro que le oculta media cara y que en ningún momento va a dejar caer. Quiere escribir. Un cuento. Un relato sobre cómo se fue de la casa. Un relato del *pasaje* entre la casa y la calle. “Escribí una historia; una historia piola”. “Piola no va a ser”, aplica seca. Cada tanto, tiembla. No es solo frío; está re flaca: “Por fumanchar”, se ríe y esconde el rostro completo cuando una de las coordinadoras la reta por decir *eso*. No para. Va de acá para allá y de allá para algún ‘afuera’ barrial medio insondable. Se sienta y ahora quiere escribir una cumbia. Los pibes están meta rap y que grabación y qué letra que compuse y qué base piola para grabarla y qué consolita. Rocío –‘nombre de guerra’ con el que se autobautizó en el último tiempo– está sola con su berretín y su ansiedad. Se sentó y al toque voló por el aire eyectada por algún espasmo de frío o por alguna fuerza incontrolable y desconocida: el frío no es sólo por las bajas temperaturas, el frío es también la verificación fisiológica de la precariedad *a la intemperie* que te hace temblar. Larga unas risas filosas y mutiladas: sólo se expresa en los ojos verdes, en un pedacito de nariz y en el pelo mal teñido de color remolacha. Habla y *nos* habla. Sabe qué quiere hacer: escribir. Se sienta en el escritorio improvisado donde está la computadora, pero la distrae el ruido de los pibes y se tele-transporta al aula de al lado...

El taller de escritura de las pibas

Una tragedia en tres actos

“El 15 de febrero a las 00:30 me entero de que mi hermana Zaira ha sido golpeada y tuvo muchos mareos y después a las 1:15 de la madrugada la llevaron al hospital de Calzada y estuvo en coma. El primer día los doctores le dijeron que se iba a salvar, pero unas horas después estaba a punto de morir y la llevaron a otro hospital porque no se podía hacer más nada en el primer hospital. El segundo día se despertó y movió los dedos, yo pensé que se iba a salvar y mi familia estaba feliz. El 18 de febrero el día del cumpleaños de mi tío, mi hermana falleció por una muerte cerebral debido al golpe que le habían dado y ese mismo día de este año se cumplió 2 años de la muerte de mi hermana y todos la recordamos.” (La nota cierra con un emoticón de la carita triste).

“2da parte. 21 de febrero. Fuimos todos al funeral de mi hermana. Fue el peor día de mi vida. Después del funeral fuimos a denunciar a la comisaria. 6 días antes, la asesina quedo detenida por asesinato. Meses después es llevada a juicio por asesinato, habían presentado un montón de pruebas para meterla en la cárcel, pero la asesina dijo ‘fue sin querer queriendo, la asesiné, no era mi intención hacerle esto’. El juicio termina, pero sigue en proceso el caso de mi hermana. El 8 de marzo fuimos a la marcha del día de la mujer en Lomas, hace un año, para hacer justicia por todas las mujeres que fueron asesinadas. Más tarde hubo un montón de actividades y termina la marcha y volvemos a casa. Pasan más meses y llega el día de la sentencia y todos estaban esperando el veredicto. Los jueces dijeron: ‘se declara a la acusada...’. (Continuará...)” (El cierre de la nota es un emoticón con la carita triste y una lágrima).

“Final. ‘Se declara a la acusada’ ... ‘INOCENTE’. El juez sólo la condena a la asesina 3 años y 3 meses en prisión. La asesina fue feliz, en 3 años y 3 meses iba a salir de la cárcel para estar con su familia. No hubo ni se hizo justicia, ya había ganado la asesina, ya no se podía hacer nada, mi familia estaba devastada y enojada, también los amigos de mi hermana se fueron devastados, llorando, enojados y tristes. Pero nunca vamos a olvidar de mi hermana. ‘Hermana lo siento, no se hizo justicia por vos’. FIN” (Emoticón de llanto)

Nombre, familia, miedos y canciones

“Hola mi nombre es Tamara ... vivo en la calle B...3614 eso queda en el barrio de G... Lo que me gusta de mi barrio es que es tranquilo no hay mucho quilombo. Yo voy a la Secundaria 34. Soy del cuadro River Plate y antes de chiquita era de Boca. Me gusta jugar a la pelota como arquera. Yo vivo con mi mamá, el marido de mi mamá, mi hermana Natalia, Morena, Tiara y mis primitos Elías, Martín y Solange y con mi abuelo”.

“Hola mi nombre es Priscina Elizabeth, tengo 14 años. Yo tengo miedo de salir sola a veces por las noches como que siento que alguien me persigue, cuando estoy sola siento que hay como una sombra detrás mío, cuando llego a casa veo la tele y me entero que hay mujeres que están siendo violadas o asesinadas por hombres, y estamos en peligro de ser asesinadas como que sentimos miedo impotencia, tristeza, nunca estuvimos protegidas y sentimos que los hombres nos quieren violar y asesinar. Necesito que hagan una canción sobre las mujeres que sufren violencia de género, acoso sexual, que las mujeres son usadas como juguete y de que las mujeres podamos unirnos y luchar para que ninguna mujer sea asesinada o violada y que no sienta más miedo y peligro. #niunamenos”.

“La libertad está en ti / en ti misma / busca en tu interior / sé que no es fácil encontrar la libertad / las rejas / pero siempre hay que buscar / el lado bueno / de las cosas / y de cada situación / busca tu libertad / y todo será más fácil / fuerza mujer guerra”. (“La libertad”, escrito por Ida G., leído en el Taller por M., que al toque quiso copiarlo en el .doc que estaba abierto con los escritos de ese día...).

“La libertad 2...”. (Quedó pendiente, está por escribirse).

El día que retumbo la sede

Se escuchó un grito visceral que sacudió la sede y arrancó de la suya a los pibes de rap que se miraron sin entender. Las pibas que estaban en el estudio se asomaron rápido a la ventana y tiraron: “Es nuestra amiga”. En el comedor una piba denunciaba que había sufrido un abuso, la tía

que la acompañaba intentaba callarla y la desmentía: “El médico dijo que no tenías nada”, las amigas la rodeaban y la sostenían y las compas del equipo técnico al toque activaron para acompañarla.

Los días jueves se armó un taller de escritura con las pibas que no les interesa entrar al estudio de grabación para hacer hip-hop. Ese día fue la excepción. Se habían mandado, pero no para escuchar las rimas que tiraban los pibes: fueron para hacerle la segunda a su amiga, a la piba que estaba por detonar la sede cantando la justa y haciendo audible una verdad profunda y lacerante que rompió barreras de silencio, saltó las cuatro paredes y se hizo pública.

En el estudio se suspendió el momento de la grabación, pintó un silencio que mezclaba perplejidad y angustia y se desplegó una larga charla que iba a dejar sus marcas en los talleres por venir: ¿qué onda con las pibas en el barrio? ¿Por qué siempre, ustedes –los pibes– hacen complicidad a ciegas con sus madres y tías en contra de sus hermanas? Esa complicidad de hecho va dejando atrapado en los infiernos domésticos el sufrimiento de las pibas. “Esa piba siempre miente. Quiere llamar la atención”, se escucha por lo bajo, pero el berretín anti-piba de ‘las mentirosas’ esta vez no prende en nadie: las amigas de ‘la piba’ haciéndole la segunda en la sede le daba a la escena una carga de verdad rotunda. “Los dolores y los garrones son muy de uno: no se ventilan”, dice uno de los pibes, otro que estuvo preso lo mira y asiente. Pero tampoco: el ‘me lo morfo solo’ es una coraza subjetiva que no sirve y que además expone la falta de alianzas de muchos pibes para enunciar sus dramáticos ‘dolores privados’. La charla sigue. El grito aún resuena y no hay mucho lugar para hacerse el boludo o la boluda. Algo pincha: los malestares hay que destrabarlos de los cuerpiitos, lo que pasa en los interiores hay que politizarlo. La línea baja justa porque la conmoción dispone para la escucha.

Una de las compas del equipo técnico nos dice: “El hogar es también ese otro lugar donde las pibas quedan atadas y silenciadas. Y la importancia de los espacios barriales es clave para que tengan cabida y puedan servir como vías de escape de esas realidades de mierda. Lugares donde puedan tomar protagonismo y romper ese ‘secreto familiar y social’”.

La piba prefería irse a ranchar a la calle. Cualquier infierno público y a cielo abierto es mejor que el infierno del rejunte familiar en el que nadie te cree un carajo. El grito de la piba sacudió la sede y también movió las redes barriales: una de las madres de los pibes del rap le ofreció hospedaje en su casa.

Dalma, los clanes guerreros y la *tercerización* de la violencia

¡*Plaf!* El golpe de Dalma suena seco y sirve para marcar territorio y para hacer sentir su presencia a los compañeros. El *sopapeado* mira confundido y con los pajaritos dándole vueltas alrededor de la cabeza se agarra el cachete colorado y busca rápido un banco. Así podría empezar una crónica de lo que pasó hoy en el taller en Quilmes: las pibas a todo ritmo coparon el aula y le imprimieron su tono al encuentro.

Dalma y sus dos ñeras dejan su lugar en el fondo y comienzan la ronda de mate en los primeros bancos. Mientras nos sacamos la modorra mañanera, tiramos una interpelación sin mucha confianza y *algo* –como siempre– bastante imperceptible provoca un desvío y habilita a las pibas a tomar la palabra y a terminar de copar sensiblemente la escena. La pregunta torpe y abierta permitió en su laxitud que la parla se active: “¿Alguna vez tuvieron una situación con un fiscal, con un abogado, un policía?”. “A mi hermano –dice Dalma y arranca un relato picantísimo y con una densidad sociológica sofocante– lo llevaron detenido una vez, y a mí también, ja, lo que pasa es que... imaginate, ‘cosas de acoso’, ponele como que yo salga con alguno de ustedes. Bueno, él se puso a salir con una amiga mía que era menor. Yo me peleé con mi amiga después de eso, porque como que ella me venía a ver a mi casa para verlo a él... Se lo llevan preso y estábamos en una celda chiquita, y estaba yo y mi vieja –mi vieja, así como es loca conmigo, también lo es para afuera y si nos tocan te mata–, en otro mi hermano, y más allá estaba mi amiga que decía que no lo conocía y que no tenía nada con mi hermano. Ahí yo me avivo y le digo a mi otro hermano que busque las cartas que ella le mandaba y haga unas fotocopias y las traiga a la comisaría. Y así es que zafó mi hermano. Cuando lo fueron a buscar los polis a mi casa y se quisieron meter, mi mamá los sacó cagando diciéndoles que no podían entrar sin una orden”. Yami, la ñeri de Dalma, acota con cara de pilla que es *así*, “no se puede

entrar sin orden”. “El tema es que la policía le tenía bronca a mi hermano –retoma Dalma– porque él los *descansaba*. Un día se re armó en el barrio, pero no con la policía, sino con la familia de ella. Mi hermano volvía amanecido del baile y se cruza con los tíos y los primos de la piba que le dicen *violín* y drogadicto. Él les contesta y empezaron todos a agarrarse a piñas. Salieron mis padrinos también y saltaron y se pudrió todo; hasta yo me metí y terminé en la comisaría, ja”. Yami se ríe a un costado y completa el relato: “Te acordás cuando tu hermano fue a la escuela y le tiró un par de tiros con la 38 al viejo de la cocina, ja. Le tiró a la puerta, en verdad; el viejo era un zarpado ortiba que a algunos pibes les daba menos comida”. El denuncialismo de los vecinos y las vecinas agobia a las pibas: una postura anti-fiesta que no puede ser, “los vecinos están re mal y están re picantes”, dice Dalma y pone cara de enojada, se hacen denuncias por todo, todo el tiempo. “No pueden dormir por la música, dicen. ¿No vas a poder dormir por la música? Nahhh, mentira; para mí que es por otra cosa. Ojo, puede ser en la semana, mi viejo se levanta a las cuatro de la mañana, por eso uno no pone música un martes o un jueves, pero, ¿un fin de semana? daaaale. La otra vez hice una joda y al rato viene una vecina y me dice que baje la música que quiere dormir. Era mi cumpleaños y era fin de semana. ¿Un fin de semana y querés dormir nomás?”.

La pregunta inicial quedó lejana y aplastada por los diferentes *realismos barriales*, el ‘circuito legal y estatal’ por el que intentamos entrar se derrite al calor de las secuencias picantes y *a todo ritmo* que pasan de boca en boca: esa información sensible también muestra que hay ‘denuncias’ que se amplifican porque tienen el respaldo del barrio entero y hay otras que pasan en silencio: “La otra vez nos paró la policía en la plaza, nos sacaron la coca por si tenía pastas, encima que está carísima, ja. Nadie le da bola a esas cosas”, dice Dalma indignada. “El otro día –toma la palabra una de las pibitas del fondo que siempre presta atención y ganas a los encuentros– estábamos con mis amigos y vinieron otros pibes que son ahí del Río y nos decían ‘chetitos’”. “Ja, nada que ver, ¿no? Si son re villeros”, se escucha una voz anónima que aplica. “Una de las pibas se le vino re guasa a mi amigo, le quiso pegar de la nada, y él no podía hacer nada, entonces yo la agarré de atrás, se la saqué de encima y me agarré con ella. Después vino *otra* y me pegó a mí, y mi amiga saltó y se empezó a pelear con ella. Mis amigos tuvieron que buscar a los pibes del otro grupo así se podían pelear también”. ¿Pintan mucho

las peleas de pibas², preguntamos con falsa ingenuidad. “Yo tengo una amiga –acota Dalma– que está re loca y cuando la bardean salta. Ojo eh, yo también le paro el carro a los giles en las fiestas o en los bailes. Pero hay muchas pibas que *cartelean* en Facebook subiendo fotos con fierros; con una escopeta de doble caño y tiran ATR. No les pongo un *medivierte* ni en pedo, ja, les pongo me gusta. A ver si me matan, ¿no? Esas pibas se tiran amenazas re pesadas. Están re locas muchas pibitas”. “La otra que pasa –tira Yami– es que te paguen por pegarle a otras pibas. Mi hermano la otra vez me ofreció 500 pe para que le pegue a una piba que lo estaba *descansando* en feis”. “Hoy pasa mucho eso –se suma otra de las pibas, rodete turro, camperita celeste inflada y corta, sonrisa graciosa con mil dientes desparejos y un berretín filoso y creativo siempre bajo la lengua–, te dan plata para que vos les pegues a las pibas ‘atrevidas’ porque ellos no lo pueden hacer”.

Las familias coparon la escena: las madres, las hermanas, las novias y las primas. Nahuel estuvo cabizbajo toda la mañana, se siente mal de la panza y toma lento un té en un vaso de plástico naranja, una evocación lo hace saltar y hablar: “Yo cuando iba a la escuela en Mosconi estaba en tercer año y durante dos años me volvían loco: me cagaban a cachetazos, me hacían *bulin*, eso, como era el único que no era de ese barrio. Enfrente vivía mi abuela, pero mi abuela no me iba a defender. Me acuerdo que me sacaban los chupetines, me sacaban todo. Una vez le rompieron toda la cara a un chabón porque era re lindo. Sí, el loco *te la re bajaba* cuando lo veías, ja, y no sé qué pasó que lo rompieron todo”. “Sí –salta una piba de la otra punta que estuvo callada toda la mañana–, se re ve eso de que te cortan con un cutter o te cagan a palos por linda, muchas pibas lo hacen”. “A mí cuando me fajaban –retoma Nahuel– no decía nada y me tapaba los moretones de la cara. Un día me apuraron con una *faca* y esa ya no la banqué y salí corriendo. Cuando mi vieja se enteró me dijo por qué me lo banqué dos años y fue para la escuela y *uff...* se pudrió todo”, hace una mueca con la cara que recuerda con orgullo a su mamá luchona cuando saltó a protegerlo e hizo temblar los cimientos de la escuela a puro grito y patadas.

Para cerrar el encuentro tiramos la pregunta al pasar: ¿Está ‘picante’ el barrio? “Ahora está un toque más calmado porque los pibes más grandes que eran re bardos fueron papás y están ‘guardados’. Igual los

que vienen están re loquitos, eh. Doce, trece años y te mueven así un cuchillo, te robo todo así”. “Sí, hay un par de terribles, mal”, dice Yami. Los *terribles* copan los barrios.

Mientras escribimos la crónica de la agitada jornada, C5N de fondo muestra imágenes del incendio a la casa del pibe que asesinó a un wachín de tres años en Banfield.³ Un manifestante –rostro popular, curtido y cansando– tira: “Ya no bancamos más a esos pibes en nuestra sociedad, esos pibes no pueden estar con nosotros, no pueden estar en la sociedad. Hay que ‘sacarlos’. Basta, loco, tres años tenía el pibito...”. En *América noticias*, un zócalo dice ‘*Lo voy a internar*’. Habla el padre del asesino. Un tipo cincuentón y laburante, trata de usted al periodista y le habla en un tono apesadumbrado: “Yo no sé qué hacer, lo quiero internar, pero no sé. Trabajo catorce horas por día. Quiero que cambie; él usa ropa de esa deportiva. *Ellos no tienen fin de semana, ¿vió? Viven todos los días así pumquepumquepum*”. “Mi hermano –ahora la palabra la tiene la hija del señor, que lo acompañaba en el móvil, con una inquietud que la hace hablar moviéndose permanentemente dando pasos hacia adelante y hacia atrás– está *así*, yo le digo: ‘Brian vos estás drogado. ¿Cómo puede ser que no dormís?’ El otro día *tiró un estado* de que se quería matar. Él está así desde que se murió nuestra mamá”.

Monólogo de Iván

58

Pasan los minutos y lo que había empezado quizás como un *pavoneo* se vuelve un desahogo. Como si la charla fuera un intento más de aliviar una carga demasiado pesada: la experiencia en la cárcel, el encuentro con los conocidos *ahí* adentro, ‘las mil y una’ que tuvo que pasar encerrado, las peleas, los berretines, lo que se *sobrefabula* y lo que se silencia, lo que se guarda para siempre y lo que se lo cuenta una y otra vez para conjurarlo. “Menos mal que pude salir, si seguís ahí te volvés *maldito*”. Las imágenes carcelarias parecen empujarse en la charla, salen como si hubieran encontrado una fuga en esa memoria ‘envasada al vacío’. El *blooper* que lo dejó adentro, los detalles de aquel desdichado evento, una familia que puso plata para que no sea tan garrón, el reproche y la

3 Ver “En el ojo del huracán”.

‘pasada de factura’ al salir, la promesa y la deuda siempre impaga por esa movida, las visitas mensuales a la comisaría para firmar y los sermones y *verdugueos* de rigor.

El relato toma la fuerza de la mezcla, de lo híbrido: fragmentos de un discurso de agite callejero, de los *nuevos barrios*, de berretines de ‘vieja escuela’, mucha familia, algo de *rescate pastoral*, mucho de necesario *yoísmo* hiphopero. Todo sobre un fondo de oscuridad y de ‘remarla’ desde que se tiene memoria. Se ‘habla’ como ejercicio de verificación de los caminos de la vida elegidos, casi como darle *play* a un mantra para salir de lo oscuro, de ese pasado que aparece como ‘chapa’ pero también como condena (“se sufre mucho ahí adentro”, de vuelta el enunciado perturbador: “Ahí te volvés maldito”), la experiencia te devora y puede ser como un agujero negro.

A Iván le preocupa que los amigos ahora le hablen ‘corte tumbero’ y no como *amigos* y listo. Le preocupa que aprendió rápido, pero que también tiene que *saber olvidar* con la misma velocidad. Le preocupa el ‘caminar derecho’ y la condicional que lo acecha. Le preocupa tener adentro al sobreviviente y al ex combatiente, al hijo malo y al amigo bueno: le preocupa una intuición: *acá* hay mucho de destino y dados trucados.

Comandos civiles

Una mañana caímos al barrio y en la puerta del centro de salud hay un tipo de chombita y pose de patova que empieza a bajar y subir de un auto, tratando de *hacernos perseguir*. Cuando doblamos la esquina, se baja rápido del auto y al toparse con *otro* que venía cruzando la calle, se comunica casi gritando por el celular para que lo escuchemos bien clarito: “Estamos *acá*, comisario, buscando a un pibe de campera roja y camiseta de Boca”. Nos siguieron con la mirada hasta que entramos a la sede.

Pensábamos preguntar a los pibes qué onda con ‘esos policías de civil’, pero no hizo falta, era el *hashtag* del día: “Están ‘parando’ todo el tiempo, van así nomás y te paran, medio secuencia...”, tira una piba. “Paran a las pibas, a los pibes, a cualquiera, hasta al que tiene más *cara de buenito*. A veces andan en el patrullero ‘sin uniforme’”. “Dicen que

los vecinos denunciaron a unos pibes –cuenta el compa del equipo técnico– pero preguntamos y nadie sabe nada de eso”. Después pinta el silencio y la parálisis porque nadie sabe bien cómo carajo actuar. No hay aliados de ningún tipo, todo lo contrario: un semáforo en verde para la policía –recargada vía revanchismo y *doctrina Chocobar*– que deja poco margen para moverse y activar. Un clima sórdido y ‘picanteado’ sobre un suelo de derrotas previas en las sensibilidades barriales en donde los pedidos de *tranquilidad* cada vez van rompiendo y llevando más lejos los umbrales de lo aceptable.

Los policías de civil están en el barrio 2 de Abril. Estuvieron en junio por un allanamiento por drogas, pero, como suele pasar, se *quedaron*, “buscando pibes chicos” y siempre tras algún hurto menor; a la caza de “alguno que *rastree* algo. Buscan rastreos nomás. Cambian de autos, pero siempre están”, perciben los pibes con lucidez. Es ‘histórica’ la presencia de la policía de civil en los barrios –en las manifestaciones, en las movidas que se arman, etc.–, pero es novedosa y actual que esa presencia ‘rastille’ y patrulle un barrio ajustado y en estado de *implosión social* y cansancio, y que lo haga con un respaldo ‘estatal’ y mediático que les da carta blanca e inmunidad para un revanchismo y un verdugueo feroz.

60 “Siii, se llevaron a mi hermano y nada que ver. Encima se lo llevaron a otra comisaría mucho más jodida. Hubo una secuencia sobre San Martín, y cuando ellos entraban al barrio los empezaron a correr y se los llevaron”, cuenta uno de los pibes. El verdugueo y la presencia policial ‘sin uniforme’ aplican un terror más desnudo y jodido. La policía de civil –que tendría que ‘trabajar’ en operativos específicos– se dedica a patrullar el barrio, a perseguir por pura sospecha, a hacer controles arbitrarios y pedir documentos a los pibitos chiquitos que van a la escuela o a la sede, a ‘copar’ y dispersar las esquinas, a recorrer sus calles en autos particulares; a hacer control poblacional y, sobre todo, a inaugurar y habilitar espacios de excepción para que cualquiera después pueda hacer las veces de policía y ‘organizar la seguridad del barrio’; y aquí pueden entrar *transas*, grupos de vecinos, seguridad ‘privada’. Un escenario promiscuo en donde la *jurisprudencia gorruda* es muy oscura y tiene pocas o nulas resistencias sensibles en el barrio.

Aquí hay una diferencia nada menor con el desembarco de la Gendarmería de hace unos años. Ese patrullaje fue más ambiguo,⁴ los gendarmes ‘encontraban’ voces aliadas en los barrios; desde las mesas vecinales hasta vecinos sueltos, pasando incluso por algunos pibes cuando se ponían en modo-adulto e incluso por cierta militancia que, cayendo en un determinismo barrial y vecinal (que *ve solo un* barrio y *un* vecinalismo y no las disputas perceptivas y sensibles entre diferentes realismos) aceptó que ‘era lo que la gente pedía a gritos’. Hoy en día la presencia de los ‘comandos civiles’ profundiza el *terror anímico*; las voces de apoyo no aparecen no tanto porque no existan vecinos que los sostengan a nivel sensible, sino porque lo que domina es el silencio y la ‘clandestinidad’ de sus acciones se enlaza con las sigilosas implosiones sociales. El silencio como banda sonora de los barrios aplacados, implosionados, de *mayorías cansadas*, en donde se ‘salta menos’, se reacciona menos que antes, porque hay menor resto físico y anímico, porque las pocas energías que quedan se usan para gestionar lo más ‘básico’ de las vidas en la precariedad.

Ese silencio también queda sellado en la ausencia de berretines de los pibes para nombrar a los policías de civil; cosa que sí pudieron hacer con *los loros* –Gendarmes– y *los pitufos* –Policía local–. Sobran imágenes (videos de cámaras de seguridad cuando pasa algo, noticias que registran casos de gatillo fácil por parte de policías de civil o fuera de servicio,⁵ sus presencias visibles en el barrio) pero faltan palabras. Como si la imposibilidad de nombrarlos mostrase la dificultad de ‘sacarles la ficha’, de meterlos de alguna manera en el mapa de las relaciones de fuerza barriales, de captar sus movimientos complejos y sus presencias más sórdidas.

4 “¿Pero entonces se tendría que ir la Gendarmería?’ ‘No, ni ahí, si estamos tranquilos. Bah, nos re verduguean pero estamos más tranquilos’. Gran síntesis de la ambigüedad y complejidad del asunto. ‘¿Sabés lo que pasa, perro? (el ‘perro’ mareño se volvió berretín suburbano...), yo tengo tres hermanitas y los zarpados se re cagan a tiros, entendés, y mirá si una bala le pega a mi hermanita’. Con los gendarmes por ahí, las bandas, parece, ya no se agarran a los tiros con la misma facilidad, y esa ‘paz’ es la que mantiene a nivel sensible a los gendarmes en el barrio”. “Servicio militar a cielo abierto”, *¿Quién lleva la gorra?*

5 Según datos del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), en lo que va del 2019 “murieron 59 particulares en manos de policías fuera de servicio (de franco, retirados o exonerados/en disponibilidad); esto representa tres cuartas partes del total de casos. Durante los últimos siete años al menos la mitad de los casos corresponden a efectivos policiales que matan personas estando fuera de servicio” (Informe de letalidad policial, CELS).

El pibe de la bicicleta

Agustín tenía quince años. Era de esos pibes que andan en bici para todos lados y saludan riendo a cada uno que se le cruza. Quedó en el medio de una discusión que desencadenó un tiroteo entre dos vecinos: “Me cagaste, me la vendiste y no funciona”. Agustín pasaba cerca de la escena, intentó resguardar a otro pibito de las balas y la ligó él.

El tiroteo fue durante una novecita de verano, en ese horario en el que están todos y todas en la calle. El caso sacudió al barrio. Tiros por una ‘cortadora de césped’ que no arrancaba; un viejo loco enferrado; sus hijos policías interviniendo en la escena; una herramienta de laburo y una venta que devino micro-estafa: economías asfixiadas e híper ajustadas sin margen para nada, códigos barriales alterados, quilombos feos de la precariedad; así son las guerras de hoy.

El velorio que recorrió el barrio lo mostró también ‘embanderado’ por el recuerdo alegre del pibito. Hubo una campaña con afiches que lo recordaron: muchos vecinos y vecinas salieron a pegar su foto en kioscos, comercios, paradas de colectivos; un afiche que se distinguía de los demás, que no apelaba fácilmente a los reclamos contra ‘la inseguridad’, sino que parecía más bien un recordatorio y un mensaje cifrado de rechazo barrial a la familia que desencadenó ‘la tragedia’. La misma que pasaba un rato después de la pegatina y arrancaba de modo violento los carteles. El asesino la siguió en los posteos de Facebook pareciendo intuir su destino: “Si les da el pecho que me linchen, yo voy a volver al barrio”.

62

Para una percepción rápida las *implosiones* barriales pueden asemejarse a estallidos, pero no, la cosa es más compleja; son ‘detonaciones’ que se vienen siempre hacia un *más acá*: barrio adentro, casa adentro, familia adentro, cuerpo adentro; las implosiones barriales continúan en modo silencio más allá del suceso visible.

Nos cuentan los pibes que las vidas de los amigos y la familia de Agustín están rotas.

Hay umbrales de los que no se regresa.

En (el) silencio

“Hay ciertas formas de parálisis que permiten que sus víctimas oigan y comprendan todo, pero no puedan mover un solo dedo para apartar el peligro mortal” (León Davidovich Matioli).

Se puede definir a la *gorra coronada* también por el silencio. Un silencio que expresa la impotencia de cierto lenguaje político y militante más clásico: el que metía hasta el hartazgo la pregunta por la ‘reacción social’ ante cada política *Anti* tomada en estos años de brutal ajuste económico y vital. Si no sucedía esa mentada reacción se percibía un *silencio político: acá* no pasa nada o lo que pasa son movilizaciones, toma de la calle, protestas públicas, etc. La cartografía que realizamos perforó ese silencio político y lo desmintió: no hay silencio, hay *sonidos silvestres*, hay sonidos propios de la materialidad de lo que está pasando en los barrios, en las ciudades, en las disputas concretas entre distintas fuerzas con la precariedad totalitaria de fondo. Es el sonido de las implosiones sociales, de las pequeñas luchas y guerras cotidianas que se suelen dar ‘en soledad’. Es el sonido de las *bajas del macrismo*: de las bajas también de la precariedad y sus guerras difusas. Y ante esos sonidos es que aparece el silencio político, la mudez de muchos diagramas y diagnósticos políticos y teóricos que ya no sirven para nada y se caen a pedazos. El sonido de lo silvestre requiere de una lengua política nueva. Las preguntas nos persiguen, ¿cuál es la lengua adecuada a las implosiones sociales? ¿Cuál es su gramática? Hay todo un lenguaje que piensa la parte de ‘afuera’ de las vidas: el lado público, callejero, el lado del estallido o la quietud aparente. Sin negar ese lenguaje –que es expresión de luchas históricas, que muestra la ‘acumulación militante’ de décadas de agite social y político en nuestra sociedad– pensamos que es urgente complejizarlo y aumentarlo: hay que pensar el *lado de acá* de esas vidas, la parte de adentro, el lado más arrugado y filoso de esas vidas, la parte áspera y oscura; hay que pensar las implosiones y los interiores, hay que pensar qué pasa antes y después de la movilización, del evento, de la ‘toma del espacio público’, hay que pensar lo que pasa cuando se llega a casa, hay que pensar los bajones anímicos, hay que pensar las depresiones y las manijas feas, hay que pensar las noches a cielo abierto y también bajo techo, hay que pensar las violencias y los engomes de esos interiores, hay que pensar la aspereza de esos envases en donde se despliegan las vidas,

hay que pensar los endeudamientos y los enfriamientos libidinales, hay que pensar las impotencias –que exigen siempre una mayor imaginación política–, hay que pensar, cartografiar, investigar, militar, agitar y soportar esos silencios que se imponen hasta que se empiecen a escuchar los sonidos, los gritos y susurros, los monólogos y los murmullos; esa escucha es una manera de quedar *en medio* de la época y nunca en sus cierres y obviedades: esos silencios políticos son en verdad la banda de sonido de la *militancia de los regalados* (y no sólo de los sacrificados y las sacrificadas). Una militancia que no baja línea pero sí banca con dientes apretados sus berretines, una militancia que no promete paraísos ni le gusta celebrarse a sí misma; una militancia que *espera lo mejor, pero se prepara para lo peor*.

Una militancia urgente de y para *las vidas heridas*.

Si perforamos el silencio político es porque escuchamos los gritos de dolor de esas vidas...

Historias de Villa Limbo

Apuntes a la salida del taller

La bienvenida

“Acá tienen la llave y el proyector que necesitaban”, son las siete y cuarto y F. nos cede momentáneamente la tenencia de sus chicos (o así pareció). Es el primer encuentro de taller con los pibes y estamos solos. En el comedor no hay nadie. Tanteamos sobre qué pared mandar los videos que trajimos. Les preguntamos a los pibes y nos dicen que los miran en el cuartito ese que está ahí. Nos acomodamos entre mapas viejos, cartulinas de colores y sillas apiladas. El descanso viene un poco más crudo, “Vos sos el gallina, ¿no? ¡Amargo!”, “no sean resentidos, che...”. “No te olvides que estás de visitante, eh”. Un par de pibes replican el ‘resentido’ y se lo tiran a J., un gordito con pose adulta que hace todo lo gestualmente posible para mostrar que tiene respeto en el grupo y que no tiene berretines de villero (“no me cabe la cumbia”, tira serio). Hay un par de wachines muy graciosos, uno con cejas re depiladas que hace malabares en el semáforo del Triángulo (ahí en Dardo Rocha, justo al toque del Acceso) “y... ahora para hacer la misma plata tengo que estar mucho más en la esquina”, tira cuando le preguntamos si se notaba la “falta de billete” en la calle. El otro pibito es hincha del rojo –lo tira a cada rato– y tiene una cara graciosísima y preparada para aplicar a todos. Hay un tercer wachín que es el que hace beats. Pasamos los videos de Don Orione, unos cortos y sketches que realizamos con pibes y pibas en un taller hace varios años. “Estás re cheto”, los sacude. Hay algo de una estética cruda, amoral, con cero cuidado que les choca y los empuja a decir algo... desde la crítica a la música o las bardeadas a “la fea esa” que aparece, hasta la aceptación de que los videos están piolas y que “a ese loco le das un cheto y lo mata” (en referencia al wacho de Racing que aparece en el “Confesionario” de ese

Gran hermano fabulado, diciendo que si le traen un cheto lo pica todo, “así eh, *tacatacatatacata...*”, simulando que lo tiene acostado en una de sus manos y que en la otra tiene una cuchilla afilada). Aprovechamos el silencio y tiramos –reforzando esa conmoción– que los videos no estaban guionados. Después vemos un corto que se llama “Un minuto”, que ellos mismos habían hecho en otro taller en ese espacio, en el que se problematiza la división de tareas domésticas. Aparece una flaca haciendo de todo para gestionar la casa y la familia y después ir a trabajar, un 24/7 que provoca rechazo en los pibes. “Ja, ahora pensar que te dicen ‘si querés comer ponete vos el plato y calentate la comida’, ¿no?”. “See, dice S. –medio picante, con unos reflejos mal hechos que ameritan el descanso de todos los pibes... “quién te hizo ese desastre, loco, hace algo con ese pelo”–, mi abuela me da una patada en el culo si no levanto los platos. Qué te van a despertar así como en el video”. Aparecen imágenes crudas de las post-mamá. Son las ocho y cuarenta pasadas y finalizamos el encuentro avisando que la próxima vamos a hacer un mapa del barrio.

Salimos del comedor y vamos a la casa de P. a devolver el proyector. “No hay nadie”, nos dice una nenita de no más de 7, 8 años. “Están en lo del tío, yo estoy sola”. Esperamos al Tío. Se llama M. y tiene una scarface que te llena el cuerpo de preguntas. Tira una bardeada con buena onda pero poniendo los puntos, “locos, ya no queda ningún comedor abierto a esta hora, eh...”. Y es cierto, son casi las nueve y el barrio está en otra, la noche se lo morfó casi entero. M. es gallina y pregunta si hay alguno de Boca: ahora el descanso le toca a otro. Vamos hasta el final de la cuadra y riéndose nos despide diciendo: “Los acompaño así la próxima no caen con el culo roto... ja... mentira, cualquier cosa digan que conocen a M. que está todo bien”. El ‘mentira’ risueño no borra el efecto de terror del chiste *Negropablano* y más aún cuando lo dijo en el momento en que una tenue luz amarilla de uno de los faroles ilumina una cicatriz siniestra justo debajo del ojo derecho.

Los pibitos se copan y nos acompañan casi dos cuadras más, “ahí es donde muchas veces pasan y te roban y no los ves más”.

Despedida con choque de palmas y puñito.

El lado B

La noche estaba tremendamente helada. Un piquete silvestre se estaba empezando a cocinar en el triángulo de Bernal y también en el Acceso sudeste (después supimos: nosotros logramos llegar casi de pedo).

Caminata al barrio por cuadras desoladas, siempre a paso rápido por los ocasionales transeúntes. En la esquina de entrada a la villa, alta ranchada. Una banda grande de pibes, de varias edades, como custodiando el barrio, la puerta de acceso a esa villa que de a poco se nos está empezando a dibujar en nuestros recorridos... Un buenas noches de rigor y paso firme para atravesar el puesto de frontera de los pibes; unos cuantos metros y de repente escuchamos en voz alta, clara: “¿Juguetes Perdidos?”. Mitad pregunta, mitad afirmación. Nos damos vuelta, haciendo un gesto con el brazo, y algunos de los pibes comienzan a caminar, siguiéndonos. Arrancó el Taller.

Ya adentro de la sede, la cosa empezaba muy de a poco. El clima era de descanso permanente entre los pibes, dispersión y juegos (muchos juegos de manos); bardeadas más densas junto con descansos más amenos... Pero todo el tiempo hablando, mucha data.

S., uno de los más grandes, el de los malabares, agarra al toque el fibrón y con rigurosidad comienza a dibujar las manzanas, las calles, los hitos fundamentales del barrio. La ex canchita de Tito, las fábricas que funcionan, las “casitas”, los monoblocks, la villa y sus pasillos (que luego fueron bautizados: “pasillo te robé”, “pasillo corrí”...).

Otro grupo, mientras tanto, arma unos íconos para pegarle al mapa: el cyber, la cancha de fútbol, la de básquet, una chala, la “junta” en la esquina, el comedor. También la play, para señalar el “adentro” de las casas (“yo paso todo el tiempo adentro”, tiraba uno de los más pibitos, al lado de uno que tiraba berretines y señalaba las esquinas donde paraba).

Todo esto sucedía mientras un wachín se sentó al lado diciendo “yo musicalizo”, y puso como seis veces el tema Juguetes perdidos y algunos más de Los Redondos que se mezclaban con las otras músicas de los otros celulares.

El barrio, tanto en el mapa como en lo que iban contando los pibes, está como a presión. Un barrio chico, aprisionado, donde todo entra justo y la mayoría de las cosas deben pasar afuera (la pizzería, el club, la cancha, la escuela...). Todo lo que gusta hacer, está o pasa barrio-afuera. El mapa del barrio mismo casi que perdía sentido, y al toque se lo dibujó con su periferia, donde iban poniendo muchos de los íconos.

El nivel de información que circuló durante una hora y pico fue zarpado. Información de superficie, mapeable, representable... Información del lado b barrial: las casas donde se hacen las macumbas, los y las transas, las zonas más picantes, donde a alguno le tocó perder. El verdugueo policial a los que laburan en el semáforo, los vecinos antis. El rincón donde al toque se juntan todos cuando se corta la luz o pasa algo que conmueve al barrio. La policía que no tiene puestos fijos sino que atraviesa el barrio de vez en cuando. La otra noche que hubo allanamiento (Prefectura y polis inundaron el barrio). Los caminos que cruzan el Acceso sudeste para el lado de la Itatí. Los lugares donde los pibes chorean a los autos. La fábrica de cartón donde laburan algunos del barrio. El poli y las agarradas a piñas. Al mapa de papel se le superponía uno hecho de parla, anecdotario y data cruda de tanto patear.

El clima era de desorganización productiva. Algunos entraban y salían, otros se seguían descansando, volvían, tiraban algo para el mapeo, una frase o se colgaban contando algo, luego se iban. Por momentos el descanso entre ellos se denseaba un toque. Al final, de hecho, uno de los pibes nos tira “a mí me cabe escribir, escribo algunas cosas... pero no da traerlas acá porque enseguida te las re descansan”. El límite siempre fino entre el descanso que arma una escena y el que no, el que espesa un poco el ambiente. Otro pibe se fue en el medio del taller también por una pelea con otro. Y antes de arrancar también hubo una secuencia que terminó con uno de los más pibitos peleándose con otros, y con una de las pibas saliendo a ordenar la situación, abrazando al más chico, pegando dos gritos y poniéndole los puntos al agresor.

68

La línea del tiempo

“No podés confiar ni en tu sombra... porque en la oscuridad siempre te abandona”, suelta el pibe-parlante, el del beat-box.

Llegamos al taller y los pibes recordaban muy bien lo que quedamos la última vez. Cayó uno de los más grandes y dijo “yo escribo una letra, pero antes hablemos todos”, y arrancó una ronda muy zarpada de conversación; los pibes y pibas tirando y tirando letra, y preguntándonos a nosotros: “¿ustedes qué piensan del Barrio? para nosotros es como el patio de nuestra casa, siempre vivimos acá. ¿Ustedes qué ven?” El desmarque de los roles establecidos –militante, tallerista, docente, etcétera– se da por gestos, por confianza, por anécdota y charlas, por los propios rostros y poses, no por “discurso” ni declaración de principios.

Al mapa se le suma la escritura y la línea del tiempo fabulada, una línea del tiempo por *intensidad*, y desde el registro de los pibes y pibas. “Batalla con la Itatí”, “el saqueo del 2012”, “el crimen del rastrero que salió en Telefé...” (Hay uno al que descansaban porque miraba Telefé todo el día: fue el que rescató esa secuencia de su memoria mediática. Después hay otro pibe cuyo nombre de guerra es Tinelli). El caso del rastrero apareció como un punto de inflexión: le entró a robar a un viejo a su casilla, que solo tenía una tele y nada más, y lo mató. De ahí la furia vecinal, el quilombo por todo el barrio, los vueltos entre familias y sectores del barrio, el linchamiento en potencia y el bombardeo mediático mostrando un barrio invivible.

El armado de “sub-barrios”, con la construcción de los edificios y las casitas “ordenó” el barrio y aplacó un toque los quilombos. Marcó fronteras más visibles entre los muchos barrios dentro del barrio, encasilló “banditas” según esos mini-territorios, y eso tranquilizó cierta violencia que estaba toda mezclada (armar fronteras puede armar gueto, dinamitar identidades barriales, fragmentar el barrio quitándole potencia frente al municipio, pero también puede ser un factor de tranquilidad o enfriamiento de quilombos).

La línea del tiempo avanzaba y se sumaba al mapeo; y volvían a aparecer esas secuencias de cuando se pudre porque se pudre, “estaban tomando, en la canchita, todos juntos, y de golpe aparecen los facazos... porque uno le miró a la novia a otro o porque tal le dijo algo a otro, o quién sabe por qué”. También las secuencias de robos que encarnan conflictos entre barrios vecinos, momentos de extranjería cuando uno se

aleja diez cuadras, secuencias picantes con policías o vigilantes de civil que merodean los alrededores del barrio. Aparecen también las estrategias para caminar el barrio (y los barrios ajenos).

Pero el descanso se espesa. Esto se repite cada taller. Bordea una línea fina. Los wachos por momentos son más aniñados, por momentos encarnan poses más curtidas, lidiando con una picantez total. Operaciones de *switchéo*, ida y vuelta permanente, inesperados saltos de roles.

Las caminatas

Viernes de recorrida. Pintó una caminata por la villa, por sus dos partes (la de Quilmes y la de Avellaneda). El barrio más movilizado, una alta fogata y un asado, un grupo de pibes más curtidos que tiran algo de lejos y se acercan. Caminata por la geografía de esos roces al interior del barrio. Los pibes se copan y nos acompañan a la estación de Wilde; caminata fundamental donde aparecen los personajes y los recorridos cotidianos (los dos que laburan en la línea B del subte, el que nunca se sube al tren pero anda en la calle principal vendiendo, los que no salen de Limbo, etc.). En la caminata se frena un auto 5 segundos y sigue: los pibes se callan y tiran que es uno de seguridad privada, de civil, que anda todo el día por el barrio. En la conversación sobre el mapeo los pibes distinguían al viejo policía que cuidaba un sector, “está todo bien con él, no jode a nadie”, de estos personajes oscuros que patrullan los alrededores... “Este es un asesino”, tira uno.

70 Villa Limbo tiene muy cerca una calle comercial donde los pibes son atacados rápidamente con ojos vigilantes, pero igual se impone la caminata alegre de viernes a la noche... “¡Ustedes no conocen el Poli...!”. Después de las casitas de dos pisos, de apenas dos años, aparece un edificio enorme, que parecía una escuela, pero tenía un cartel que decía “Proyecto nacional y popular. Polideportivo”. Nos frenamos pensando que no se podía entrar, pero las rejas estaban abiertas y la especie de portería que había en la entrada estaba vacía. “Entren, no pasa nada, pueden entrar todos”. Era un club abierto a toda la villa. Con pileta de natación, canchas de fútbol, básquet, boxeo... y todo sin filtro (sin trabajadores sociales, ni Programa, ni nada); era como caer a la plaza pero sin la policía

requisando a cada rato. Estaba lleno. De alguna manera funcionaba para muchos pibes como el respiradero de ese barrio aprisionado que habíamos atravesado hacía unos minutos.

El Justin del conurbano...

L., alias Justin. Le decían así porque se decía que había introducido a Justin Bieber en Villa Limbo. “Antes de que lo escuche yo, ninguno lo escuchaba. Ahora ves a un montón de pibes escuchándolo. Canta bien. Yo lo introduje acá en la villa”.

Justin tiene presencia, cuando hablaba él los otros callaban automáticamente; se notaba que era un pibe más curtido, y que ya empezaba a poner en juego más cartas. Su discurso no era el de hacerse cartel, sino el del rescate: “Yo empecé a cantar en la Iglesia, pero después salí a cantar a cumpleaños, fiestas”. Además de la necesaria presentación, se tenía que vender: “¿Ustedes no conocen alguna radio en la que yo pueda cantar? Yo quiero ganar con esto, ¿saben? Para que mis hermanos vivan mejor”.

Y el día que Lucas perdió el spinner...

Estábamos charlando con Justin cuando subieron el resto de los pibes. La idea era seguir con la línea de acontecimientos del barrio. Pero el ambiente estaba más picante que siempre, la presencia de Justin había cambiado el clima. En medio de esto, Lucas empezó a joder y a moverse para todos lados. Su justificativo fue que había perdido el spinner: “Ahora tengo mucha ansiedad, por eso tengo que molestar a los demás”, tiró con un tono jocosos pero a la vez de tremenda seriedad. Tengo ansiedad, la saco para afuera: que no sea solo mía (en medio de una ciudad psicoanalizada y empastillada, que regula la ansiedad para adentro de cada neurosis... los plagas la usan como combustible para molestar).

71

Fantasmas en Villa Limbo

En un momento, sobre la hora y casi al pasar, uno de los pibes tira “una vez se me apareció un duende”. Lo tira uno de los que había sido descansado un par de veces con otros comentarios... pero lo que a simple

vista lo dejaba medio regalado para una bardeada, desató en cambio un diálogo sobre fantasmas, espíritus, leyendas y rituales. La *seriedad* con la que todos escucharon el comentario, y el aluvión de anécdotas e imágenes que le siguieron, fue zarpado. No hubo margen para la incredulidad (nadie se podía dar el lujo de no creer), y todos supimos respetar y no intentar explicar (“sino el fantasma después te sigue y no te va a dejar de molestar”).

La Historia comenzó a desfilar ante nuestros ojos. Antes habíamos estado realizando una línea del tiempo barrial; pero acá se armó una de larga duración, que vinculaba al barrio con otro tipo de tradiciones e historizaciones; leyendas y mitos populares; la transición de lo rural a lo urbano de muchas de las familias; el pasaje del barrio con ranchos distantes a lo abigarrado de la villa actual; la violencia de la dictadura (“el pozo al final de uno de los pasillos, donde tiraban los cuerpos”); los suicidios de amigos y familiares (“y sus fantasmas quedándose en las casas”); el pombero, el lobizón y los duendes.

El dolor social, la oscuridad de los barrios y la precariedad, como fondo de todas las historias (cómo lidiar con lo trágico, qué hacer con el dolor, qué hacer con la precariedad y la muerte como fija, con la muerte adentro de las casas, las muertes íntimas; qué pasa con las presencias oscuras de las que no podés zafar, qué pasa cuando no hay redes de otro tipo –psicólogos, medicalización, terapias, etc.–).

También aparecieron historias de rituales de pasaje a la adultez, bromas y secuencias de padres y tíos mayores, secuencias picantes de esas salidas al monte (“te despertás travesti... todo pintado”. “Empieza a correr el alcohol...”. “Una vez con mi viejo nos fuimos a dormir al auto por las bromas de todos mis tíos”). La línea del tiempo y aquel mapita se empezaban a completar con estas capas de historias y leyendas barriales, capas de densidad.

Los destinos posibles

Ni una menos, aplica como berretín Puchu, mientras otro pibe intenta descansar a una de las pibas. Pero la piba más grande, pilla, le pone los puntos: *¿qué decís?* En esa mirada que le tira parece decir dos cosas: no necesito que me defiendas, wachín, y menos que uses esa frase vos...

Después la charla derivó rápido para otro lado. En un toque estábamos hablando de algunos que querían estudiar: “Yo quiero ser policía”. “Ah, ¿sí? ¿Por?” “Por el uniforme, me gusta andar con el uniforme, da respeto”. Nuestro amigo el escritor de rimas de rap también se suma a tirar sus deseos: “Yo quería estudiar en la escuela de Prefectura... pero ahora con todo esto de Santiago Maldonado no sé, ya no quiero. Pero la escuela está buena, salís con trabajo...”. La piba grande asiente, “sabés qué pasa, que acá lo únicos trabajos en blanco que podemos conseguir son en la policía o gendarmería o militar”.

Vacaciones de invierno para adultos

Fallida cita de fútbol con los pibes. La habían agitado de juntarnos a las cuatro para hacer un partido en la plaza del Acceso, pero no había nadie. Muy raro caer a la tarde en la villa, otro escenario. Muchos adultos en la calle, y algunas ranchadas de pibes también. Eran vacaciones de invierno de adultos forzadas, y eso se sentía en el ambiente. Estábamos bien regalados. Si no se armaba el partido con los pibes era muy sospechosa nuestra presencia ahí en la esquina.

De casualidad nos cruzamos a Uriel, que nos llevó por uno de los pasillos hasta lo de C., que tiró “no sé si mi vieja me deja ir a jugar” (C., el mismo que hiphopea, camina el barrio con los picantes, curte noche y secuencias varias). Finalmente no cayó nadie. Uriel se fue a cambiar y nunca volvió. Una de las tantas tardes fallidas de taller...

La Sede Producer

Apuntes a la salida del taller

*Lo que la gente ve mal, nosotros tratamos de expresarlo bien
pero en una canción...*

El rap como la manera de uno de expresarse y ver las cosas.

Rapear es sacarle provecho a una mala situación.

En los encuentros semanales de caos creativo y quilombo a secas las consignas de escritura fueron dejando pasar –y copar– a las impostergables y obligatorias consignas existenciales y barriales: componer, grabar, editar canciones y videos de hip-hop. Siempre supimos que se escribe y se canta lo que se vive y vive y contagia lo que alegra y nos junta.

Pensar es hablar. Al contrario de lo que se cree (que primero se piensa y después se expresa lo que se ha pensado), la parla acá (en un monólogo gedito, un hip-hop interminable laburado en las noches y escrito en el celu, en una ronda de improvisación) muchas veces es pensamiento en vivo... la parla como materia y esfuerzo del pensamiento. No se piensa al barrio si no lo podés hablar, buscarle palabras, meterle rimas, improvisarle arriba. Pero ojo: *hablar no es lorear*, no es decir cualquier cosa, boquear, agitar de más, repetir palabras. Las palabras son cuerpos, son historias y hay que bancarlas con el gesto, con la mirada y con la experiencia. Eso distingue al que *lorea* del que *habla*: las palabras se vuelven otras palabras, o mejor dicho, vuelven a ser palabras y no mera pose o slogan...

Cebarse. Hay que encontrar el estado anímico y perceptivo justo para lograr una descripción minuciosa del barrio, las formas de vida, los destinos, los mambos y hasta las propias biografías. Poner la pista en el celular y repetir la rima hasta que haga nacer a otra; y así hasta nombrar lo que realmente pasa. Hay que estar a la altura “de lo que uno vive. Escribir el día a día”. Si la rima calza con lo que “uno está sintiendo”, se convierte en canción.

Una rima piola es como un virus. Escuchar a un compa tirando un razonamiento que te llega, te descoloca, también te ceba y te da ganas de hacer una canción. Te incentiva y contagia. Activa al de al lado. Por eso no se escribe y canta para uno, aunque la letra hable de la propia vida. Se canta para dejar una idea suelta por el barrio.

Al toque. Encuentros intensos y aprovechando cada segundo del taller, porque sino hay que esperar una larga semana para volver a grabar. Aprovechando el ritmo que se trae de la continuidad con la manija de la noche anterior. Llegar, tirar una rima y mostrar la letra de la canción que se *maquinó* toda la semana. Se graba rápido, los demás aprueban, y salen rápido del espacio de grabación a fumar algo. Cuando termina la jornada, hay que bajar los temas. “¡Pasá los temas!” Las canciones tienen que estar toda la semana en los parlantes viajeros y en los canales de Youtube.

Copar el taller. También hay encuentros o momentos de los jueves donde se para la pelota y aparece una consigna y se piensa más en vivo; cómo recordamos a los pibes que bajaron y ahora están en los murales que copan las paredes del 2 de Abril; qué decirle a una piba a las 3 de la mañana buscando la última chance de la noche; qué mensajes tirar y cuáles no; qué onda caminar el barrio con todos loreando alrededor. Rescatar una idea en el freestyle que tiró el compañero, para nutrirse de palabras, conceptos. No hay nada que explicar, ni significar, la palabra es ritmo, y para fluir tiene que conectar rápido con el barrio *total y denso*, con los afectos que circulan, con los berretines que se crean cotidianamente. La presencia de los demás, los que no tiran rimas, es también clave para acompañar el viaje que están emprendiendo sus compas. Cuando aparece inmediatamente un *qué cheto* o un *flama* ante una rima o ronda de improvisación, es porque la palabra calzó y logró tocar un recorrido vital bien complejo.

Pero para habilitar esos momentos, antes sucedió un *copamiento* del taller, capturado por *los del medio* que lo hicieron suyo. Porque a algunos de ellos les gustaba hacer rap hace muchos años y no encontraban el lugar; y fue así que se habilitó un traspaso de la ranchada al Envión.⁶ Un día Maxi nos tiró: “¿sabés por qué está bueno? Porque estamos como en la esquina pero acá adentro”. Ese límite difuso entre cómo habitar

6 Programa dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de la provincia de Buenos Aires, gestionado por los municipios, que está destinado a chicos de entre 12 y 21 años.

un espacio barrial sin pudrirla, pero tampoco sin ortibarse. Ese registro agrio también de cómo cambiaron las cosas. Entramos todos, ¿pero todo? Algunos saben que no. Que una cosa es cómo te manejas en la calle, otra en tu casa, otra en la noche, otra en la sede. Pero ese aprendizaje tiene su tiempo, y para que exista el taller, el barrio tenía que entrar a la sede.

Los detrás de escena de cada jornada de grabación, de cada letra. Caímos a la sede y estaba totalmente en otro clima. La reja cerrada, por un momento pensamos que hoy la sede no iba a abrir. Algo pasó la noche anterior y hasta ese momento seguía la policía en la esquina preguntando por todos. Los pibes no venían, se hacían la segunda. Pero al rato cayeron para grabar en medio de todo eso, con la policía metida literalmente adentro de la casa de uno de ellos. Y cayeron *lookeados*, pensando además de grabar en sacarse alguna foto para subir en las redes. Totalmente en otra sintonía. Aparecieron y le metieron otro estado de ánimo al lugar, en una jornada donde era difícil sacar algo piola. Y así es cada taller; no se viene de horas de descanso. La noche anterior o días atrás seguro hubo alguna corrida, alguna secuencia con la policía que cae dos por tres a las casas a buscar a los que cumplen alguna causa, o simplemente a verduguear.

Corresponsales de guerra. Por eso en La Sede Producer se escribe bocha. Una canción por semana cada uno, por lo menos. *Partes de guerra* que tienen que estar sí o sí, para mantener los ojos abiertos. Y no es cualquier escritura, esas palabras registran luchas cotidianas que se dan en el barrio que está implorionando a todas horas. Corresponsales que no le esquivan a la radiografía del barrio: “Las cosas están picantes... solito hay que ver si se puede salir. Vivir o morir, la ley de la calle. Siempre solo. La calle está caliente”. Letras, historias de vida, que se vuelven videoclip del barrio en movimiento, agite de una forma de vida –o de una fatalidad–, y principalmente de lo que ésta te permite percibir. Por eso las letras no tienen nada de chamuyo, son registros en caliente de todo lo que va pasando. “Yo no me creo chorro tampoco bacán/ pero para tener lo mío a veces salgo a ganar/ Y si no llego a ganar espero que no me olviden/ como yo no olvido a esos pibes que en mi corazón viven”.

Los barrios hoy parecen ser totales. Y no como gueto sino como fatalidad. No hay lugar para un taller o cualquier otra iniciativa como una instancia más de un continuum que se extienda por la ciudad, que se

continúe en un desplazamiento de los pibes por la ciudad. En algún momento con las universidades en el conurbano –a las que muchos pibes de los barrios llegaron–, con espacios barriales con recursos, con más guita dando vuelta, el barrio se continuaba –o intentaba hacerlo– en una ciudad ampliada, que plegaba la esquina con el boliche, las casas con el shopping o los centros comerciales, la plaza del barrio con la cancha. Recorridos que permitían acoplar por ejemplo a los talleres con otras líneas de fuga de los pibes y las pibas. Pero estos últimos años de ajuste y mayor *gorrudismo* ambiente cortaron toda fuga. El ajuste y el cierre de posibles vitales fija roles, arma guetos, aleja esos terrenos virtuales –pero bien reales– en donde se dan las alianzas insólitas. Tampoco hay lugar para pensar un taller –o un aula, o un espacio en alguna organización social, etc.– como refugio, porque los pibes nunca se quedan ahí. Hay movimientos, y muchas veces son en soledad, donde el que se mueve queda más regalado (al *gorrudismo* ambiente, a entrar en dinámicas más oscuras, al bajón anímico, etc.), como en orsai.

Esas *batallas* del barrio tienen como protagonistas a los pibes, pero a ese escenario callejero llegan porque antes lograron salir de otra guerra de esta época, la que se da en los interiores, que tiene a las pibas bancando un montón de roles y cargando un montón de quilombos contra sus cuerpos. La mayoría de los pibes tienen habilitados el irse de sus casas, hay una concesión mayor de sus madres, una especie de raje sin lucha o sin que cueste tanta vida, el ranchar todo el día por ahí. Y en ese punto quedan expuestos a ese barrio espeso... Pero las pibas enfrentan la violencia de dos frentes: además de esa violencia callejera, que también las toma y protagonizan, las pibas cargan con la violencia de los interiores y los rejuntos. “Que quede claro, muchas ya no hacen lo que tú puedes hacer/a ellas las callaron, las torturaron, hoy no están acá y no hay vuelta atrás/ vamos a bailar, vamos a gozar, batalla cotidiana y sororidad”.

78

Rima pa' los compas. ¿Sobre qué escribimos?, circuló en un taller... podemos hacer una canción para recordar a los amigos que no están. Era una hija. 2 de Abril es un barrio lleno de murales de pibes (muertos a manos de la policía o por algún vuelto barrial). El ritual de los murales tiene su propia temporalidad; es pintarlos, pero tiempo después es bancarlos

con la presencia, ranchando en esas mismas paredes. Mural como registro de una vitalidad compartida, pero también como un modo de copar una nueva parte del barrio.

Estaría bueno no hacer más murales, dice uno por lo bajo. No es recuerdo de un pasado, sino recuerdo constante de un presente denso. Deja-vú de la precariedad totalitaria. Ida y vuelta entre los recuerdos de sus amigos muertos y sus espacios de raje más oscuros. En esa guerra no aparece claro el otro bando, la guerra es contra la policía, sí, pero también contra los vecinos, también contra ellos mismos.

Una investigación se impone, o una parte de ella: mostrar algo de los muertos del vecinalismo. Desandar los murales hacia ese antes vital del pibe, pero también hacia la liturgia gorrera que se lo llevó puesto. Encarnada por vecinos enfierrados o por aquellos en quienes tercerizan ese momento (esa también es la disputa por la intensidad en los nuevos barrios). El vecinalismo tiene sus muertos y hay toda una intensidad en ese engorrarse (vecinos en banda, linchamientos); intensidades vecinalistas o *gorradas* que no se explican por lo ideológico, tampoco por lo meramente material (defender la propiedad), sino que incluyen la dimensión afectiva, libidinal, pasional, mística.

Pillez. Reconocer el campo de juego. En una época de achicamiento de los posibles y ajuste de la economía, es todo un riesgo apostar 24/7 a una sola cosa; muchos de los pibes no pueden estudiar, entonces terminan dividiendo su apuesta vital como pueden: cada vez menos horas para el hip hop y el resto queda para subsistir; laburar en construcción, en la calle, de delivery. Aunque tengas facilidades para escribir, para hacer rimas, y tengas muchos seguidores en Youtube, hay que laburar; porque más allá de que el hip-hop de respeto y la alegría de que los temas sueñen en el barrio, no da billetes. Es una época en donde cuentan mucho los signos de clase para encarar cualquier apuesta. “Aunque yo tengo estilo no estoy a la moda/ va caminando a mi lado la muerte cabrona”. Realismo y pillez, recalcular todo el tiempo las apuestas vitales y las posibilidades concretas.

“Todos lorean y nadie sabe de verdad, hay que improvisar, investigar...”, tira en una rima Alexis. Improvisar para no dejarse atrapar –“improviso, me deslizo...”–, repite en loop otra de las letras–, o para intentar al menos no quedar fijado en un rol –el del trabajador agilado o mulo–. Investigar para medir posibilidades y testear los límites de la época

(investigación involuntaria que hacen los pibes y las pibas sobre la precariedad laboral, el *gorrudismo* de jefes que les exigen por dos pesos, las condiciones de mierda en las que se labura).

La sede te producir, anuncian los pibes antes de que empiece el tema. Y saben bien que no son una productora, que no hay guita, pero que igual produce, y que es un gran invento y proyecto al que hay que bancar y militar. La sede está activa. Hay más de 50 canciones grabadas, 18 video clips, y va por más (¿talleres en otros barrios, festivales?). Una movida en la que entran tanto las apuestas colectivas como el emprendimiento personal. En esas encrucijadas se juega todo.

Las canciones

Con cada canción se va armando una cartografía continua del barrio, sobre la memoria, los afectos, los modos de lidiar con las soledades, los bajones, las envidias, las intensidades oscuras, los garrones que hay que pasar y las aventuras por hacer. Canciones que van armando un recorrido, una investigación sobre los destinos posibles, y que se vuelven también para los pibes un sostén anímico para *(re)armarse* cada día.

“Rima pa’ los compas”, Reyes del 2 (Alexxis, Elías del 2, MK)

Rima pa los compa que no están ausentes/ en el cora de todos siempre están presentes/ Papá dios mándale un abrazo fuerte, un abrazo fuerte (...)
 Esta va para los pibes que ya no están/ Para los que se fueron y sin avisar, quiero que sepan que no los voy a olvidar, tarde o temprano nos vamos a encontrar/ Recordando momentos inolvidables, haciendo travesuras inmortales/ Recordando cuando ranchábamos en la esquina, momentos de carencia y momentos de alegrías/ Y sigo por ustedes, sé que me cuidan de arriba/ todo se puede, pero necesito su compañía para poder seguir con ganas, los extraño mis panas, extraño quemar un mañanero a la mañana sin enjuagarme la cara y sin sacarme las lagañas/ Esta son cosas que pasan, cosas que no se olvidan, pero en qué pensaban, que ya no están en la esquina/ De ustedes todo se extraña muchachos, cuando hacíamos cagadas desde más wachos/ Carcajadas, risas y escrachos. Ustedes son los verdaderos y por siempre serán mis ranchos. (Alexis)

A veces me deprimó pero miro hacia arriba y sé que una estrella ilumina mi camino/Me fumé todo el cielo por los ángeles en que se convirtieron, a veces triste al visitar el cementerio/ le mando a este estilo con dolor adentro/ Pero hay que seguir de pie y ser valiente/ Hasta que volvamos a vernos/ Mientras, enrolando, prendiendo, fumando, pasando/ Jamás vamos a olvidarlo, jamás... (Elías)

Maquinando mi mente en este día gris/ Recordando a los pibes que tuvieron que partir/ De uno ya era la hora, otros se querían ir/ Y otros murieron por la bala de algún policía gil/ Esta canción la hice para un amigo./ Más que un amigo un hermano que ya no está conmigo/ Yo sé bien que estoy re cruzado tomando un vino/ Pero siempre te llevo conmigo, yo nunca te olvido/ ¿Por qué? Porque te llevo en mis recuerdos/ Y aunque en las calles muchas veces yo me pierdo/ Y aunque muchos quieran verme en el infierno/ No me importa nada porque me estás cuidando desde el cielo/ Tu desde el cielo me estás cuidando/ Por eso con los pibes siempre ando en mi mambo/ Y el corazón se me parte en miles de pedazos/ Es que no pude despedirme con el último abrazo

Rima palos compa que no están ausentes en el corazón de todos los negros siempre presentes... (MK)

“Malcriado”, Alexis de los Reyes del 2

Pero aprendí a sonreír, me conformo con lo poco/ igual yo soy feliz, siempre volado, con la corona, el de los reyes está encabronado, tranquilos, no estén asustados/ Yo sí que le mando, fumo con ganas, apareció el comando, pim pum pam, al toque tiran un radio, pim pum pam, el de los reyes demorado./ Caminando en el barrio, en cuero y sin casaca, buscando una Sprite, me levanto con resaca/ plata y miedo nunca tuve/ El mirlo 2435, mándame un UBER/ Mandalo/ Soy tremendo malcriado, no me anden buscando, ni me gasto en escucharlo/ no me importan los perros que andan ladrando, yo soy su DT como el Muñeco Gallardo.

“No dormimos”, Osky x El Demente x MK x Underflow

Nosotros no dormimos, no dormimos, no dormimos/ con los compa estamos activos, andamos clandestinos toda la noche como los vampiros.../ Yo no duermo tampoco mi bro, es por eso que esta noche ando derramando flow/ Nosotros no dormimos, no dormimos, no dormimos. Nosotros no dormimos, estamos todos maldecidos.

“Vengo del barrio”, Alexis de los Reyes del 2

Aguante la vida de pobre/ antes de vender drogas prefiero salir a buscar cobre/ antes de mulear prefiero salir a caminar el monte/ zona sur, oeste, y el norte./ Vengo del barrio donde pocos son respetados, donde hay envidiosos que no te quieren ver triunfando/ donde hay pibes buenos y otros re quebrados/ donde algunos disfrutan la calle y otros encerrados.

“Mala Vida”, MK de los Reyes del 2

Mientras suben las tarifas, me tomo unas pastillas/ escucho al ñengoflow y wizkhalifa/ perros de noche que pierden el olfato eh, este no es tu barrio/ Mala vida de mierda, que vivan mal a mí no me espanta/ yo soy real si de eso se trata, no hablen de más la calle les canta/Nunca digas nunca porque un día puede pasar/ ayer estuve abajo porque tenía que bajar/ hoy en día voy para arriba porque empecé a cantar/ y todos estos ahora me van a escuchar./ Cantando, revolado, nomás se me prende el foco/ que me lo prendan de otra forma si es que me equivoco/ recuerda que tu vida tu decides si es loca/ tu te pones la sogá, tu decides si te ahorcas.

“Depresión”, El porte y UnderFlow

No sé si me espera dios no sé si me espera el diablo/ sé que no he sido tan bueno tampoco he sido tan malo/ Solo abrí mi mente y dije viviré volando/ Mañana todo acaba así que hoy pienso disfrutarlo/ Pero... / Estoy en un momento muy difícil de mi vida/ Y aunque muchos no lo sepan yo sabía que llegaría /Momento donde habita crisis y melancolía por que me estoy apagando en este infierno sin salida/ Son muchas las veces que me pensé suicidar y ya no sentir más miedo de no poder continuar / El temor de no volver a sentir felicidad/ Y vivir todas las noches con la puta soledad... /Son muchas las horas que estoy en mi habitación con el cora que no aguanta y no soporta más dolor/ Con mi mente que no entiende por que tanta depresión/ Preguntándole al de arriba si comprende mi oración...

“Rematando”, MK de los Reyes del 2

Ratatatá, vengo a rematar, quedan boca abierta escuchando mi trap, tomando pastillas que no son alplax, yo nunca me aplaco, no!/ como todos saben me sigue la ley, pero salgo a la calle quemo un filiiway, viviendo mi vida como siempre fle/ Ratatatá, vengo a rematar, quieren hablarme

de trap nene, pero en la lleca no sirve llorarle a mamá. Manga de ruchis, en breve ropa Gucci, también jacuzzi, es que andamos con los fusiles, haciendo miles, miles.

“El gozo”, Oriana

No me importa lo que digan, no me importa na, yo viví mi vida no dependo de los demás/ Cansada de las críticas miradas que nos pesan, soy libre de expresión y no pienses que soy tu presa/ yo bailo lo que quiero, disfruto mi momento, le subo tu nivel y no le temo a la frontera/ escucho como no le gusta mi forma de ser, cansada de las criticas, cansadas de tu ser/no le temas al prejuicio, goza la vida entera, no hay otra manera, no hay tiempo que perder, no permita que te callen ellos no son quién/ tu tomas el control, tu mides todo tu nivel/todo el tiempo buscando tus errores, envidiando tus progresos/ que quede claro, muchas ya no hacen lo que tú puedes hacer/a ellas las callaron, las torturaron, hoy no están acá y no hay vuelta atrás/ vamos a bailar, vamos a gozar, batalla cotidiana y sororidad.

“Macana”, Alexis de los Reyes del 2

Con tan solo 10 años, él no la hace larga/ no te reveles porque muerde y no ladra, no te da cañazo, ya le manda y dispara, lo quieren psicologear pero maneja parla/ Y se empezó a juntar con gente mayor, él quería mucho dinero y de casa una mansión, se le fue el padre y viene con dolor, conocer la calle para él fue un gran honor/ Él fue aprendiendo el que juega con fuego, con fuego lo enciendo/ los mayores le fueron creyendo, de a poco fue creciendo, muchos robos, droga y plata se fue haciendo/ de vuelta gira la suerte y se empieza a enloquecer, pero en su último robo tuvo que correr, con un balazo en la pierna no sabía qué hacer, en esa secuencia se larga a llover, lo llama una señora diciéndole hijo ven/ En el hospital salta su bronca y sus causas, quería salir de ahí y volver con sus razas, pero viene un milico y lo amenaza, diciéndole que se va tras las rejas no para su casa/ siempre fue de la calle su familia nunca lo fue a ver, cumplió su condena de 5 años y a la calle se fue, recordaba de todo y decidió volver/ Antes de eso pintó una movida y un 32 rescató, desde entonces volvió donde creció, se fue con los mayores y después los traicionó/ Nadie sabía de su revólver, con el supuesto piola de ahí tenía choques, y tranqui noagas que se enoje/ Que volvió macana y se corre el rumor, está medio dolido y viene sin humor.

“Flow adictivo”, MK de los Reyes del 2

Bueno, me vengo a presentar, soy el Maxi y al monte vengo a representar, les vengo a mostrar, que aunque muchos no me quieran escuchar no voy a parar, es que por siempre mi flow va a pesar, ¿por qué?/ Vengo con un flow bien adictivo, y cuando no tengo efectivo me mando un raid delictivo, compas siempre activo, se mueren los enemigos, y aunque ande fugitivo en la calle firme sigo/ ¿por qué?/ porque yo también viajo sin ver, pero a veces tengo que ver para creer/ tengo todo lo que tu vez porque me lo gané, tengo altas Nikes en los pies, pero no las robé, esta vez me las compré/ me quedo con la compe porque tengo el poder, me quieren detener, pero no van a poder/ no pienso retroceder/ no pienso darle para atrás/ me quieren callar, ¿por qué? porque tengo la de ganar/ Esta va para esos que dicen que soy un egoísta, para esos que dicen que nunca seré un artista/ pero vengo nuevamente a adueñarme de esta pista/ mi vida es el freestyle así que no insistan/ hablando con el diablo le ofrecí mi corazón, pero no era necesario yo ya tenía el don/ hace días atrás mi vida era un diluvio y ahora miren hoy en día estoy grabando en un estudio/ la verdad ya no me importa su repudio, y al que se ponga en contra tengo listo los puños.

“Todo es por algo”, El Porte

Todo es por algo, por algo todos nos quieren callar/ es muy evidente que todos nos mienten que nada sienten de verdad/ se comprometen con toda la gente con cosas que no cumplirán/ pero nos juntamos para asegurar que todo esto pueda cambiar/ Millones de familias en la calle con la espera del Estado que no mueve un dedo/ ¿Para cuándo las viviendas? Sos de abajo no hay trabajo nada raro que sorprenda/ solo queda resistir con esta impotencia aunque nos duela/ Y quedan secuelas claro que sí como no va estar esa depresión/ Tenemos derecho a estar satisfechos abajo de un techo y tener protección/Un día sos chico de poca conciencia que no se rescata de la situación y al tiempo tenés mente abierta que hace que comprendas las cosas y encuentres valor/ No me interesa la moda ni me interesa llamar la atención/ Yo me conformo que el rioba se identifique en alguna oración/ Lo necesito por eso insisto/Adecuadamente y con toda humildad, todo es por algo y por algo acá estamos plantados contando pura realidad.

“Nuestra meta”, El porte y UnderFlow

No se metan, que esta es nuestra meta, no falten al respeto guacho no se comprometan/ Esa meta, esa es nuestra meta: vivir con la libreta y morir como un poeta/ No se metan, no se comprometan, en mi metra que recargo van disparos con balas de puño y letra/ mi rap es para mi gente y si me muero va a seguir, representa bien la city, represento al 2 de abril/ Dijeron muchas veces no te metas en la mierda, me metí en el hip-hop, también me hicieron la guerra/ No se metan, que esta es nuestra meta, quieren el pastel pero es nuestra la receta/ Esa meta, esa es nuestra meta: vivir con la libreta y morir como un poeta.

Desde el CUD (Centro Universitario de Devoto)

Apuntes a la salida del taller

La parla de los inocentes

Esos viernes fueron una fiesta del pensamiento. Si tener una idea es provocar un desorden, bueno, estos espacios de pensamiento colectivo son 'micro-motines' por otros medios. Los presos del CUD no tienen que leer en ningún texto de filosofía que pensar es hacerlo desde el cuerpo y mordiendo en lo sensible. Cada palabra, cada concepto, cada imagen circula sin perder la sustancia afectiva. En estas escenas recordamos que el pensamiento colectivo también desata intensidades. Acá se piensa a todo ritmo y parado de manos, esa velocidad, esa desfachatez (pensamiento de atrevidos) provoca remolinos de intensidad y fuerza vital. Todos parecen tomar la palabra y hablar para decir, nadie se pavonea, nadie se hace el gato, nadie habla desde generalidades o abstracciones; incluso si se habla de los bombardeos en Siria se siente la respiración del cuerpo detrás de cada frase... El CUD es el anti-Facebook y la des-banalización del pensamiento. En cada reflexión se percibe la prepotencia y el esfuerzo vital que requiere pensar de verdad, sacrificio acompañado de fineza para cortar lo social en sus múltiples capas... Todo se da vueltas, todo se desarma y deja ver el mecanismo. Los laburos, las clases sociales, las miles de formas de ganarse la vida, los automatismos perceptivos: desde ahí adentro todo cobra otra densidad. Se le ven los hilos a las cosas.

Lo fundamental (eso que afuera sin embargo muchos olvidan): las palabras (ni hablar los berretines) son cuerpos, son historias, son vidas, y hay que bancarlas con el gesto, con la mirada y con la experiencia. Fierro, tiros, cuerpo, poner el pecho, barrio, ahí adentro en las charlas y en el pasillo, eran radicalmente otras palabras, mejor dicho, volvían a ser

palabras y no mera pose o eslogan. El respeto vive en los lugares donde nadie habla gratis (donde al toque salta la ficha, hay como un detector automático).

Realismos y estereotipos (dos preguntas)

¿Cómo hacer ver en la sociedad hipócrita un *realismo carcelario* distinto al que muestran las pantallas o “cuenta la gilada”? Circulan las “peores” imágenes de lo carcelario, se sabe cada vez con más detalle de ese infierno y no hay reacción (por izquierda). Por derecha es obvio, todo sirve para reforzar el microfascismo. En la charla circulan imágenes fuertes que desarman estereotipos y clichés, se habla de formas de vida, de los esfuerzos que se hace para levantarse a las siete de la mañana y trabajar y/o estudiar. La pregunta por ese otro realismo carcelario es la que habilita y le da fuerzas a las alianzas insólitas que se dan con “los de afuera”.

Y hablando de realismos, aparecen los límites de la política de la visibilización y la denuncia: las sensibilidades sociales reactivas y anti. Se puede mostrar cómo se vive adentro, “lo que la sociedad no ve”, las condiciones de encierro, la comida, todo, con muy buenas intenciones, pero si eso lo recibe una sociedad *gorruda* que pide seguridad y cárcel y pena de muerte, fuiste. A veces los informes y las denuncias sobre las condiciones de encierro olvidan que vivimos en una sociedad caníbal, sin piedad ni misericordia; que se rediman allá en la eternidad. Antes de denunciar, antes de visibilizar o quizás a la par, hay que pensar en las alianzas, en con quiénes nos aliamos para mostrar qué, alianzas con sensibilidades piolas, alianzas políticas que hagan que lo que mostramos realmente nos sirva.

¿Cómo repercuten adentro los estereotipos sobre la vida carcelaria que expresa una serie de televisión, un noticiero, una película? A los estereotipos no los desarmamos por alguna especie de pedagogía crítica; los derretimos a fuerza de parla caliente, una parla encarnada que se los llevaba puestos a base de imágenes concretas sobre la vida carcelaria, imágenes ambiguas, filosas. Si los estereotipos nos fijan en un lugar (o absolutizan uno de nuestros rostros), si el estereotipo detiene a los

cuerpos para pensarlos, el movimiento intenso del pensamiento colectivo hace bailar las singularidades que no se dejan atrapar en ningún discurso simple.

‘Quiere impresionar ese gordo tramposo’

“Serviles mate a los muchachos, nosotros tenemos toda la tarde para tomar”, la frase subraya la hospitalidad tumbera con la que, como hace dos años en los inicios del macrismo, nos bien reciben en el CUD. Pensar *acá* es un berretín cargado de vitalidad que arma un continuo con las charlas que tenemos en talleres copados por pibes y pibas, en las aulas piolas, en esas históricas birras que, en el fondo de una noche cualquiera, niegan la verdad empírica de la adultez agilada. Pensar *acá* y después – mientras escribimos o nos mandamos audios y textos de WhatsApp – es aliarse con los fantasmas más inquietos y difíciles de exorcizar de nuestras biografías generacionales: *acá*, parece, algunos berretines de aguan-te y libertad siguen gozando de buena salud colectiva.

Dos horas después, la frase de despedida conmueve hasta los huesos y expone retroactivamente de qué se trató la mañana, “Gracias muchachos por sacarnos un rato a la calle... por regalarnos un rato en libertad”. Era eso. Involuntariamente metimos una ‘traqueotomía’ en un lugar asfixiante e hicimos pasar un poco de *libertad*. A nosotros nos queda la misma sensación: salimos un rato a *otra* calle y también nos regalaron libertad (¿o a qué carajo llamamos *silvestrismo* todos estos años?). Libertad es la palabra más valorada y menos verbal de la lengua carcelaria: es carne, sangre y oxígeno. En la puerta del CUD la despedida – como en todas las cárceles – menciona el “no se olviden de Nosotros que nos quedamos *acá*”. Ni en pedo el olvido: no nos olvidamos de ustedes, tampoco de *nosotros mismos*.

*

El ida y vuelta entre la cárcel y el barrio, la cárcel y la ciudad, plantea una tensión entre dos flancos, ¿pensar o no ‘lo carcelario’? “Siempre terminamos hablando de lo que pasa *acá* adentro”, tira el mismo que modificó la ronda de mate para priorizarnos, “pero qué querés que pensemos

si estamos metidos acá. Siempre pensamos lo que pasa acá porque estamos acá, pero está bueno charlar todo esto...salimos afuera por un rato. Igual, todo muy buena onda y eso, pero nos quedamos acá adentro, ja”.

La intensidad de la charla olvida las rejas y las fronteras, pero llegan los minutos finales del taller y las estructuras suspendidas regresan con fuerza; acá no es solo una palabra: es frío y olor a lavandina, es verdugueo del Servicio Penitenciario Federal y sociabilidad forzada con un cualquiera, es noche solitaria y repleta de garrones del afuera, es tensión y guardia alta 24/7. Pensar es siempre rajar; escribir es continuar expandiendo esa libertad conquistada. Y cuando las rejas se cierran y los cuerpos vuelven a ser organizados por el SPF, escribir será una apuesta más por mantener vivas esas afecciones de libertad.

La libertad es fiebre (“A mí dame la calle, siempre”). Guardados y refugiados

En el CUD se piensa la coyuntura y la ciudad de una manera más vívida que en muchas otras instancias “al aire libre”. Y una vida encerrada entre muros parece tener más lucidez para percibir las fuerzas silvestres de una sociedad y de una época que los ‘refugiados que caminan por la calle’ (la época empuja hacia adentro, la pulsión habitual al repliegue: las decisiones vitales son quedarse en los lugares *conocidos* –no cómodos o de una comodidad sufriente, infernal, micro-prisiones, hogares-pabellones, pero conocidos...–). Hablamos de los barrios en los que nos movemos, de que todo explota hacia adentro en una ciudad cada vez más ajustada y contamos que algunos de los pibes tiran en los talleres que prefieren estar presos que tener que lidiar con el afuera esplendoroso de la precariedad totalitaria: jefes que te mulean por dos pesos, hogares estallados, vueltos de secuencias barriales, cientos de quilombos para gestionar y nada de tranquilidad para replegarse y parar la pelota.

90

En un momento de la charla se ponen en tensión un tono más de lamento (más “llorón”) del ‘salir y no tener nada’, o peor aún: tener sólo un papel con los antecedentes penales que espanta-jefes y aleja cualquier posibilidad inmediata de pegar un laburo que te rescate un poco, y un tono más rapaz. Un viejo –camperita de tela de avión azul con viejo logo de Molinos Río de la Plata– se demora en la cuestión de la “rehabilitación social” y el después de los muros y la vuelta a una sociedad que te rechaza

y “te da vuelta la cara”. Pero el gordo hermoso –el de los agradecimientos y la *pillez* del realismo carcelario y la alegría que irremediabilmente choca con las rejas– no se la deja pasar. Estuvo inquieto toda la charla, pero una inquietud piola, vital. La imagen es casi grotesca: un gordo morocho re pinta, con una colita de pelo con moñito rosa en la muñeca izquierda (¿souvenir de hija? ¿Prenda de alguna *Fiorella*?) y una pose atenta a toda la data sensible y política que circula. Una manija pensante que, sin dejar jamás a un costado la Itaka imaginaria que sostuvo con ambas manos las dos horas de taller y que hacía ‘gatillar’ (y que alternaba con algún que otro tableteo de metralla, *ratatatata*, que *pimpumpampam*) cuando recreaba alguna secuencia barrial o delictiva (cuando, por ejemplo, la desplegó para contar que la gendarmería le descargó “tres cartuchos por la espalda a un pibe en un control de tránsito, hermano. ¡Tres cartuchos! ¿Vos sabés lo qué es eso?”), o cuando aplicaba (“la próxima tráiganse una *faturas*, loco, pero unas de afuera eh, jajaja. Y bueh, algún tirito les iba a dar eh”)... El gordo saltó con cara de perro y sin dar lugar a ninguna *mala fe* tumbera: la libertad no se negocia ni se posterga, y ese tono quejoso por lo que espera afuera no suma nada; “la otra vez estábamos allá hablando con el teléfono tumbero y había un gato que estaba amasado y qué se yo –hace el gesto de amasar, por unos segundos el arma queda a un costado y la reemplaza por el utensilio de cocina– y no quería irse cuando lo llaman para darle la libertad... pero andate, *ameo*, como sea y adónde sea: andate”. La cara de incredulidad del gordo nos contagia una risa vital, “a mí dame la calle, siempre”. Dame la calle como sea es *amor fati* y afirmación de un destino que viene mal parido: papel con antecedentes penales o no, cursos de oficios o no, quilombo social y económico o no, hay un racismo estructural infranqueable para las vidas tatuadas.

Anti-macrismo fisiológico (“y Marcos Peña desfilando en tanga por el pabellón... mire mire qué locura”)

El ‘taxista sin auto’ (de cuerpo en Devoto y alma –y percepción ultra pilla– afuera; tira sobre el caso *Chocobar*: “Al pibe si no lo bajaba ese poli se la iban a dar los otros pibes de mi barrio, porque estaba haciendo cualquiera, robando a las familias, robando en el barrio, sogueando...”) hace una radiografía piola de la calle gobernada por el macrismo “que mete presencia” de cuerpos jóvenes y mete guita y *cartelea* en senderos

cuidados, escuelas, agentes de tránsito, policía metropolitana, agentes de control, estaciones Verdes, metrobús, bici-sendas: un macrismo de proximidad vecinal hecho de carne y billete y una muestra a escala porteña del gobierno de los recorridos urbanos ‘de la casa al trabajo’. Puro olfato, pura intuición, como le dirá un agente del SPF en la puerta de la cárcel a otro novato, “vos tenés que seguir tu instinto, nada más” (quizás hablando de alguna secuencia de laburo compleja, de los grises y márgenes de arbitrariedad que deja el reglamento para “interpretar y des-dibujar”, de la necesidad de regular la cotidianeidad carcelaria también con la percepción y la decisión personal...).

Horas más tarde, el *taxi-man* cae en las políticas de la demanda y pide que traigan a algún senador o diputado al penal para que vean cómo se vive. El viejo de Molinos salta y tira que, más que un funcionario (de esos lejanos...) baje alguno de los capos de la cárcel que están “acá nomás”. Ahí, en ese intercambio, el gordo hermoso vuelve a irrumpir con una imagen encantadora: Marcos Peña desfilando pinchado por el pabellón, “¡imaginate que lo agarramo’ acá y *pumba-pumba* y lo hacemos recorrer todo el penal y le damo’ y lo pinchamo’, *pá-pá-pá*”. En días de tanta impotencia y verdugueo gubernamental, la fantasía “política” del muñeco Peña agujereado por las facas tumberas es realmente sanadora.

Negro el 2001

Entramos a Devoto a las 10 y salimos a las 14; celular en el locker de la entrada; las noticias afuera ardían, tremenda corrida bancaria, dólar disparándose, todos alterados, alto cagazo por la situación... Mientras tanto, en el taller, como conectados en otro nivel con la coyuntura de estos meses, circulaban imágenes de la crisis, del *dosmiluno oscuro y conurbano* (que pocos se animaron a pensar, secuencias e imágenes en donde ya latían las tendencias de los *nuevos barrios* y sus economías libidinales). “Me acuerdo que poníamos corte así unas sillas, maderas en la esquina... Las mujeres con los chicos adentro... los hombres y pibes en la calle alrededor de alguna olla compartida, fierro o palo en mano y con una cintita azul que te identificaba como del mismo barrio”. “Esperando a los del fondo, que venían a saquear... y que nunca llegaron”. “Y hoy sería peor, porque antes no había tantos fierros en las calles”. La tapa de *La gorra coronada*, que circulaba en la ronda, conectada al toque con diciembre de 2001 y no

con los acuartelamientos policiales de Córdoba de 2013. “Hay que pensar bien qué onda ahora... porque siempre la pagan los de abajo en la crisis. Y ahora hay muchos más fierros que en el 2001, se va a pudrir todo mal. Viste que hace un rato hablábamos de si el país se da vuelta y eso...”. “Como dicen ustedes, eso de la implosión”.

¿Qué tipo de discurso político se excita trayendo al presente político ‘2001’, un dosmiluno blanco y completamente desarraigado, arrancado de esas sensibilidades oscuras y de ese fondo de terror que mencionaba nuestro amigo del CUD? Un ‘2001’ de pura parla pero sin las ambigüedades termina siendo una banalización de la crisis. Y no se trata de elegir tu propio 2001 o tu propia imagen de la crisis sino de complejizarlo, aplicarle realismo (que no es lo mismo que aplicarle realismo mayoritario, o mediático), salir de los guetos y sincronizar las imágenes de crisis y estallido con los nuevos barrios picantes y ajustados, con lo que pasó desde fin de siglo pasado hasta acá.

Una vez afuera del Penal, de vuelta a la catarata de memes del helicóptero (qué piola pensar sin el celular por dos o tres horas), de vuelta el vaivén entre la banalidad y la privatización de los garrones, la imposibilidad de pensar entre varios la escena...

Entrarle al macrismo por otros lados

“Antes pasaba algo y estábamos todos frente a la reja”, desliza suave el viejo peronista (sí, el de la campera de Molinos...). Los umbrales de tolerancia carcelaria parecen haber mutado. Ir a meterle el pecho a las rejas es como movilizarse a Plaza de Mayo (claro, con un nivel mayor de riesgo para la integridad física). Salen comparaciones aisladas entre las cárceles del SPF y las de “provincia”. “Allá quizás le dan 50 pesos por mes... nada. Acá muchachos es como si estarían hablando de política con gente de Barrio Norte”. El gordo completa, “y sí, acá estamos como en la playa... nos vamos arriba, *pumba*, cigarro, *bacaneamos*, viste”.

Un recreo de familiarismo: pinta charla sobre paternidad tumbera y nuevos barrios manijeados por el consumo-sin-dinero; “mi pibe me pide una moto... tiene 15 años, no se la voy a comprar, loco. Lo que pasa es que lo vacilan los demás; la calle está llena de envidiosos. *Quetupapá-quetupapá* y eso”. Un tema el de los hijos –más aún para los padres

‘guardados’ y alejados de la cotidianeidad de la crianza—. No podés dejar que tu hijo se regale en las calles –hay que cortar la dinastía chorra y eso es un anhelo existencial de varios acá–, pero tampoco lo podés guardar y apichonar porque sale un día y es pollo.

El final es un zapping piola por la coyuntura vista desde acá. Un vago que pregunta si los bondis no funcionan más con monedas y sale el drama “Sube sin saldo” y el gordo –candidato al Óscar a esta altura: mito, leyenda y pasión– tira, “ya van a clonar las tarjetas, vos quedate tranquilo, algo se les va a ocurrir. Lo mismo que lo de los billetes de 1000 pesos... se roban las matrices pa’ hacer billetes”. Cierra la reflexión diciendo que esto es también “de arriba hacia abajo”. No solo hay captura del poder que lee lo que sucede por abajo, “de manera subterránea”, como tiramos un par de veces en modo *cheto* hablando de lo micro y lo macro. No. Ojo eh, también desde arriba se impone una línea de vida: “Ahora pintó saquear, chorear, onda cualquiera y abajo eso se instala”. Macro y micro especulación financiera (un preso mencionó a “la Lagarta”, hablando de la responsable del FMI. Y sí, zoología política de la mejor) amoral y violenta. “Si están todos manoteando arriba a pleno, ¿por qué no acá abajo?”.

Dos horas después del taller nos manda un mensaje uno de los presos que se encarga de la biblioteca –le habíamos dejado el número para que nos mande un trabajo que hizo sobre el organigrama y las jerarquías del SPF y sus manejos durante la gestión del macrismo–: “Un garrón, justo al toque que se fueron ustedes dos internos se pelearon mal en el CUD y pintó requisa. Si no me rompen la compu te mando el texto”.

La sociedad ajustada

Máquina de gorra

Engorrarse, pensamos hace ya varios años, implica un gesto y un movimiento ('ponerse la gorra') que es un modo particular –y novedoso– de hacerse cargo del desborde social. El engorrarse incluye y *excede* la criminalización, la cultura de la vigilancia y el securitismo, la mera delación: engorrarse es un gesto y un movimiento de las vidas que se *hacen* precarias y no solo de las que 'nacen con el corazón ortiba'. Engorrarse es un acto que pone en evidencia la precariedad de las instituciones, los lazos, las redes cotidianas: los rejuntos. Pero no deja de ser *un* modo –el mayoritario, quizás– de lidiar con los desbordes y las fuerzas oscuras de la precariedad; también existen otros: los que inventan mientras aguantan, los que rechazan los gestos privatistas y antis y buscan modos en común que no nos obliguen a querer controlar todos los vectores estallados de la época.

Engorrarse es *hacerse cargo* de la precariedad (aquí no se delegan responsabilidades ni se cree demasiado en representaciones políticas, estatales, 'ciudadanas') pero cifrando todas sus intensidades y afectos en términos de peligro, amenaza, riesgo: cualquier secuencia de desborde es leída como "inseguridad". Pero hay también modos más suaves y tiernos de engorrarse; un engorramiento que se hace desde supuestos casi amorosos y de cuidado (aquí entran docentes, talleristas, trabajadores sociales, madres y padres...): engorrarse entonces es dejar pasar al acto a esa pulsión que busca *controlar todo*, y 'todo' está bastante dinamitado para poder ser controlado. Una fórmula de época podría ser: *a mayor exposición a la precariedad mayor nivel de engorramiento*. Por eso, decíamos también hace un tiempo o dábamos a entender a nuestro público lector: si nunca jamás te engorrás será menos porque sos un 'alma bella' y más porque tu vida está bastante alejada de los círculos más brutales y demodadores de la precariedad totalitaria y su singular terror anímico.

*

Engorrarse es una categoría que, por volar tan al ras de la época, puede templarse con sus climas sociales, transformarse con sus ‘afectos’ económicos, ensuciarse con sus territorios más beligerantes. Algo de eso pasó en estos años: engorrarse en la ‘década ganada’ implicaba principalmente lubricar y sostener con el cuerpo lo que se compraba con las cuotas: *engorramiento + consumo popular* fue uno de los pactos sociales y existenciales más sobresalientes y extendidos del período en que gobernó el kirchnerismo. De nuevo y para evitar malas interpretaciones: engorramiento y consumo popular es lo mismo que decir; consumo popular y una precariedad ‘mal resuelta’; encarada socialmente de manera mayoritaria con el gesto y el movimiento del engorramiento, conjurada en dimensiones *insuficientes* –aunque vitales– con redes y rejuntos promovidos desde la máquina estatal y desde rejuntos en los que participaban algunas organizaciones comunitarias, movimientos sociales, inquietos e inquietas de distintos palos. Una gran lástima fue –y aquí tenemos mucha expectativa en el ‘volver mejores’ que no permitirá recaer en el error– no percibir la potencia política de los *otros modos* en que a nivel popular y barrial se lidió –y se lidia– con la jodida precariedad: en esa información sensible habitan de manera virtual *otros* realismos sociales, *otras* sensibilidades populares, *otras* maneras de ser vecinos y vecinas, *otras* maneras de pensar el trabajo y la vida cotidiana: y allí también flotan sueltas las *fuerzas silvestres* que se oponen fisiológicamente a las fuerzas Anti y a la pulsión *gorruda* que el macrismo expandió quitando esas redes estatales, haciendo mierda esos rejuntos políticos y sociales, destruyendo todo lo que hacía de filtro al terror anímico o lo que hacía que ese terror anímico pueda pensarse –y desviarse– de sus efectos subjetivos de *gorrudismo* y control social.

98

A esta altura es inútil advertir que no creemos en lecturas ‘etapistas’ o en cortes históricos tajantes, pero que las hay las hay: el macrismo –la Gorra Coronada– provocó una brutal transformación, o lo que es lo mismo, pero dicho de otro modo, una gran intensificación de todos los vectores sociales de la precariedad totalitaria que ya venían *implosionando*: entre otras dimensiones, su experimento de gobierno consistió en ‘liberar’ y reforzar a nivel estatal *fuerzas Anti* que

adquirieron más densidad social y terminaron de sumergir a un nivel de ‘vida o muerte’ a las disputas por imponer y sostener otros modos de enfrentar y vivir la precariedad.

Engorramiento que, esta vez, pasó de su agenciamiento con el ‘consumo popular’ a la convivencia con el ajuste y el endeudamiento masivo: engorramiento, ajuste y vida mula *resentida*.⁷ Que la *pedagogía del engorramiento* haya penetrado tan hondo en el cuerpo social y funcionado en una economía ajustada y sobre endeudada es quizás el legado más

7 “Que la *vida mula* no requiere necesariamente del trabajo y el consumo para lubricarse queda demostrado en la sociedad ajustada: *re-sentida* parece vigorizarse aún más. Se intensifica la movilización de la vida y la belicosidad de la cotidianeidad, se vuelve más espeso y violento lo social, los desbordes interiores hacen implorsionar cuerpos y rejuntas: se labura más o se sufre más por tener menos laburo o por estar desocupado (y tener que volver a encontrarse en pleno mediodía y cara a cara con “los mantenidos” y los vagos de siempre, con los pibes que dan vueltas por ahí, con las calles que están más picantes... estar desocupado es compartir el barrio-de-día con las vidas profundamente odiadas en cada salida y en cada regreso al barrio luego de una infernal jornada de rebusques. Ahí ya no hay alianza posible).

Pero lejos de entrar en “recesión” la vida mula en condiciones de crisis y ajuste parece prosperar y volverse más fuerte: incluso se muestra más transparente el siniestro continuo que mantenía a una vida enganchada y movilizada (la vida mula es un modo de integración social contemporáneo, no es una descripción o una categoría sociológica). Si durante la década ganada el gesto de engorramiento intentaba controlar la temida diáspora de los elementos que conforman la vida mula (rejuntas familiares y barriales, anocheceres cansados de días muleados, viajes precarios y hacinados, consumos y deudas, la inyección de dinero para la joda, las infinitas microgestiones para mantener el stock anímico necesario para levantarse al otro día...), también mostraba a una vida mula más abierta y con mayores posibilidades sociales de ser interrumpida por rajos y cortes. Pero hoy la vida mula, más ajustada, deviene resentida: las fuerzas anti-todo que tomaron el país (y que cotidianamente dan muestras de su micro-revanchismo) la alimentan para reemplazar la falta de guita, de laburo y de capacidad de consumo: en vez de dinero te doy un salario anímico para que puedas engorrarte mejor y devenir un tirano: de tu pareja, tu familia, tus vecinos o cualquiera que ande suelto por ahí y que irrite a las sensibilidades mulas. Una especie de empoderamiento oscuro: más que emprendedor se deviene verdugo y lo que anteriormente eran cortes o rajos al continuo de la vida mula –mucho más abiertos y porosos a la experimentación–, hoy en día son reemplazados por válvulas de escape más oscuras, sórdidas y violentas: si no hay dinero para el consumo o para la joda al menos que socialmente se habilite una descarga revanchista. Por eso la vida mula es un dispositivo sensible a los ánimos y a las fuerzas y deseos sociales, es una especie de acordeón que se dilata o se contrae influenciada por la música ambiente: una sociedad que se ajusta es una vida mula que se repliega y se condensa, en la que se intensifican las gestiones del día a día, en la que hay menos espacios para agrietarla y para agitarla y armar mundos con otros.” (*La gorra coronada. Diario del macrismo*, 2017).

jodido que dejan estos años de macrismo: engorramiento recargado para enfrentar una precariedad cada vez más al desnudo por la pérdida de las redes que la conjuraban. Engorramiento recargado y aumentado desde el *Palacio ampliado* de todos estos años: macrismo, máquinas mediáticas y derechización afectiva y vital que se naturalizó aún mucho más.

También en estos años, ay, varios aprendieron –los que no lo hicimos quedamos heridos– a *engorrarse con sí mismos*, a ponerse la gorra con uno mismo: a controlar ‘pulsiones de raje’, a ajustar expectativas vitales –como implica todo ajuste económico– a regular las ansias de vivir *mejor* –de manera más intensa– a meterse en el molde de la fea vida privada lastimándose –y dejándose mutilar– los órganos que no ingresaban allí... Aprendieron de manera rápida y preocupante a vivir con las ambiciones al mínimo y a dar más por menos: una *vida mula* que se enloqueció porque se trabaja más –porque se llena el día de horas laborales o de ‘varios laburitos’ o porque no se tiene trabajo pero trabaja más la cabeza que se quema y el cuerpo que sigue maquinando con las deudas a pagar y los quilombos a gestionar y los interiores implosionados a habitar– pero se ven alejarse los *afectos alegres* que acompañaban ese mular...

Hacer funcionar ‘el engorramiento sin consumo’ implica un achicamiento del mundo y una necesidad aún mayor de controlar todos los elementos y las variables existenciales que antes *hacían mundito* –más o menos frágil y estable– y ahora están dispuestos dramáticamente para la diáspora.

A ese vínculo sensible y social entre una gobernabilidad –La Gorra Coronada– y un modo de vida le pusimos de nombre *Máquina de gorra*. Tenemos la intuición política de que ese entrelazamiento afectivo, social, vital, cultural (en el sentido más subjetivamente pesado del término) no finaliza con ese profundo y potente gesto político que implica que se vaya el gato blanco y todos los empresarios de la Rosada. Los sacamos del palacio, nos dejan una pesada herencia en lo más profundo de nuestra sociedad.

*

Una *máquina de gorra* no es un aparato de Estado (o no sólo), no responde –reacciona– a la ‘defensa de las instituciones’ (llámense familias, barrios, comunidad, vecindad). No funciona tampoco en un espacio liso

o desierto: no inaugura nada nuevo; articula, rejunta, refuerza todos los afectos gorrudos existentes; funciona en espacios saturados y en continuo movimiento: frágiles, inestables, caóticos... funciona ahí, justo ahí, en donde la precariedad totalitaria se percibe asomándose desde un acantilado que cada vez pierde más *tierra*.

Una *máquina de gorra* no *funda* un territorio nuevo (su lógica y su composición no es 'territorial') no responde –reacciona– al dato de vivir en la misma cuadra, en el mismo vecindario, hacer el mismo recorrido en bondis y trenes todos los días; pero tampoco su composición es meramente contingente y azarosa: está siempre *en el medio*, en los entre. Y si su composición no es física (territorial o nómade) encuentra combustible para funcionar cuando aterriza sobre cuerpos heridos.

La actividad de la *máquina de gorra* es, por supuesto, el engorramiento: ese modo de intentar *controlar* –sostener por la fuerza *gorruda* y por las malas afecciones– lo que la precariedad implosiona y quiere dejar escapar (un vínculo, una familia-rejunte, un salario, 'una propiedad'). La *máquina de gorra* tiene de fondo el temblor que provoca el terror anímico: se activa en las pequeñas, constantes, estresantes luchas de la precariedad, pero nunca para habitarla de un modo distinto al privatista, defensivo, cerrado; la *máquina de gorra* no se banca dar batalla desde supuestos *abiertos e indeterminados* (y experimentales). La *máquina de gorra* es pura interioridad sin afuera; interioridad también a cielo abierto. Y al no soportar 'políticamente' lo inaudito en su actividad no hace otra cosa que producir o reproducir autoridades, jerarquías de tipo policial: jefes y patrones para el Realismo cerrado de una *actualidad sin futuro*: todo se juega ahora, porque en ese ahora puede dinamitarse una vida, un rejunte familiar, un trabajo precario, una organización barrial.

En lo único en que la *máquina de gorra* no miente es en ese *Realismo de derecha* que supone y postula: la mentira está en concebirlo como el único realismo posible y digno de existir. A la *máquina de gorra* la mueve el terror anímico, que en estos años de ajuste e inflación se recarga e intensificó por el terror económico y financiero. De fondo el terror anímico y al lado –a mano– los odios sociales que organiza la precariedad, pero siempre el *lugar* en donde la máquina opera es en –y sobre– las heridas

—o en sus infecciones— que esas variables provocan; nunca para problematizarlas, siempre para reforzarlas y usarlas para armar o jerarquizar las fronteras y las posiciones existentes.

Los años de macrismo habilitaron y recargaron —vía pasaje por los ‘fierros estatales y mediáticos’— el revanchismo social (en distintos tramos del libro hacemos mención a la *liturgia gorruda* que ya tiene sus mitos e instituciones: linchamientos, héroes, doctrinas) y dinamitaron y volaron por el aire muchas redes y rejuntas que conjuraban (alejaban) el terror anímico de la precariedad. Si la *máquina de gorra* que queda a nivel social nos preocupa es porque no es simple axiomatización por ‘arriba’ (estatal, mediática) de intensidades oscuras: es *por abajo* que hay *máquina de gorra* proliferando y dañando, alimentada por hábitos y afectos muy profundos: nada de ‘cerebros lavados’ a nivel ideológico, hablamos de vidas malheridas por la precariedad; hasta que no se la enfrente y se le dé batalla, la usina, el motor que le da nafta a esta novedosa máquina no se detendrá.

*

Ni cuando se fue incubando ni en estos años de magnificación estatal se pudo oponer al terror gorrudo un *terror gediendo*. El macrismo pareció no tener a quién temerle: incluso casi nada lo conmovió o lo asustó, pero pareció nutrirse y ‘agrandarse’ con los temores y los odios sociales. ¿Qué sería un *terror gediendo*? No sabemos muy bien, tampoco nos animamos a ponerle imágenes para no clausurar la potencia que puede tener una *máquina de guerra* que realmente la emprenda contra las *fuerzas Antis* que coparon la sociedad durante mucho tiempo —y que a pesar del gran respiro y acontecimiento político que significó la victoria del Frente de Todos y el regreso del peronismo a la Casa Rosada— no van a perder vitalidad y presencia social mientras no se pueda dar esa postergada batalla contra la precariedad.

Un terror gediendo es quizás un *terror sin intención*; un terror que sea tal por el mero efecto de la acumulación de fuerzas silvestres: que se robustezca con las tradiciones plebeyas de nuestra sociedad, que se expanda con los agites públicos, callejeros y también privados de estos años, que se proponga dar pelea a la derechización afectiva y al engorramiento como única alternativa para lidiar con la precariedad.

*

En el 2015 y más allá de los resultados posteriores (y rechazando la pendejada de que todo era igual...) teníamos la intuición de que llegaríamos a las elecciones con una derrota en el plano sensible y afectivo de nuestra sociedad: no se había perforado una capa de derechización y ‘enfriamiento libidinal’ que nos dejaba indefensos para poder ‘instalar’ otras opciones existenciales y políticas, otras agendas sociales.

A pesar del acontecimiento electoral –que demuestra entre otras cosas la vigencia histórica de un ‘alma plebeya’, del *peronismo silvestre* que se empecina en negar que ‘no hay alternativas ni atajos’– esas mesetas de derechización afectiva no parecen haberse ‘agrietado’ demasiado. Sacar al macrismo del Palacio es un gran logro social; sacar a la *máquina de gorra* de nuestra sociedad –su *pesada herencia*– será una tarea política urgente que requiere de una militancia *ateerre* y de una apuesta permanente por la conquista de nuevas percepciones.

En ese lejano octubre del 2015, luego de la victoria de Cambiemos en las elecciones generales, sacamos un texto llamado “Apuntes rápidos sobre el voto mulo”. En las palabras finales decíamos algo que, cuatro de-moledores años después, seguimos pensando y sosteniendo: “Las posibilidades políticas siempre nacen de los terrenos sensibles que se disputan en cada época”.

Hipótesis políticas

1. Militancias en la implosión

Mientras gran parte de la energía militante se distribuye –y se *ocupa*– en las expectativas ligadas al estallido que siempre “se viene”, en los calendarios electorales, en las reflexiones sobre “la crisis política” que se profundiza, en auscultar con asombro –y en algunos casos, profundo desconocimiento– las vidas populares que soportan la inflación “y no la pudren”; mientras se hacen mapas y se encargan diagnósticos apurados para saber “en qué andan los territorios” pensando en las interpelaciones partidarias, *las implosiones sociales* llegaron hace rato y no paran de crecer en intensidad y densidad.

Barrios ajustados y ‘picantes’, pibes y pibas sub-20 con el tanque de la moto sin combustible, el celular sin carga y sin dinero para la ropa o para la peluquería, laburantes con menos changa, más deudas y más tiempo muerto obligado pesando sobre el cuerpo... y aumenta la gaseosa, la cerveza y la leche –estos no son los noventa–, y aumentan las drogas y se hacen más esporádicas “las salidas” y los esparcimientos, y los comedores y las escuelas están rebalsadas y detonadas... Barrios ajustados, reñados y estresados en los cuales todas las implosiones que ‘antes’ acontecían dispersándose por diferentes zonas de la geografía urbana y suburbana ahora lo hacen en cada vez menos metros cuadrados: *todo parece pudrirse cada vez más acá*; y esto incluye disputas cuerpo a cuerpo, violencias en los interiores estallados, entre vecinos y vecinas, incluso cuerpo adentro (los órganos se ajustan y también implosionan: estómagos destrozados, adicciones y depresiones que sin redes económicas son pequeñas muertes: el macrismo además de arruinar formas de vida, es *arruina vidas biológicas*).

Todo se rompe y estalla hacia un adentro cada vez más espeso e insondable. Implosiones –en muchos casos– huérfanas de imágenes políticas y regaladas involuntariamente al *gorrudismo* ambiente, al securitismo, al realismo sórdido de la derecha y su eficiente gestión cotidiana de la intranquilidad y del *terror anímico* que la precariedad provoca y que, sumado al brutal terror económico conectan realismos vecinales y sociales que piensan en términos de defensa social, de guerras a escala barrial, de clausuras de las vidas puertas adentro (una imagen de este doble terror son las brutales aumentos en las tarifas de luz o gas que revientan las economías domésticas).

Muchos de los vectores sociales sobre los que se realizan pequeñas apuestas al *estallido* ya están ‘quemados’. ¿Cómo pensar y alimentar una militancia *en* la implosión? Hay un ojo acostumbrado a mirar únicamente lo que se muestra como ‘conflicto social’: la movilización callejera que enfrenta al Palacio, los cortes de calle y la toma de edificios, los enfrentamientos cuerpo a cuerpo con las fuerzas de seguridad, etc. Durante estos largos años de macrismo, la sociedad argentina mostró la buena salud de un históricamente robusto músculo militante, pero parece no ser suficiente si no se puede conectar y ampliar esa militancia del estallido social a la *militancia de las implosiones*: una militancia recargada que logre moverse en ambos planos y que vaya más allá de las escenas públicas masivas y evidentes; una militancia que no espere que lo que viene implosionando simplemente ‘estalle hacia fuera’ y en las coordenadas y mapas que el discurso político previamente le asignó. Hay que trabajar *sobre y en* esas implosiones; son imprevisibles, amorales, violentas, no-históricas... percibir las y conectar con ellas requiere de un trabajo de verdadera artesanía política. Artesanía y militancia que sostenga la *presencia* y ‘los espacios’ en los interiores implosionados –no sólo hogares, familias o barrios, también grupos de amigos y amigas, espacios comunitarios de todo tipo, etc.–; una militancia que trabaje ‘del lado de adentro’ de los cierres, que piense en los bajones anímicos y en los momentos de repliegue solitario, que se mueva como pez en el agua entre las fuerzas *silvestres* que siempre parecen quedar más allá de la “organización política”.

Militancia en la implosión es el armado de redes en medio de la precariedad, de apuestas por *rejuntas* que conjuren el terror anímico, espacios que vayan más allá del *gueto* de clones.

Una ‘militancia’ que convoque a todas las fuerzas silvestres que circulan sueltas por la sociedad *gorruda*. El rumor cada vez más audible de esas fuerzas caóticas no puede “aislarse”: para esas fuerzas no hay “antídoto” posible y eso el Palacio lo sabe. Sería deseable que también lo aprendamos nosotros; caso contrario, la recesión seguirá siendo también vital.

2. Inflación y terror anímico

La sociedad argentina no soporta los ajustes y se moviliza ante cada gran crisis económica. O los banca demasiado refugiándose y poniéndole al mal tiempo cara de orto. O la mastica y los ‘digiere’ vía *implosiones* y engorramiento feroz. Implosión es crisis que estalla para el lado de *acá*; replegada y ajustada en un interiorismo cada vez más recargado y asfixiante. Gobernar las implosiones sociales es entonces gestionar la crisis privatizándola.

El sufrimiento social y ‘popular’ que provoca el aumento de precios y tarifas es inversamente proporcional a la atención que históricamente se le dio a la inflación en el progresismo ‘dolarizado’. Los mismos que se la pasaron haciendo psicología berreta sobre los y las pobres y su relación con el consumo, más preocupados por el goce excesivo y sus efectos que por la falta de dinero y la capacidad de financiar un día cualquiera en la *sociedad ajustada*; muchos fruncen (o fruncían) el ceño frente a los pibes con altas yantas y ropa deportiva, pero no si tienen la SUBE vacía y quedan atascados en el barrio –y en la posibilidad existencial– de origen.

La inflación mutila hábitos vitales y el ajuste revienta, por implosión, formas de vida. Pero también la inflación se conecta con el *terror anímico* –al que intensifica y recarga–, que no suele distribuirse de manera igualitaria en una sociedad precaria y en plena crisis económica. Ciertas vidas, cuando las toma ese *terror*, quedan expuestas al abismo de la precariedad; el terror anímico no es por eso pánico moral ni rechazo cultural o ideológico a un ‘gobierno de derecha’: es amenaza concreta de que las frágiles redes sociales, familiares, barriales y económicas de las que se depende pueden ceder y arrojararte al precipicio.

Tardes de ociosidad forzada y caldeada nos muestran el rejunte involuntario y no deseado en los barrios ajustados. Vecinos treintañeros o cuarentones ‘sin trabajo’ (pero no ‘desocupados’ ni mucho menos ‘desendeudados’: los cientos de pequeños y grandes quilombos que se acumulan cada día traccionan demasiada energía psíquica y física); vecinos más veteranos que tienen agrios anticuerpos subjetivos (por la fatal memoria del recurrente trauma económico argentino); doñas que bancan el hogar con poca plata y dan una mano en el comedor (hoy en día todo deviene comedor o *ring* de boxeo: una escuela, una sede de programa social, un centro comunitario... todo deviene un lugar para morfar y también un lugar para pelear); vecinas asustadas y refugiadas; ‘transas’ que también son ‘prestamistas’; militantes que no se quemaron y siguen caminando por ahí; policías de todos los colores; vecinos ‘justicieros’ y pibes *terribles*; alguna trabajadora social con abrumador cariño gorrudo para dar; pibas que se quedan en la casa con los hermanitos o están en las paradas de bondi yéndose del barrio para sostener alguna changuita (el barrio es siempre lugar de paso para la mayoría de ellas); la vagancia que estaba en el barrio *desde siempre*, pero que ahora está más inquieta y padece en silencio o bardea y se bajonea o está en banda y espera... (con poca guita para el escabio, las drogas, la gaseosa, la tarjeta del celular, para hacer unos viajes por ahí en el bondi o en el tren, para ponerse bonitos en la barbería o comprar unas ropas que se puedan estrenar en el *feisbuk*).

Inflación mas rejunte es depresión y también desesperación.

Aún en un contexto de congelamiento de la economía y brutal ajuste, el macrismo operó constantemente reemplazando dinero en el bolsillo por *gorrudismo* en el corazón: la verdadera *cláusula gatillo* de estos años parece haber sido la licencia para ejercer el micro-verdugueo y aplicar jerarquías sobre los cuerpos que cargan con el odio social (las ‘mantenidas del plan’, los *pibes silvestres*, vendedores ambulantes, laburantes precarios...). La inflación a la que no se le ganó con las ‘paritarias callejeras’ y las movilizaciones tuvo una compensación en un salario ‘anímico’ que deja hacer –y descargar– a las fuerzas más oscuras que circulan por nuestra sociedad.

3. Nuevos y viejos odios

“¿A quiénes estoy gobernando? ¿En qué fallamos? ¿Qué es lo que no vimos? ¿Fuimos ingenuos?”, se preguntaba Cristina en *Sinceramente*.⁸ Cristina registró los odios y pareció intuir que en ese terreno afectivo y material (en esa *economía libidinal*) se disputaba mucho de la gobernabilidad contemporánea. Junto en un párrafo los tags con que la ‘vieja’ derecha histórica argentina la incorporó a su museo de cuerpos odiables e intolerables: “Cristina Montonera”, “revanchista”, “resentida”, “mentirosa”, “atea y grasa”, “fuera Kretina”, “andate Konchuda”, “muerte a los K”, “Néstor llévate a Cristina”, etc. Una intuición dictada entonces por la memoria sensible de un cuerpo ubicado en el centro de las fuerzas odiantes. Cristina registró lúcidamente los ‘dispositivos de odio’ y las operatorias de las máquinas mediáticas. Pero los ‘clásicos’ odios que sobrevuelan a las sociedades mediatizadas (y que fueron el motor libidinal de un gobierno revanchista y clasista a la ‘55), se entrelazaron (de modo más o menos contingente) con los *nuevos odios*, que responden más a realidades sensibles y a la precariedad de fondo que a ideologías de clase.

8 Una lectura no celebratoria de *Sinceramente* encuentra pliegues en los que nos podemos invitar a investigar; se pueden leer preguntas y perplejidades que hay que desviar de las respuestas fáciles que, sin ser ‘falsas’, explicaron la derrota electoral de 2015 y el ‘giro a la derecha’ sin percibir las derrotas sensibles y afectivas que la precedieron; lecturas que piensan en términos de una sociedad ‘suicida’ que vota a una derecha brutal (disparándose en el órgano más sensible: el bolsillo) o que es víctima de la manipulación mediática y del “marketing político caza-bobos”.

Pero esas mismas respuestas de guion tampoco convencieron del todo a la propia Cristina; hay que “comprender la sociedad”, dice en el libro, hay que *saber*. Ni explicar –“me cansé de explicar”, sostiene en varios pasajes– ni convencer, ni *switchear* de manera automática del derrotismo –“esto es una batalla perdida”– al triunfalismo bobo del “ya ganamos”. Por el contrario: investigación viva y permanente –y militancia astuta– de las mutaciones territoriales y subjetivas de estos largos años, de las sensibilidades sociales sobre las que ‘caen’ los discursos políticos, las operaciones mediáticas y las gestiones estatales; de las *resistencias* que ‘nacieron en los márgenes de la década ganada –en sus cegueras políticas, en reacción a sus políticas erradas–; de las fuerzas sociales que quedaron como buena herencia subjetiva de esos años de consumo popular, precariedad, agite público y engorramiento más o menos privado. Una investigación y mapeo también de las insistencias y los agites que durante estos largos años de macrismo se supieron sostener e inventar.

Son evidentes los odios históricos de las clases dominantes que aparecieron y se vigorizaron durante el kirchnerismo (así como ‘históricamente’ odiaron al peronismo, a ‘los negros’ y a ‘los extranjeros’, odiarán la asignación universal, la creación de Tecnópolis o el programa Conectar Igualdad en las secundarias), pero no los *nuevos odios*. Esos propios de las guerras horizontales de cada día que la paja de quienes hacen *sociología a distancia* denomina ‘pobres contra pobres’.

Percibir y cartografiar los *nuevos odios* es leer la precariedad como subsuelo de una época que permanentemente te recuerda que te podés fragilizar, que se puede desarmar tu mundo, que se puede ‘pudrir’ tu barrio, que puede *implosionar* tu casa y todos los espacios sociales que transitás, que es un quilombo el laburo y la ciudad, que no hay a mano muchos broches para colgarse de ella y que hay que cargarla en toda su desnudez...

Nuevos odios que combustionan en los barrios ajustados y ‘picanteados’. Nuevos odios que también empoderan a los jefes y a los empleadores y que incluso tienen sus referentes y hasta sus candidatos (el carnicero ‘justiciero’ que fue candidato a concejal en Zárate).

¿Cómo no percibir las implicancias políticas de ese susurro –y por momentos grito– permanente a nivel sensible y al nivel de los hábitos cotidianos?

Percibir los nuevos odios es meterse con las formas de vida y con las guerras sociales actuales; es relevar sus muertes, sus violencias, las jerarquías que se establecen, así como también las invenciones y las resistencias. Se trata de registrar cómo se soporta hoy el trabajo precarizado o la falta de changas o la desocupación, pero también los quilombos familiares, la necesidad de consumo y el endeudamiento, la violencia barrial, el desprestigio social, los malestares corporales gratuitos, el viaje hacinado en trenes y bondis, etc. Los *nuevos odios* –incubados en el campo de batalla de la precariedad– parten de vidas heridas que no pueden ser leídas solo desde las nociones de falsa conciencia, manipulación mediática, zonceras y *fake news*. Mucho menos como gestos de rechización ‘ideológicos’.

Si los odios históricos –que Cristina leyó y conectó con el atrevimiento y la insolencia, con el revanchismo feroz hacia muchas de las medidas y gestos del kirchnerismo– se pueden comprender como la continuidad del ‘55 (incluso antes y después, con integrantes de ‘las mismas familias’), los odios de la precariedad parecen quedar en un fuera de foco que lleva a la mudez y la perplejidad. Pero de ciertos silencios de Cristina y también de esas mismas perplejidades es que se desprende una diferencia central: la escena que citó en uno de los actos-presentación del libro, en la cual una empleada doméstica en blanco ‘odia’ a una vecina de su cuadra que es beneficiaria de la Asignación Universal (subsidiadas versus ‘mantenidas’), deja entrever que a los odios históricos solo queda enfrentarlos, pero a los nuevos odios hay que investigarlos y comprenderlos.

Si el macrismo tuvo un plano de ‘eficacia’ –el 40% y las plazas del odio que lo despidieron lo demuestran–, fue en la conexión con esos nuevos odios y en la convocatoria a movilizarse: en cada barrio contra los “mantenidos”, contra las pibas que desafían mandatos sociales y culturales, contra los pibes que están ATR o hasta incluso contra laburantes (a priori para nada desafiantes de las formas de vida ‘oficiales’). El macrismo es una *alianza de clase* que fundió *fuerzas anti* de origen popular con las fuerzas anti tradicionales del país –de las clases propietarias y empresariales–. Ese encuentro es el que recargó el revanchismo, lo extendió y masificó a la vez que lo volvió más capilar.

En Argentina las *fuerzas anti* tienen una historia densa y sangrienta. Las élites tradicionales han desatado de manera recurrente carnavales negros de odio y muerte: saben cómo odiar; tuvieron siempre las “técnicas” para administrar esas pasiones y usarlas de combustible para alimentar –y aceitar– las máquinas letales ante cada sacudón o agite social, cultural, político –de mayor o menor magnitud– que se desatara alocado en el aire... Pero en esas situaciones históricas había una disputa libidinal y afectiva por la apropiación de esos odios sociales.

Endeudamiento externo y engorramiento interno son entonces las dos dimensiones de la pesada herencia de Cambiemos. La segunda es la que tiene menos atención política. Hay una experiencia y una jurisprudencia de esta *alianza de odios* y una fuerte cohesión social de *ejércitos anti-todo* que durante estos años de macrismo acumularon y capitalizaron intensidades oscuras. Pesada herencia que se juega en los ánimos

sociales y en las subjetividades antis que cuentan con redes y solidaridades ‘espontáneas’ en las calles, en los transportes, en los barrios, en los trabajos y en los hogares. El *gorrudismo* –con años de ‘respaldo y recarga estatal’– tiene más fuerza social que ‘los nuevos derechos’ (y por supuesto que las batallas culturales y el sentido común progre) y sobre todo, está más robustecido y empoderado que lo que la década ganada dejó, incluso más allá de lo que el propio kirchnerismo pudo pensar, empoderamiento social y ‘resistencias sueltas’. Luego de varios años de Palacio y ‘fierros estatales y mediáticos’ quedó demostrado que el revanchismo y las fuerzas anti pueden ser ‘destituyentes’, pero también imponer una ‘agenda de gobierno’ que opere en la cotidianeidad precaria articulando afectos tristes y deseos sociales oscuros.

4. Mayorías cansadas

La *vida mula* no depende exclusivamente del trabajo y el consumo: estos años de ajuste demostraron que con menos o sin trabajo, con consumo enfriado, deudas y recesión, la *vida mula* sigue funcionando: re-sentida, pero cada vez más acelerada, sigue siendo el modo de *integración social* –o rejunte social– contemporáneo. Siempre se trató de una categoría política, más que sociológica o económica o una descripción del mundo y la subjetividad laboral (o poslaboral).

Uno de los rasgos centrales de la *vida mula ajustada* (y re-sentida) es el *cansancio*. *Mayorías cansadas* por la intensificación de la movilización de la vida y la belicosidad del entramado cotidiano; por la ‘picantez’ de los barrios, por la implosión social, el aumento de las gestiones diarias y los desbordes que detonan cuerpos y rejuntos; por *sostener* una vida –ánimica y materialmente– sin dejar ningún elemento librado al azar. Por administrar entradas de dinero de varios lados: trabajo, changas, subsidios, préstamos. Por lidiar con la necesidad de mantener un umbral de consumo empobrecido y de ‘emergencia’ (casi todo comida, servicios, transporte público, casi nada en ropa y en celulares), junto con la educación de los pibes y las pibas en la escuela. Por bancar deudas –de financistas y de familiares– y, sobre todo, por sostener un *trabajo doméstico* en los interiores estallados: de su tiempo caótico, de los quilombos afectivos, de las violencias exteriores que se pliegan en los cuerpos cansados cuando atraviesan

la puerta. Que haya que *administrarlo* todo, que haya que *ganarlo* todo, que haya que *protegerlo* todo cotidianamente con ‘alma (*gorruda*) y vida’, que nada esté garantizado y que todo amenace con *salirse de control*, hace que la *vida mula* no sea jamás homogénea ni igualitaria.

Mayorías cansadas por laburos cada vez más precarizados –más en riesgo, más campo de batalla–, por la desocupación que deviene ociosidad forzada, pero no ‘tiempo libre’ –regalada al tiempo muerto espeso puertas adentro de los hogares, a la cabeza maquinando y quemando el cuerpo, a los choques con los vecinos y las vecinas en el barrio–. Falta de trabajo que más que desocupación es *sobreocupación* de un tiempo social que sigue implosionando en los cuerpos sobreendeudados y ajustados que luchan por mantenerse a flote y llegar al final de la jornada. Por intentar también conjurar algo de ese terror anímico que muerde y hace que se pierda la poca energía disponible que resta luego de transitar por los circuitos sociales de agotamiento permanente.

Las mayorías cansadas son también un entramado de hábitos y afectos, de modos de vivir, sentir y gestionar la precariedad ambiente. Con cada vez menos redes en donde recostarse y bajar(se) del enloquecido *loop* de la *vida mula* re-sentida, ven sus *vidas desorganizadas*. Una vida desorganizada es una vida expuesta a la aceleración y a la caotización de vectores sociales sobrecargados y siempre ya implosionados que te hacen padecer un brutal e incontrolable terror anímico. Mayorías cansadas también por exigirle cada vez más a un *motor social* –instituciones, prácticas, normas– que se fundió. Una vida desorganizada es una vida sobre la que se ‘ajustan’ –o se mutilan– redes imprescindibles para la subsistencia vital y social y para conjurar la precariedad totalitaria: trabajos, dinero, subsidios, ‘derechos’. Vidas intranquilas y desesperadas: esa tonalidad afectiva es la que se percibe en la serie de gestiones cotidianas que entristecen y extenua al cuerpo. Desde la gestión de una cena o un almuerzo con poca plata y mucha hambre –la inflación de los precios de alimentos somete a una incertidumbre cruel y a una fatiga constante por recorrer comercios y buscar ofertas o engordar las deudas con el almacén que aún fía–, hasta el golpe anímico que implica recibir la factura de luz o gas. Vidas extenuadas por los micro-robos de los pibes sin calma –“ahora se roba para comer y para repartir unos pesos a tu mamá y a la mamá de tus hijos y no para *romperte* unas buenas remeras y zapatillas o salir a joder”–, robos solitarios, desesperados, crueles que también intensifican

las guerras barriales y sociales: pibes *jugados* y nerviosos –tomados sensiblemente por el *vale todo*– y enfrente ‘justicieros’ enfierrados dispuestos a ‘ponerle el cuerpo’ a la inseguridad. Quizás, además de ‘con el bolsillo’, se haya votado desde ese estado de cansancio e intensidad oscura; desde esos afectos que el macrismo intensificó –y enloqueció aún más– con políticas que aumentaron las implosiones sociales silenciosas. Es probable que el ajuste feroz del macrismo haya implosionado también la geografía anímica de esas guerras cotidianas: las trincheras, las retaguardias; todo recoveco para respirar se obturó y reforzó la implosión cada vez más hacia acá. Depresiones, cuerpos reventados por dentro, roles sobrecargados con más exposición a lo social que implica bancarse y sostener cada vez más quilombos y violencias que se multiplican y llegan más densas a los interiores estallados, terrores anímicos que son más desestabilizadores por las deudas y la inflación.

5. Crisis e implosión

La *crisis* (y cada variación o amplificación de la misma, cada vuelta de tuerca que es un nuevo *shock* al ánimo y al bolsillo), vivida desde la precariedad, es una verdadera catástrofe; bomba (no tan) silenciosa que se encarniza sobre vidas, barrios, instituciones, rejuntos... que ya vienen implosionados, que ‘no dan más’. Cuesta, desde aquí, evocar la crisis como apertura (imagen que sí ha funcionado en otros momentos históricos, donde había otras redes barriales, militantes, en los trabajos, en los desocupados, en la calle) o investirla de ánimos expectantes. El link con las crisis históricas (89, 2001, etc.) es más bien por su lado oscuro (oscuridad de la crisis que sí fue pensada y asimilada por los discursos del *orden*) y menos en su dimensión creativa. La mutación es material, bien concreta, pero también subjetiva (en términos de subjetividades sociales), y obliga a repensar el repertorio clásico a la hora de cartografiar coyunturas y expectativas políticas.

Durante estos años escuchamos las preguntas “¿por qué el pueblo no reacciona ante el ajuste?”, “¿cómo pudieron desde el gobierno hacer lo que hicieron?”; preguntas que están más encadenadas a un sistema de expectativas, a un cierto lenguaje anquilosado, pero sobre todo a un problema perceptivo. Aquél que no ve que la implosión social es una

‘conflictividad social’ ardiente y muchas veces huérfana de imágenes políticas, y que ‘sobrevivir’ hoy en día y mantenerse a flote en la precariedad implica ya una gran *movilización*, aunque de otro signo a las “esperadas”. Por eso la implosión social es el modo primordial de la conflictividad en la precariedad (y las inéditas estrategias para habitarla los modos de politización más apremiantes).

6. La insoportable quemazón de lo social

Los resultados electorales no modifican ese plano de *derechización vital* mayoritario de la sociedad –un modo en que se organizan los afectos en una época precaria–, pero sí dan un gran oxígeno a esas pequeñas y grandes disputas por conquistar y bancar otros *realismos* que también existen; dan fuerza para continuar agitando y disputando cotidianamente esa *derechización* existencial y alertan sobre la verdadera pelea que en esta *vuelta* no hay que perder de vista en el paisaje Político y estatal: ese fondo de precariedad que va marcando el tono y la densidad de la ‘conflictividad social’. Y si bien este acontecimiento electoral no es atribuible a ‘la calle’ o la ‘militancia’, sí da aire social y fuerza vital a todas las *insistencias*, a las vidas heridas que mantuvieron y mantienen abierta esa trampa cazadora de acero que es hoy en día ‘lo social’. Por eso la dicha no es cosa alegre y el alivio ante el cambio de escenario macropolítico nos lleva a intensificar las fuerzas reales que aguantaron estos años de ajuste y engorramiento y a afinar estrategias, redes y alianzas que no pueden no incluir lo estatal, segmentos del realismo barrial, *insistencias* sueltas y que en plena soledad política vienen militando en y desde la implosión.

Las elecciones también se ganaron por el voto de los *interiores*. No se trató solo de fallo o arreglos de los encuestadores: esa data sensible que devino fuerza que reventó las urnas no estaba ‘en la calle’. O si lo estaba, no era en las imágenes de la calle que habitualmente se manejan en los discursos políticos.

Lejos de la muerte o *el fin de lo social*, la gradual exposición a la precariedad totalitaria, la *vida mula*, las mayorías cansadas, muestran que lo social está ensanchado y recargado; lo social está más vivo que nunca. Lo social incluye hoy también a esos interiores implosionados y sus diferentes modos de rejunte y repliegue. Lo social hoy en día es más terreno

de la implosión que de la invención: lo social es quilombo, caos, saturación, densidad: es esa materialidad que mencionamos con respecto a la vida mula aceitada. Si lo social es más estructuralmente padecimiento y garrón no hay lugar ni tiempo para la imaginación política: nadie tiene tiempo para ‘la política’ y una buena parte de la militancia ni siquiera se asoma a esas vidas heridas e implosionadas. Teniendo en cuenta este mapa, la apuesta a lo electoral fue y es central (como tantas veces en la historia de las vidas populares en nuestro país): un golpe electoral, un golpe de suerte electoral que abriera algo de eso social (que dé respiro) y que empoderara a quienes piensan otras formas de gobernar esos terrenos y a quienes concretamente vienen militando en y desde la implosión (en movidas barriales, instituciones-rejunte, organizaciones, militancia y agites sueltos)... Esa *excesiva vitalidad* de lo social la conocen los funcionarios, dirigencias y militancias pillas, y quienes están fatalmente tomados por esas brumas. Y es desde esas coordenadas (ambiguas, amorales) desde donde se disputan las aperturas. El *Aguante todo* es grito de guerra en y desde la precariedad totalitaria y desde las conflictividades sociales que allí se dan. A los *realismos* –de la sociedad ajustada– los terminan de clausurar (¿y fisurar?) los cuerpos cansados.

7. Aguante todo

Durante los últimos dos años del macrismo pensamos un enunciado político y vital que fue primero *grito íntimo* –arenga para lidiar con los ‘efectos personales y privados’ de *la gorra coronada*– y luego se pensó para el karaoke ‘público’: *Aguante todo*. Si el macrismo ataca en todos los frentes es imposible pensarlo y “resistirlo” desde una única y conocida columna. El macrismo pareciera ser la suma de los odios históricos de la derecha tradicional y de los ‘nuevos odios’ de la derechización existencial en la precariedad. Una suma de todas las fuerzas *Anti-todo* a las que sólo cabe oponerle un *Aguante todo*: sacrificio, disciplina y ascetismo; fiesta, agite y geditismo; militantes de rostro serio y militantes de pura carcajada; cuerpos de pie y cuerpos acostados; vidas endeudadas y vidas sonadas; pibas a todo ritmo y doñas de vieja moral; economía popular, laburantes pillos y vagos inquietos. Que estén los ‘cuadros’ pero también las vidas heridas por el ajuste de guerra. Una ‘militancia’ que convoque a todas las fuerzas silvestres que circulan sueltas por la sociedad *gorruda*.

El rumor cada vez más audible de esas fuerzas caóticas no puede ‘aislarse’: para esas fuerzas no hay ‘antídoto’ posible y eso todos los ocupantes del Palacio lo saben.

Evitando borrar la complejidad de los escenarios sociales y ‘ensanchándonos’, pensamos durante todos estos feroces años al macrismo desde estas conjunciones: ajuste, inflación y *precariedad totalitaria de fondo*; FMI, recesión y *endeudamiento en escala barrial y ‘personal’* y en las *vidas implosionadas*; protocolos para reprimir la protesta social y *nuevas economías de la violencia barrial* (que no son solo “potestad” de la policía); luz verde para la represión de las fuerzas de seguridad y *engorramiento vecinal*; despidos, verdugueo laboral y *vida mula*; terror financiero y *terror anímico*; gendarmería, policía local y *violencia entre banditas*; organización política y *agite permanente*; reuniones políticas a plena luz del sol y *encuentros y agites en plena noche*; investigaciones sobre las vidas de los otros e *investigaciones sobre la propia vida*. Una enumeración que más que describir siempre busca *unir y acoplar* agites y fuerzas de diversos tonos.

Ese *aguante todo* implicaba una oposición al macrismo (al *gorrudismo* amplificado y devenido Palacio) que se sacudía de encima las falsas opciones: ‘la calle o las elecciones’, ‘lo micro o lo macro’, ‘la economía o la política’, ‘la paz social o el quilombo’, ‘el estallido o la implosión’, etc. Más que una separación inofensiva organizada por esas ‘o’ que enfrían los continuos vitales sobre los que se agita, se milita, se piensa, se trata de una apuesta por alargar y poner en series las ‘y’ en las cuáles es inevitable encontrarnos, reforzarnos, recargarnos de nafta anímica y acumular ‘fuerza social y política’.

Epílogo. Peronismo silvestre

Hay una Argentina que no cambia más y esa histórica perseverancia es para festejar. Una Argentina negra, plebeya, conurbana, caótica e indócil: *ingobernable* para quienes buscan mutilar de modo definitivo los berretines que resisten los enunciados del cierre ('no hay alternativas', 'no hay atajos', 'esta es la única salida'); *inintendible* para quienes buscan pensar su singularidad con teorías y conceptos paridos desde la quietud, el refugio y la lejanía geográfica y sensible; *insoportable* para quienes no pueden lidiar con intensidades que queman y rechazan el enfriamiento libidinal y las formas políticas buenas y prolijas.

Hay una Argentina que no cambia más y es la del *peronismo silvestre* que no agoniza ni larga ni súbitamente. Peronismo silvestre que es fondo 'virtual' desde el cual negar las extorsiones de los *realismos de derecha* y que continúa perdurando como una opción para rechazar de a muchos y muchas la sumisión *total*. Ese peronismo que, *unido y silvestri-zado*, convoca gestos sueltos de atrevimiento y agite 'público', imágenes y fibras históricas de aguante y coraje subjetivo, una inoxidable pasión alegre que moviliza desde la dignidad y el *buen desborde* fuerzas gedieltas y desorganizadas que rechazan las obediencias mulas y las jerarquías políticas y sociales, incluso aquellas que establecen vidas militantes –y 'militables'– y vidas *outlet* (esas vidas de 'segunda mano', esas vidas a las que se les quita el cartel de políticas son sobre las que cayó con más fuerza el ajuste feroz): peronismo silvestre que rebalsa los moldes de las organizaciones sociales y políticas –'mi único heredero es el pueblo silvestre', sentenció su líder hace tiempo– y que se niega a blanquearse y a institucionalizarse porque es antes que nada rechazo que hace volar por el aire los discursos que pretenden 'transformar las sensibilidades y los hábitos' de las vidas populares. Peronismo silvestre que como tal siempre

va a estar del lado de *afuera* –en contacto con ese afuera que permite conquistar nuevas sensibilidades sociales, que son las que en *última instancia* inauguran, soportan y clausuran una época, y nuevas imágenes políticas para la ‘actualización doctrinaria’–, pero que tiene que ser el relleno afectivo del peronismo en el palacio y la fuerza vital que lo obligue a no despegar(se) y alejarse jamás de las vidas heridas por la precariedad y por el ajuste de guerra.

La vida mula re-sentida y sus mayorías cansadas, la densidad y la expansión social de la *máquina de gorra*, la implosión social cada vez más intensa organizó una *situación imposible* de la que solo cabía salir ‘por arriba’. El acontecimiento electoral (con el insoslayable protagonismo del conurbano bonaerense y su ‘tercera sección electoral’, tierras en las que se cocinó este libro...) provocó aperturas e indeterminaciones en una coyuntura social y económica espesa y cerrada. Se puede salir por arriba, pero no se puede gobernar desde ‘lejanías’ perceptivas; las que te aíslan de los mapas y de las cartografías de esos territorios sociales implosionados, complejos, heterogéneos, dramáticos y vitales. Se salió por arriba y apostamos a que se gobierne con las fuerzas de ‘abajo’ y con el *Aguante todo adentro*. Un *aguante todo* que tuvo traducción electoral, pero que desborda cualquier instancia institucional.

Durante estos años, ante el avance implacable que significó el macrismo en cuanto ‘alianza de clase’ que fundió *fuerzas anti* de origen popular con las eternas y tradicionales *fuerzas anti* de las clases propietarias y empresariales, apostamos por ese enunciado: *aguante todo*; gesto, agenda y apuesta política y vital que mantiene abierto e indeterminado el *realismo del cansado* y que permite en su amplitud ir desde la intimidad sufriente e inquieta que niega los mandatos de la época y sigue insistiendo, a ese ‘histórico’ peronismo silvestre. El *aguante todo* es expansivo: es imposible sondear los límites de su potencia política.

El gobierno de lo social *implosionando* implica que no se lidia con un suceso que ya ocurrió y ahora muestra sus efectos más o menos perdurables –como puede ser un estallido social: algo que ya pasó y dejó sus escombros–. Lo social implosionado e implosionando es un proceso en curso: acontece cada vez más hacia *acá*: desde un vagón de tren o un bondi hasta un barrio, un hogar o lo que sucede piel adentro de los cuerpos. Si la amenaza de un estallido social está en el horizonte futuro

de cualquier gobernabilidad contemporánea, la de la implosión social ya está ocurriendo y carcomiendo en el presente vidas, barrios y ‘entramados sociales e institucionales’. Para enfrentar y lidiar con las implosiones sociales no alcanza con la convocatoria a los movimientos sociales y a las organizaciones o dispositivos que ‘contienen’ los desbordes. Las implosiones silenciosas, con temporalidades y espacialidades propias, reconfiguran (o se le suman a) los repertorios más tradicionales de la conflictividad social.

Si las implosiones y dramas sociales son la mayoría de las veces huérfanas de imágenes políticas, si quedan regaladas involuntariamente al *gorrudismo* ambiente, al securitismo, se vuelve cada vez más urgente y necesario conectar las agendas políticas y militantes “tradicionales” con una ‘militancia en la implosión’; insistencias y agites varios que a pura prepotencia vital y organizativa saltan por el barrio, por una escuela, por una sede comunitaria, por un espacio, etc.

Implosiones sociales entonces que hay que pensar, percibir y militar desde ese *aguante todo*: convocando y haciéndose cargo de la espesura y la amoralidad de todas esas fuerzas que hay que meter adentro (adentro de las militancias, de los ‘gobiernos’) y que no hay que temer en su intensidad: hay que bancarse toda la aspereza que presentan las escenas sociales de este libro: la picantez de los barrios que ‘no huelgan pasacalles de bienvenida a nadie’, la intranquilidad y la mudez –o la híper expresividad– de los pibitos, la rapacidad de las pibitas (wachines y wachinas que lo son también por ser huérfanos de imágenes políticas), los dramas de los interiores estallados, las demandas vitales de los laburantes pillos que quieren rajar de la lacerante precariedad, la sordidez de muchas secuencias en salitas o comedores o aulas; hay que bancarse lo que *es* sin pretender rápidamente organizarlo o enfriarlo: es tiempo de bancarse lo áspero y quedarse ahí; investigando qué fuerzas pueden arrojarse a ese *aguante todo* que pone en duda el pacto de la *vida mula* y enfrenta como puede a las *fuerzas anti* y al *gorrudismo social* que se intensificará cada vez más en la sociedad ajustada. Festejamos y respiramos porque sacamos a ‘La Gorra Coronada’ del palacio, pero sabemos que queda una *pesada herencia* muy jodida con la que habrá que lidiar: endeudamiento externo, inflación y devaluación, familias ajustadas y endeudadas, *gorrudismo* ambiente y

barrios detonados, nuevos odios y violencias difusas, intranquilidad e implosión: ese es el inestable y ‘desesperado’ fondo social sobre el que se desplegará el próximo gobierno.

No hay espacio social ni subjetivo para los sueños secos del neoalfonsinismo: para los difíciles tiempos que ya se están viviendo será central que se puedan leer los mapas de los nuevos odios sociales, que se quiera auscultar a las multitudes cansadas y muleadas. Hay una sociedad ajustada y con una gran carga de belicosidad (por el ajuste acumulado y la impaciencia social, por las ‘demandas’ insatisfechas que circulan, por la ‘oposición a la venezolana’ que intentará mostrarse atenta y movilizada); quedará una *máquina de gorra* activa, lubricada, aumentada por todos los ‘derechos’ y empoderamientos que acumuló en estos años de respaldo palaciego, y lista para seguir funcionando entre las implosiones sociales y la precariedad. A esa *máquina de gorra* habrá que oponerle la fuerza política y social del *aguante todo*; un enunciado caótico, difuso, insondable y heterogéneo: un enunciado exacto para devenir el reverso posible de ese complejo entramado de precariedad y *gorrudismo* social.

Ese *aguante todo*, además, sirve para salir de la *falsa polarización* que arma ‘la grieta’ en la que muchas veces se agitó un enfrentamiento fantasma entre ‘corporaciones’ y ‘militancias’ que después no se traducía en hechos concretos, en la que se impuso una agenda militante en la que no entraron ni a palos muchas vidas heridas por la precariedad. Grieta que sirvió para la sociabilidad política de muchos y muchas, pero que al toque mostró los límites de esa sociabilidad que tenía más de adhesión y obediencia ciega a un menú militante ya armadito y cerrado que a darle lugar a fuerzas que copan e imponen su propia agenda vital: esas fuerzas que llevan un bastón de mando en la mochila y que no necesitan que les pasen consignas y les mastiquen el alimento.

Un *aguante todo* también para salir de la falsa polarización entre grieta sí o grieta no en pos de un acuerdismo y un consensualismo imposible en una sociedad con *fuerzas gorrudas* tan organizadas y afiladas. Un *aguante todo* que reemplace la grieta por la *disputa de realismos*.

Disputa de realismos que, además de pensar los ‘dramas estructurales’ (desde la falta de vivienda hasta los laburos precarizados o la desocupación, desde la violencia institucional contra los pibes hasta

los femicidios, desde el endeudamiento con el FMI hasta el endeudamiento con la financiera o con algún familiar) pueda sostener y bancar la pregunta política y vital por cómo queremos vivir y morir, por cómo sostenemos formas de vida que enfrenten la derechización afectiva y el enfriamiento libidinal de la época; una disputa de realismos que niegue *por abajo* y metido bien bien en los barrios a los realismos mediáticos y políticos con los que nos quieran correr y sacar del escenario de la política con mayúscula.

Esta edición de 1000 ejemplares de *La sociedad
ajustada* se terminó de imprimir en diciembre de
2019, en imprenta Nuevo Offset,
Viel 1444, Buenos Aires, Argentina.